

An abstract artwork featuring torn pieces of paper in vibrant red, blue, and purple, layered and overlapping on a white background. The composition is dynamic and expressive, with some areas showing brushstrokes and others showing the texture of the torn paper.

RUTAS DIVERSAS

ANTOLOGÍA DRAMÁTICA

Daniel Serrano

Rutas diversas

Antología dramática

RUTAS DIVERSAS
ANTOLOGÍA DRAMÁTICA
Primera edición: 2021

© 2021 Agencia Promotora de Publicaciones, S. A. de C. V.

© Daniel Serrano Moreno

De los textos de la obra

GOBIERNO DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA

Jaime Bonilla Valdez
Gobernador del Estado

Pedro Ochoa Palacio
Secretario de Cultura y Director General del ICBC

Magdalena Jiménez Molina
Coordinadora General de Educación Artística y Fomento a la Lectura

Karla Beatriz Robles Cortez
Directora Editorial y de Fomento a la Lectura

Textos: Daniel Serrano Moreno

Corrección de estilo: Marcela Reyna

Diseño editorial: Estudio APP

Portada: De la serie *Refugios urbanos* de Garzón Masabó. Acrílico/papel de acuarela.
18 x 23 cm, 2021.

ISBN: 978-607-546-395-7

El Fondo Editorial La Rumorosa es un proyecto del gobierno de Baja California, coordinado por la Secretaría de Cultura de Baja California, para difundir la obra de escritores mexicanos y promover la lectura entre la población del estado.

Este material es de distribución gratuita, prohibida su venta.

Prohibida la reproducción, registro o transmisión total o parcial de esta publicación sin permiso previo y por escrito del titular del *copyright*.

Impreso y editado en México / *Printed and edited in Mexico*

Índice

Prólogo	7
El cazador de gringos	17
Roma al final de la vía	61
Madrugada en Svalbard	105
La oscuridad que se tragó a los amantes	157
Laberíntica Sofía	181

Prólogo

Tal vez haya pocos momentos tan complejos en la vida profesional de un escritor como el tener que seleccionar obras para conformar una antología. Se pueden pasar noches enteras dilucidando los pros y los contras de incluir o dejar a un lado tal o cual obra. Se teme que el lector piense que uno considera una obra mejor que otra, o que uno tiene predilección por alguna. Y sí, tengo 25 obras escritas, y sí, quiero unas más que las otras, punto que debilita el argumento de que las obras son como los hijos. En esta antología tal vez no están todos los textos dramáticos que yo quisiera, pero sí los que considero que pueden ser característicos de mi trabajo como dramaturgo en los últimos 25 años. Incluí dos de mis obras más representativas: *El cazador de gringos* y *Roma al final de la vía*. No podía faltar *Madrugada en Svalbard*, por ser la obra que me dio un premio nacional, e incluí dos obras que se conocen poco: *La oscuridad que se tragó a los amantes* y *Laberíntica Sofía*. De todas explicaré los motivos, no de inclusión a esta antología, sino de por qué las escribí.

El cazador de gringos

Concebí la idea de *El cazador de gringos* una mañana en la que manejaba rumbo a mi trabajo en la Universidad Autónoma de Baja California (UABC). La vía era la Avenida Internacional de la ciudad de Tijuana. Esa en la que de un lado se puede ver el muro fronterizo, y del otro, algunas casas de colonias no necesariamente favorecidas. En

la radio, López-Dóriga daba la noticia de los *minuteman* en Arizona, y cómo, en la práctica, terminaban siendo cazadores de migrantes. Me perturbó la noticia. Las imágenes en mi cabeza se traslaparon y de pronto imaginé un mundo al revés. ¿Qué pasaría si hubiese alguien que cuidara que los gringos no se cruzaran la frontera ilegalmente? ¿Y si ese alguien viviera en una de las casas del costado sur de la Avenida Internacional? Pienso que el asunto de los *minuteman* es algo que no debemos olvidar nunca, así que mi modestísima contribución a esa causa fue darle forma a esa historia que la realidad acababa de arrojarme al rostro.

Heberto Matías Palma es el nombre de ese sujeto que monta en la azotea de su casa un *bunker* para cuidar que los gringos no crucen la frontera de manera ilegal. Sus razones tiene Heberto para albergar ese sentimiento. Motivos que le dirá al “gringoprieto”, un agente de la patrulla fronteriza, de origen mexicano, que va a asomarse a esa azotea cuando le dicen que allí hay un cazador de gringos. Tuve la fortuna de que esta pieza dramática ganara en 2005 el Concurso del Libro Sonorense en el área de dramaturgia, y que al año siguiente la estrenara la compañía Mexicali a Secas, bajo la dirección de Ángel Norzagaray, con las actuaciones de Heriberto Norzagaray, como Heberto Matías Palma; Norma Bustamante, como Clara, la esposa de Heberto; Felipe Tútuti, como el Nico, un noble indigente de la zona que interactúa con Heberto; Paúl Paredes como Tony, el agente de la patrulla fronteriza al que Heberto bautiza como el “gringoprieto”; y Andrés García Moreno y Alejandra Rioseco como José y Remedios, dos ancianos que hablan todo el tiempo, en una dimensión aparte, del hijo que se les fue, y que esperarán toda la vida.

Si bien *El cazador de gringos* parece una broma, puede ser el reflejo de la complejidad del tema de la migración en pleno siglo XX... y en lo que va del XXI.

Roma al final de la vía

Erase una vez que Eva Audelo y Emma Miorín, dos actrices de Mazatlán, me preguntaron que si quería escribirles una obra de teatro. Yo siempre quiero escribir, así que acepté la invitación, todo el tiempo

con el temor de que lo que escribiera no les gustara, como me ha pasado con otras peticiones similares. En ese momento ya había escrito *París detrás de la puerta*, y como a veces el pensamiento funciona de manera tripartita, pensé que podría escribir para dos mujeres una obra que empezara a formar una trilogía. Mi obsesión por las ciudades se hizo presente, y fue como empecé a idear esta obra que en gran parte escribí en la ciudad de Obregón, Sonora. En mi tierra. Y es como Evangelina y Emilia, en homenaje tácito a Eva y a Emma, empiezan a crecer tanto en cuerpo como en sueños en un pueblo de Sonora que cuenta con una vía del tren, y que seguramente, al final de esa senda, está Roma. Emilia y Evangelina empiezan su travesía en este drama a los siete años, cuando por primera vez planean llegar en tren a la capital italiana. Regresarán después, a los 13 años, ya con menos inocencia, y con la vida por delante, aplastándolas, pero haciéndose fuertes, una a la otra. En la tercera escena ya tienen 20 años, y las hormonas las impulsan a llegar aunque sea a Hermosillo. Pero no será hasta los 40 años que una de ellas logra subir al tren que se descarrilará unos kilómetros más adelante. En la quinta escena ya tienen 60 años, tal vez demasiados para ir físicamente a Roma. Pero ya nadie les gana en experiencia, y esa no la iban a encontrar en ninguna campiña italiana. Cuando cumplen 80 años, regresan a esas vías, ya no para abordar el tren, sino para hacer un recuento de sus vidas. El desarrollo de los personajes en ese *micromundo*, me permitió, osadamente, explorar el universo femenino, que tanto admiro, al grado de que una de las actrices invitadas para develar la placa de fin de temporada en el Teatro Casa de la Paz, se sorprendió de que yo fuera hombre.

Roma al final de la vía es mi obra más representada. Ha sido llevada a la escena por al menos 15 diversas compañías. Un poco después de su estreno en Mazatlán, bajo la batuta del director jalisciense Víctor Castillo, llegó a la Muestra Nacional de Teatro de 2009 en Culiacán. Allí la vio la estupenda actriz Norma Angélica, y quiso hacerla. Para tales efectos, le propuso el proyecto a Alberto Lomnitz que, para mi fortuna, accedió a dirigirla, con la propia Norma Angélica y Julieta Ortiz, otra estupenda actriz mexicana radicada en Estados Unidos. También fue una puesta en escena entrañable. Este montaje llega-

ría después a la Muestra Nacional de Teatro de Campeche en 2011. Luego, esa misma propuesta ganó el reconocimiento de la audiencia del VI Festival Internacional de Teatro en Los Ángeles, California, en 2016.

Después la llevaron a la escena Leonardo Kosta, en Querétaro; Mariano Olivera, en Mérida; Violeta Magaña y Raúl Santamaría, en Xalapa, cada uno con su montaje; Alberto “Tiru” Sigala, en Guadalajara; José Cotero, en Toluca; Martha Matamoros, en Coahuila; Arturo Velázquez, en Hermosillo; Alexander Paján, en Campeche, con presentaciones en La Habana; y hasta alguna función en León, de cuya directora no puedo acordarme, porque además nunca pidió los derechos de autor para montarla.

Debo agradecer a mucha gente por el vuelo de esta pieza teatral. Pero en especial a dos mujeres: Eva Audelo y Norma Angélica.

Al momento de escribir estas líneas (mayo de 2021) *Roma al final de la vía* está en espera de ser estrenada nuevamente en Hermosillo, por otra compañía. También en Puebla y en Nayarit. Esperemos pues, que ese tren siga pitando.

Madrugada en Svalbard

Madrugada en Svalbard es la segunda parte de mi trilogía distópica, conformada por *La marmota azul* y por *Conejos en el Valle de la Muerte*. En las tres obras, el pretexto es una máquina que es capaz de trasladar una enfermedad de un cuerpo humano vivo a otro, de tal manera que existe una posibilidad de cura para los terribles padecimientos del siglo XXI. Este proyecto surgió de una afortunada coincidencia: una tarde, mi esposa y yo fuimos al cine sin consultar la cartelera ni los horarios. No había muchas opciones. De hecho, nada más existía una. Se trataba de *Nunca me abandones* (*Never let me go*), dirigida por Mark Romanek y basada en la novela del mismo nombre del británico, de origen japonés, Kazuo Ishiguro. Lo que parecía una película de amores adolescentes se convirtió en una historia tenebrosa, sorprendente. Salí inquieto del cine, pensando en que a lo mejor lo que acababa de ver, era real. Llegué a una computadora y, para mi tranquilidad, todo había sido creado por la sorprendente imaginación de Ishiguro, apoyado por

supuesto en la distopía. Aunque conocía el término, no había indagado en él. Me apasionó tanto, que escribí mi primer texto distópico, sin planear una trilogía. El término se insertó en mi mente, a tal grado que dediqué mi tesis de maestría a hablar de la distopía, que no es lo contrario a la utopía, sino es una distorsión de la misma, lo que la hace poderosísima para el drama. Los antecedentes literarios son notables. Allí podemos encontrar a George Orwell, a Ray Bradbury, a Aldous Huxley. El cine contemporáneo también echa mano de la distopía para atrapar a las jóvenes audiencias. Resultaba entonces muy atractivo escribir al respecto. Así que inventé esa máquina. En la primera obra, un viejo millonario le pasa su enfermedad a un cuarentón necesitado de efectivo, a pesar de que las reglas de ese mundo distópico dicen que eso no es posible. Pero si no se rompieran las reglas, el drama, tal vez, o no existiría o se volvería soso. En la tercera obra, un legislador que quiere acabar con el uso de esa máquina, se enfrenta a una encrucijada al darse cuenta de que la necesita para fines personales.

Madrugada en Svalbard cuenta la historia de Amanda, una escritora de *best-sellers* octogenaria, con principios de alzhéimer, que tiene muchas cosas por resolver antes de irse, antes de olvidarse cuál es su música favorita, antes de abandonar la sapiencia de su propia realidad. Una de ellas es la situación con su esposo, al que le ha pedido el divorcio como regalo por la celebración de sus sus bodas de oro. El hijo media entre ellos. Los quiere. Y no quiere que se alejen, no vale la pena. Tal vez una solución es usar la distópica máquina para transferir el alzhéimer a otra persona, pasando por encima de las normas. O tal vez la única solución para ese milenarismo amor es el célebre frío de Svalbard, un archipiélago ubicado a medio camino entre Noruega —a la que pertenece— y el Polo Norte. El frío preserva el salmón, cuantimás, el amor.

Madrugada en Svalbard ganó el Premio Nacional de Dramaturgia Víctor Hugo Rascón Banda 2016, y ha sido llevada a la escena por el director regiomontano Luis Martín. La pandemia de 2020 interrumpió su temporada. Al momento de escribir estas líneas, la esperanza de que vuelva a la escena es sólida. También, en septiembre de 2016, la directora tijuanense Claudia Villa dirigió una lectura dramatizada

del texto para la Semana Internacional de la Dramaturgia Contemporánea, que se llevó a cabo en Tijuana.

La oscuridad que se tragó a los amantes

Nuevamente el siguiente diálogo, reiterado, fue el impulsor para escribir esta pieza:

—¿A ver cuándo trabajamos juntos?

—A ver.

—Algo así que te escribas para hacerlo yo.

—A ver.

Y ya. Seguramente en ese momento mi ensimismamiento se confundió con falta de entusiasmo. Pero no. Estaba imaginando cómo sería un proyecto con esa persona. Pero además, quien me lo proponía, es un buen actor, buen amigo, buen ser humano.

—Algo como para mí —insistió.

Me di cuenta de que estaba hablando de un monólogo, y entonces la duda me sobresaltó: ¡es muy complejo! Sobre todo llevarlo a la escena. Suelo escribir pensando en cómo ese texto va a llegar a un escenario. Siempre que escribo me ubico en la sexta fila del teatro de la UABC en Tijuana, y veo el escenario, y es allí donde sucede la obra.

¡Un monólogo que además yo mismo pueda dirigir y sólo llamaríamos a Lupillo Arreola, el diseñador de iluminación con el que siempre he trabajado, y así nada más seríamos tres los de la nómina! Los estímulos espirituales a veces alientan mucho.

Empecé a escribir para ese actor cuyo nombre es Javier Guardado, aunque no es buena idea tener una figura predeterminada para imaginar al personaje. Después de algunas sesiones dedicadas a borrar la presencia del destinatario de mi texto, me puse como meta una fecha, y dividí la extensión de la obra en número de palabras, entre los días de mis vacaciones veraniegas. Como resultado obtuve un cierto número de palabras diarias a escribir. A veces escribía más, a veces menos, pero siempre con la conciencia de que los días muertos (como mi cumpleaños, o el de mi hijo, que es dos días antes que el mío) se tenían que reponer tecleando más palabras de las indicadas por día. Digamos que son trucos contra la desidia.

El resultado fue un psicópata de nombre Eduardo. Un hombre de 49 años que le habla a Eduvigis, su esposa, a través de una grabadora de voz. Le habla de cosas aparentemente comunes. De cosas entre ellos, de revelaciones. Muestra sus filias y sus fobias, y como siempre, ganan las últimas. Eso lo va a llevar a un despiadado final.

Terminé de escribir un monólogo de más de 10 mil palabras. Nada fácil para la interpretación, con retruécanos en la mente del personaje. Con dudas existenciales mal canalizadas. Con un verbo desaforado.

Javier y yo empezamos a trabajar en nuestros tiempos muertos. Eso significaba como 10 minutos por semana, por nuestra apretada agenda en los asuntos académicos. Javier trabajaba en el texto más de ese tiempo en solitario, pero algo pasó con los universos que no se llegó a nada. Así que nuestro proyecto de nómina de tres está esperándonos.

Por otro lado el dramaturgo Abel González Melo se encargó en el 2020 de armar un libro-homenaje al reconocido teórico español José Luis García Barrientos. Pero resulta que la usanza dice que ese libro estará compuesto por textos que el homenajeado escoja. Tuve el honor de ser incluido en ese libro-homenaje con esta obra, que gracias a la terrible pandemia de ese año, se retrasó. Finalmente será un texto que girará por lares europeos, así que la inclusión de esta obra en la presente antología es para que sea conocido por estos territorios.

Laberíntica Sofía

Durante muchos años he criticado fehacientemente el teatro narrado, o la narraturgia, o como se le quiera llamar. Lo he hecho, porque creo que no se ha escrito de manera adecuada. Porque el dramaturgo que narra, en un acto profundamente narcisista, se olvida del actor, y se concentra en su propio lucimiento. Tal vez ofendido por las teorías de Eugenio Barba sobre la dramaturgia del autor, los dramaturgos de mi generación y de posteriores se soltaron escribiendo teatro narrado como si cocinaran pan tostado con mantequilla. Pienso que la detonante fue aquel excelente montaje de *Noche árabe*, del alemán Roland Schimmelpfennig, dirigida por Mauricio García Lozano, en 2005.

Alguna vez incluso me burlé de mis colegas, haciendo el mal chiste de que su teatro narrado era como Chachirulo pero para adultos. Por muchos años no tuve tolerancia. Me molestaba, insisto, que el dramaturgo le robara todo el foco al actor. Que el director pudiera resolver la acción dramática gracias a la platiquita del personaje. Critiqué a dramaturgos que admiro, por esa “conchudez dramática”. Y entonces me di cuenta de que el teatro narrado no admite medias tintas: o es efectivo, o es horrendo. Eso lo hace diferente. Por eso, a mis 52 años, y traicionando aquel dicho de Jaime Chabaud que afirmó que yo era el único dramaturgo contemporáneo que no había caído en la tentación de la narraturgia, escribí *Laberíntica Sofía*. También lo hice porque finalmente mis obras están llenas de monólogos narrativos, que según el director cubano Jorge Folgueira, es lo que mejor se me da.

Sofía es una actriz tijuanense posdramática (otro de mis temas favoritos para la mofa) que tiene que ir a Mérida a hacer una audición para la nueva película de Mel Gibson. Se tiene que ir en tren, porque no tiene suficientes recursos. Llegará allá, a pesar de la vicisitud amorosa que vive con Joaquín en el trayecto. El pretexto fue ese. La finalidad era el formato. Y entonces el diálogo se rebeló y se hizo presente de manera modesta. ¿Será que esta *autotraición* procurará otros textos así?

Para concluir la historia, propongo tres finales de acuerdo con la edad que tenga la actriz que interprete a Sofía. Los rangos van de 25 a 35 años, de 35 a 50 o más de 50 años. Los pasados pueden ser iguales, pero las visiones diversas.

Laberíntica Sofía fue llevada a la escena virtual por el director veracruzano Fernando Yralda. No sé si funciona, aunque me alegró mucho que en su primer montaje haya caído en un director sólido. En cuanto a la narraturgia, o lo que sea eso, hay otra historia cocinándose. No sé si vaya a ser una trilogía más en mi producción dramática, porque espero poder rehabilitarme muy pronto.

Gracias

Quiero agradecer el interés de Pedro Ochoa Palacio por publicar esta antología. Desde la Secretaría de Cultura de Baja California le tocó

promover la cultura en tiempos difíciles, cuando estábamos conminados a permanecer en casa, con el riesgo de perder la vida si no. Ochoa decidió entonces promover la literatura mexicana, y gestionó concienzudamente —me consta— recursos para crear la colección *La Rumorosa* y dejar un legado permanente en los librerías de los bajacalifornianos. Es un honor para mí pertenecer a esta colección. ¡Muchas gracias!

Daniel Serrano
Tijuana, Baja California
Mayo de 2021

El cazador de gringos

Personajes

Heberto: Es un hombre de alrededor de 50 años, blanco, castaño claro, con poco pelo y un gran bigote. Aunque es mexicano, su pinta es de gringo. Esto es importante para la obra.

Clara: Su esposa, un año menor que él. Ha perdido la figura, y se ve mucho más vieja de lo que es. Su personalidad refleja a una mujer sencilla, conforme con la realidad que le tocó vivir.

Nico: Un poco menor que Heberto. Es un pordiosero.

Tony: Agente de la patrulla fronteriza, de origen latino. Es moreno, y sus facciones son muy mexicanas.

José: Anciano.

Remedios: Anciana, esposa de José.

La acción sucede en la azotea de la casa de Heberto y Clara, que está ubicada en la avenida Internacional de Tijuana, en la que sólo es necesario cruzar la calle para toparnos con la línea divisoria entre México y los Estados Unidos.

Heberto ha colocado en la azotea una trinchera que copió de alguna película de Hollywood. La trinchera está equipada con múltiples objetos que le hacen la estancia más fácil.

En la parte de abajo de la casa hay un porche. Es allí dónde estarán todo el tiempo José y Remedios.

Escena I

Es de noche. La acción arranca con Heberto que asoma apenas la cabeza por la trinchera, saca un rifle calibre 22, apunta y simula que dispara, haciendo el ruido con la boca. Toma unos binoculares y ve por ellos el resultado de sus disparos. Sonríe. Entra Clara.

Clara: ¿No vas a cenar?

Heberto: *(Sin verla)* Parecía conejito.

Clara: A lo mejor era.

Heberto: Con ese tamaño tendría que haber sido liebre.

Clara: O conejo de Pascua.

Heberto: O canguro.

Clara: ¿Vas a cenar, pues?

Heberto: A menos que hablen.

Clara: ¿Te vas a esperar a que esos dos hablen? De seguro hablan todo el tiempo, pero tú no los oyes.

Heberto: Los canguros o los conejos de Pascua.

Clara: No te entiendo, Heberto.

Heberto: Tú tienes un buen rato que no me entiendes.

Clara: Como un año. Porque ya va a ser un año. Y no ha servido de mucho.

Heberto: No exageres; además, no se ha vuelto a colar ninguno.

Clara: Eso es lo que tú crees.

Heberto: Por lo menos por aquí no.

Clara: *(Incrédula y de mal humor)* Dime tú, ¿quién chingados se va a querer cruzar para acá, eh? Y menos un gringo de esos.

Heberto: Seguramente ya saben que por lo menos por aquí no se puede.

Clara: *(Burlona)* Seguramente ya saliste en las noticias.

Heberto: Aunque te burles, dijo el Nico que salí.

Clara: Y tú que le crees, pues. Entiende que el Nico no tiene televisión.

Heberto: La ve en los aparadores de Elektra. Allí dice que salí, y si dice, pues salí.

Clara: Ahora sí le crees, ¿verdad? Porque te conviene. Ese mentado Nico, siempre viene a ver que saca. Además, ¿cuándo se ha visto

que esos gringos necesiten brincarse pa'ca? Pasan como Pedro por su casa, así nada más. Nomás falta que nos bajemos los calzones...

Heberto: Eso es lo que tú crees. Por la garita pasan los gringos normales, no los otros.

Clara: ¿Cuáles otros, Heberto? ¡Estás loco! Además yo no conozco normales...

Heberto: Es un decir. Hablo de los que quieren desestabilizar al país.

Clara: Pues allá tú, porque si quisieran desestabilizar al país, como dices, no se iban a meter justamente por enfrente de la casa de Heberto Matías Palma.

Heberto: Me han llegado informes...

Clara: ¡Ándale! ¿Y quién te los trajo?, ¿El Nico?

Heberto: Mira Clara, tú te burlas, pero cuando esos cabrones se vengán contra nosotros, me lo vas a agradecer, me vas a tratar como héroe, vas a estar tan orgullosa de mí, que apenas vas a creer que eres mi mujer.

Clara: (*Escéptica*) Ah. (*Pausa*) ¿Vas a cenar, sí o no?

Heberto: Todavía no.

Clara: Pues allá tú. Ahí te calientas. Yo ya me voy a dormir, a ver si sueño con un héroe.

Clara se va metiendo a la casa.

Heberto: Búrlate, no le hace.

Heberto saca sus binoculares y da otro vistazo. Después saca su "bitácora". Es un cuaderno viejo con un lápiz partido por la mitad y sin borrador. Empieza a escribir. Se detiene.

Heberto: (*Hacia dentro*) ¡Clara!

Clara: (*Desde dentro*) ¡La metí al horno!

Heberto: ¿Qué día es hoy?

Clara: (*Ídem*) ¡Ay, Heberto!, ¿yo qué voy a saber? Seis o siete.

Heberto: ¿A quién metiste al horno?

Clara: ¿Cómo que a quién? Al conejo de Pascua seguramente.

Heberto: Ha de ser siete. En esos días suceden cosas trágicas. *(Escribe en su cuaderno. Murmura lo que escribe)* Septiembre siete...

Entra Clara.

Clara: Heberto.

Heberto: *(Sin verla)* ¿Qué?

Clara: ¿Y cuándo mates a un gringo y te conviertas en héroe y toda la cosa, voy a ser tu mujer otra vez de veras, o así le sigo como esposa nomás?

Heberto voltea a ver a Clara. Se hace una breve pausa.

Heberto: Ay, Clara...

Escena II

En el porche de la casa, están Remedios y José. Son dos ancianos sentados en sus poltronas.

Remedios: No va a venir.

José: *(Sin intención)* ¿A poco?

Remedios: Ya para que te digo.

José: Es lo que yo digo.

Remedios: Yo pensé que el dolor del parto era el que más dolía.

José: Como se nota que no tienes experiencia.

Remedios: Tú tampoco, entonces.

José: Nunca lo pensé.

Remedios: ¿Qué?

José: Que llegáramos a viejos, y sin experiencia.

Remedios: ¿Te duele?

José: Chingado...

Remedios: A mí también.

José: Lo mismo me dijiste anoche.

Remedios: Y te lo voy a decir todas las noches.

José: Ya sé...

Pausa.

Remedios: ¿Te quieres ir?

José: Sí.

Remedios: ¿Pa dónde?

José: No sé.

Remedios: Ahí está.

José: Si supiera ya me habría ido.

Remedios: Que bueno.

José: ¿Qué?

Remedios: Que no sabes.

José: Tú tampoco.

Remedios: Que le hace.

José: ¿No te quieres ir?

Remedios: Sí.

José: ¿Pa' dónde?

Remedios: Tú tampoco sabes.

José: Pero estamos hablando de ti.

Remedios: Luego que tú sepas.

José: ¿Qué?

Remedios: Me preocupo.

José: Mmm.

Pausa.

Remedios: ¿Vas a cenar?

José no contesta.

Escena III

Heberto sigue escribiendo en su bitácora. Entra Nico, es un indigente un poco más joven que Heberto. Este no se da cuenta de la llegada de Nico.

Nico: ¿Vas a cenar?

Heberto: ¡Me asustaste!

Nico: Siempre es lo mismo contigo.

Heberto: ¿Tú también vas a empezar con eso?

Nico: Vengo todas las noches y me sales con lo mismo. ¿Qué vas a hacer el día que no venga?

Heberto: No sé. No tengo tiempo para pensar en eso.

Nico: Entonces sí que te vas a asustar.

Heberto: A lo mejor pienso que te moriste.

Nico: ¿Me morí?

Heberto: El día que no vengas.

Nico: ¿Y quién te dice?

Heberto: ¿Cuántas veces has visto que un muerto llegue?

Nico: ¿Y qué tal que un día me enfado y no vengo?

Heberto: Te pareces a Clara.

Nico: Ni modo que vengan a avisarte. No tengo amigos... ¿Vas a cenar?

Heberto: Agarras un tonito como el de ella.

Nico: A lo mejor cuando ya no salgas a cazar gringos, pues ya no vengo.

Heberto: Como se nota que no sabes del asunto.

Nico: ¿Cuál asunto?

Heberto: De las guerras, de la soberanía. De lo que significa servir a la patria. Ya ves al bato ese del sureste, lleva años en pie de guerra, y así seguirá.

Nico: Hasta que se muera.

Heberto: (*Contundente*) ¡Y después!

Nico: ¡Ah jijo! ¿Y cómo le va a hacer?

Heberto: Los ideales nunca mueren. ¿Tú que vas a saber de eso?

Nico: Yo sí sé de la soberanía y de la revolución.

Heberto: (*Incrédulo*) ¿A poco?

Nico: La revolución me ha quitado el hambre.

Heberto: Pues no ha de ser muy buena esa mentada revolución, porque siempre que te veo tienes hambre.

Nico: ¡Ya! Tú lo que quieres es confundirme.

Heberto: No te entiendo, más bien.

Nico: Pinchi Heberto. Ni que estuviera tan revuelto el asunto.

Heberto: Explícame, pues. A ver si no está revuelto el asunto.

Nico: Fácil. Tú con tu pedo este de la guerra, o de la revolución, o como quieras...

Heberto: (*Interrumpe*) ¿Ya ves? No entiendes ni madre. Esto no es una revolución. La guerra y la revolución son cosas bien distintas. Lo mío es una guerra.

Nico: ¿Y cuál es la diferencia?

Heberto: Pues que la guerra se hace para salvar la soberanía de un pueblo. Y la revolución es para salvar los ideales...

Nico: (*Interrumpe*) ¿De quién?

Heberto: Pues también, de un pueblo.

Nico: No sé para qué tanto rollo, sigue siendo la misma cosa.

Heberto: ¡Que no! Si haces la guerra es para defender los ideales de la soberanía.

Nico: Explícame, pues.

Heberto: ¡Eso es lo que estoy haciendo! (*Breve pausa*) Las soberanías tienen los ideales en su lugar, las revoluciones no. ¡Esa es la diferencia!

Nico: (*Seco*) Ah... (*Pausa*) ¿Vas a cenar?

Heberto: Dice Clara que estoy más flaco. ¿Tú cómo la ves?

Nico: ¿A Clara?

Heberto: Que si sigo así, un día de estos me voy a desmayar.

Nico: Yo la veo repuestita.

Heberto: No creas que no me preocupa.

Nico: Pues haces bien.

Heberto: Ya le he explicado de muchas maneras que no se mortifique. Pero ella insiste en que si no como, no voy a poder seguir sirviendo a mi país.

Nico: Puede que tenga razón.

Heberto: *(Voltea a ver a Nico, sorprendido)* ¿Tú crees?

Nico: Puede que no. Eso no lo podemos saber hasta que acabes.

Heberto: Esto no se va a acabar nunca.

Nico: Imagínate que pudiéramos saber en qué va a acabar todo esto.

Heberto: *(Se queda pensando por un momento)* Creo que voy a cenar.

Nico se da cuenta de que está a punto de perder su cena.

Heberto: ¿Te puedo dejar encargado un momentito la misión?

Nico: *(Viendo hacia el frente)* No te lo recomiendo.

Heberto: No me tardo.

Nico: Es que no veo.

Heberto: ¿Tú también?

Nico: ¿Tampoco ves?

Heberto: No entiendes nada. Te quiero sacar de esa mugre en la que vives, y parece que no te interesa.

Nico: Pues la verdad, no.

Heberto: Ya se lo decía yo a Clara, este Nico nomás no. Voy a tener que buscar otro.

Nico: No, no, no. *(Pausa)* ¿Otro qué?

Heberto: Otro aliado. Como que tú no tienes experiencia en gringos. Y se me hace que ni te interesa.

Nico: Tengo más experiencia de la que tú crees.

Heberto: *(Escéptico)* ¿De veras?

Nico: ¿Por qué crees que estoy aquí?

Heberto: ¿Por qué?

Nico: Por eso, por culpa de un gringo.

Heberto: *(Se interesa)* ¿De veras?

Nico: No sé si contarte.

Heberto: Ándale, qué tiene.

Nico: Si te cuento, a lo mejor mi vida corre peligro.

Heberto: ¿Cuál vida?, Nico. Eso que tú vives no es vida.

Nico: ¿Cenamos?

Heberto: ¡Ya!

Nico: Nomás porque eres mi mejor amigo.

Heberto: Aunque sea por eso.

Nico: En realidad yo vivo así por necesidad.

Heberto: Eso sí. Necesidad tienes mucha.

Nico: Y por eso vivo aquí, cerca de ti.

Heberto: ¿Yo que tengo que ver?

Nico: Los gringos no son idiotas. Saben que en esta parte no se pueden meter.

Heberto: (*Entusiasmado*) ¿Tú crees?

Nico: Estoy seguro. Te tienen miedo.

Heberto: Y eso que no saben de lo que soy capaz.

Nico: Sí saben, Heberto. A ellos les da mucho por la psicología. (*Pausa*) Aquí no me van a encontrar.

Heberto: ¿Te andan buscando?

Nico: ¡Claro!

Heberto: ¿De veras? ¡Mira que cosa! Yo los busco a ellos y ellos te buscan a ti.

Nico: Por eso tú eres mi amigo de a de veras. El único. Porque tú odias a los que me odian.

Heberto: (*Un poco impaciente*) Expílicate, pues.

Nico: Yo... maté a uno.

En ese momento entra Clara.

Clara: Ya llegó el que andaba ausente.

Heberto: ¿Por qué siempre que se va a poner interesante, entra alguien a interrumpir?

Nico: Buenas noches, Clarita.

Heberto: ¿Qué no estabas dormida?

Clara: No puedo.

Heberto: Clara. Llegaste en un momento...

Clara: Más bien ustedes no me dejan dormir. ¿Vas a cenar?

Heberto: Que no. Ahorita no puedo despegarme.

Nico: Si quiere se la puede traer.

Clara: Eso nomás me faltaba.

Nico: Si quiere me voy.

Clara: Sí.

Heberto: No. (*Imperativo*) Clara, déjanos solos.

Nico: Por mí ni se molesten.

Heberto: (*A Nico*) Ella no entiende.

Clara: ¡Ah que la fregada, ahora resulta!

Heberto: Nico estaba a punto de contarme algo fundamental para la revolución y tú...

Nico: (*Lo corrige*) La guerra.

Heberto: ¡La guerra pues! Así que...

Nico: (*Interrumpe*) Es tu señora esposa, Heberto.

Heberto: (*Irónico*) ¿A poco? ¡Ya sé!

Nico: Luego entonces ella puede oír lo que te voy a contar (*A Clara*)
Apreciable y respetada señora, le ruego que se quede. Tome asiento por favor.

Se hace una pausa, en la que Clara ve a Heberto y a Nico, sorprendida.

Clara: ¡Ah chinga...! Ora resulta. No gracias. Para oír pendejadas, mejor me meto.

Clara sale de escena.

Nico: (*Desesperado*) ¿No vas a cenar?

Heberto: ¡Cómo me gustaría que Clara fuera una Adelita hecha y derecha!

Nico: Se nota que te quiere mucho.

Heberto: Mentira. Si así fuera se interesaría por mis cosas.

Nico: Pues yo la noté muy interesada. Es una joya tu señora esposa.

Heberto: ¡Déjate de pendejadas!

Se hace una pausa. Heberto toma sus binoculares y observa por ellos el otro lado de la línea. Nico voltea hacia dentro de la casa, con un leve suspiro.

Heberto: ¡Estos cabrones ya se fueron! ¿Ya ves? Sólo sale para distraerme.

Heberto ve su reloj, y hace algunas anotaciones en su "bitácora".

Heberto: ¿A quién mataste?

Nico: *(Viendo hacia dentro)* ¡Qué cosa tan fea!

Heberto: Depende, ¿no?

Nico: Heberto. Esa obsesión que tienes por los gringos, no te deja.

Heberto: ¿No me deja qué?

Nico: Ver...

Heberto: ¿Y ahora qué te picó?

Nico: Los ojos de amor de Clara.

Heberto: Valiente aliado...

Nico: ¿Sabes que yo conocí a Clara antes?

Heberto: *(Sin hacerle mucho caso. Ve al frente)* ¿A poco?

Nico: ¿De dónde me dijiste que era?

Heberto: Ah, si te digo, me vas a decir que...

Nico: No, ya en serio...

Heberto: De Tubutama.

Nico: ¡Allí fue!

Heberto: Te dije.

Nico: Con razón. Ella traía un rosa pálido.

Heberto: ¿Qué?

Nico: Tenía uno, ¿no?

Heberto: ¿Un qué?

Nico: ¿Pues que va a ser? Un vestido.

Heberto: ¿Cómo voy a saberlo?

Nico: ¿En qué año fue?

Heberto: ¿Qué?

Nico: Cuando la conociste.

Heberto: Por allí en el setenta y cuatro, o setenta y cinco a más tardar.

Nico: *(Eufórico)* ¡Sí era ella!

Heberto: ¿Qué andabas haciendo tú en Tubutama?

Nico: Trabajando.

Heberto: ¿Tú?

Nico: Era agente de ventas.

Heberto: ¡Je! Agente de ventas... ¿Y exactamente qué chingados hacen los agentes de venta?

Nico: Pues promueven productos.

Heberto: Pues ha de haber habido un chingo de productos, porque había muchos agentitos de esos.

Nico: 20 años tenía, Heberto. Clara, cuando mucho ha de haber tenido 15.

Heberto: Ha de haber sido otra.

Nico: Pues a lo mejor, pero yo estoy seguro de que es ella.

Heberto: ¿Y por qué estás tan seguro?

Nico: Por los ojos.

Heberto: ¡Je! Ahora resulta...

Nico: La ventana del alma.

Heberto ve con curiosidad a Nico.

Heberto: Poeta y toda la cosa.

Nico: Esos ojos no se me van a olvidar.

Heberto: Pues que se te vayan olvidando, cabrón, no vaya a ser que me sobre una bala...

Nico: Con esos niveles de desconfianza, ¿pues cómo?

Heberto: ¿Y cómo chingados no quieres que te tenga desconfianza? Tienes toda la noche queriéndote comer mi cena. Y luego que los ojos de Clara, y que el rosa pálido. Como que eso pasó hace como treinta años, ¿no? Como que ya te debería de valer madre.

Nico: Uta. Pero no te encabrones. Si quieres me voy...

Heberto: Pues vete. Total, nomás me estás distrayendo.

Contrario a lo que pareciera, Nico se queda sentado.

Heberto: Pinchis gringos hijos de la chingada.

Nico: Hey.

Pausa.

Nico: Revolución es cuando se agarran en el mismo país.

Pausa.

Nico: Guerra es cuando es contra otro país.

Pausa.

Heberto: ¿Me vas a decir, pues?

Nico: *(Nico no lo ve, como si estuviera ofendido)* ¿Qué?

Heberto: Lo del difunto.

Nico: ¿Cuál, eh?

Heberto: ¿Qué tienes muchos, o qué?

Nico: La mera verdad no. Nomás uno.

Heberto: ¿Y luego?

Nico: Pa' que veas que no te guardo rencor.

Heberto: ¡Ya! Déjate de pendejadas...

Nico: Yo ya me venía para acá, y se me atravesó, y pues me tuve que regresar porque me estaban esperando aquí en la línea. "Aquí estoy", me dijo muy macho, "para que no me andes buscando". "No me busques", le dije yo. "Ella escogió", me respondió el muy cabrón.

Heberto: Y tú le dijiste que ni madre, que él se había pasado de lanza.

Nico: ¡Ándale!

Heberto: Y el bato dijo que a ella le gustaban los hombres, por eso ella se había quedado con él.

Nico: ¡Exacto!

Heberto: Y el muy cabrón te dijo que no te preocuparas, que la iba a hacer muy feliz. Y fue allí donde no aguantaste.

Nico voltea a ver a Heberto, sorprendido.

Nico: ¿Dónde estabas?

Heberto: ¿Cuándo?

Nico: Pues cuando lo maté. ¿Lo conocías?

Heberto: *(Sonríe levemente)* Todos dicen lo mismo.

Pausa. Nico lo observa. Heberto ve al frente.

Nico: (*Gritando*) ¡Pues no!

Heberto: (*Sin verlo*) ¿No qué?

Nico: ¡No dijo eso!

Heberto: ¿Ah no? ¿Y entonces?

Nico: Dijo: “Don’t worry, brother. She to be happy in my arms”.

Entra Clara.

Clara: ¿Por qué gritas? Nico, ¿ya viste la hora?

Nico: ¿Pues dónde la voy a ver, Clarita?

Pausa. Heberto que está apuntando con su rifle hacia el otro lado de la frontera, voltea con la pura cabeza a ver a Nico. Tiene el ceño fruncido. Nico se da cuenta de esto.

Nico: ¿Qué hora es?

Clara: Hora de irte, a lo mejor.

Nico: Si ya me iba. Nomás estaba acompañando a Heberto... para que no se duerma.

Clara: A dormir se debería de meter.

Heberto: (*Enojado*) ¡Clara!

Clara: (*Extrañada*) ¿Qué traes tú?

Heberto: ¿Qué es eso de andar de cusca?

Clara: ¿De andar de qué?

Nico: Espérate, Heberto.

Heberto: Con los agentes de venta, con el rosa pálido.

Clara: ¡Uta madre! Ya te afectó esta pendejada de la cacería.

Heberto: Ya me contó este, ¿pues qué te crees?

Nico: ¡Espérate, hombre!

Clara: ¿Qué te contó?

Heberto: ¡No te hagas la mensa!

Clara: ¡El hocico te voy a...!

Heberto: (*Interrumpe*) ¡Lo de Tubutama!

Clara: *(Sorprendida)* ¿Tubutama?

Nico: Yo ya me voy...

Heberto: *(Le apunta con el rifle)* ¡Tú no vas a ninguna parte!

Clara: Están locos los dos.

Clara empieza a hacer mutis.

Heberto: *(A Clara)* ¡Tú tampoco vas a ninguna parte!

Clara que está de espaldas a Heberto, se para en seco. Y lentamente se da la vuelta, transformada. Nico se queda pasmado, viendo la escena.

Clara: *(Se acerca a Heberto, enfurecida)* ¿Qué dijiste, loco cabrón?

Heberto: *(Ya no tan autoritario)* Que tú te quedas...

Clara: ¡Nomás eso me faltaba! ¡Que un cabrón paranoico como tú me ande preguntando qué hice hace treinta años! *(Clara lo empieza a golpear. Heberto suelta el rifle para cubrirse con los brazos)* Como si te interesara. ¡Si no te interesa lo que hice hace diez minutos, menos te importa lo que hice en Tubutama!

Heberto: ¡Pérate bárbara!

Clara: ¡Y ahorita mismo te metes y te cenas lo que te hice, que no voy a estar tirando la comida!

Clara lo va metiendo a golpes.

Clara: ¡Con estas pendejadas, ahí andas todo apendejado en el trabajo!
¡Órale, vas para dentro!

Heberto: ¡O que la...!

Clara: ¡Y calladito!

Clara le sigue tupiendo a Heberto. Estos se meten. Nico los observa, sorprendido.

Escena IV

José y Remedios. En las mismas poltronas. José saca un cigarro Delicados.

Remedios: *(Sin voltear a verlo)* Te va a dar tos.

José: Bueno.

Remedios: Te vas a morir.

José: No le hace.

Remedios: Bueno.

José: Tú también.

Remedios: No le hace.

José: Mejor.

Pausa.

Remedios: ¿Cuántos te habrás fumado?

José: Uhh.

Remedios: ¿Te acuerdas del primero?

José: ¿Te lo cuento?

Remedios: Sí.

José: ¿Otra vez?

Remedios: Sí.

José: ¿No te aburres?

Remedios: Sí.

José: Ha de ver sido como en marzo o abril. Por allí por Semana Mayor. Mi apá fumaba de estos. *(Da una bocanada de humo)* Y mi amá le decía que le iba a dar tos.

Remedios: Y que se iba a morir.

José: No. Eso no le decía. Porque en ese tiempo la gente no se moría por fumar, como ahora.

Remedios: Pero se moría por otras cosas.

José: Cosas muy feas.

Remedios: ¡Ándale!

José: El caso es que mi apá se fue ese día y yo corrí en cuanto se fue a ver si veía algo.

Remedios: A la Elena.

José: ¿Ya sabías?

Remedios: Sí.

José: ¿Entonces? ¿Te lo cuento?

Remedios: Sí.

José: Y que corro para verla aunque sea de lejos, cuando lavaba en el patio de atrás de su casa. Ese día se me hizo tarde, porque mi apá se fue tarde, y pues no quería que yo me fuera a ver a la Elena, que porque le caía gorda su amá, y su apá. Y que corro entre los saguaros. Había un choyal en el que yo me escondía. Me caí... No te rías... Me caí por las prisas. Terminé todo enchoyado.

Remedios: Pobre de ti.

José: Ni me dolió. Lo que me dolió fue el Cochi.

Remedios: ¿Cuál Cochi?

José: Qué no te conté, pues...

Remedios: Sí.

José: El Cochi era un primo mío. Más grande que yo. Como de la edad de la Elena.

Remedios: ¿Ya se moriría?, tú.

José: ¿El Cochi? Yo creo que ya. Me llevaba como diez años.

Remedios: ¿Y la Elena?

José: También. Han de ver sido como cinco años. No tanto. El Cochi estaba bien cerdo.

Remedios: ¿A poco?

José: Y llega, y le da algo a Elena. Y ella se pone roja, y se para de puntitas y le da un beso.

Remedios: ¿Y las choyas?

José: Me dieron ganas de guacarear.

Remedios: Pues guacarea...

José: Entonces... Desde entonces no me gusta. Me da asco.

Remedios: ¿Qué?

José: ¿Eh?

Remedios: Guacarear... Te da asco.

José: Desde entonces. Corrí como desesperado, cuando vi que el Cochi le daba un beso a Elena. Ya ni siquiera supe.

Remedios: ¿Qué?

José: ¿Te acuerdas?

Remedios: Sí.

José: Ni siquiera supe cuánto duró.

Remedios: Mejor, ¿no?

José: No sé. A lo mejor la Elena le dio una cachetada.

Remedios: ¿Tú crees?

José: A lo mejor... Después del beso.

Remedios: Ah. (*Pausa*) ¿Y por eso se casó con ella?

José: Sabe.

Pausa.

José: ¿Por qué quieres que te platique lo que ya te he platicado muchas veces?

Remedios: Sabe.

Pausa.

Remedios: A lo mejor cuando me dejes de contar, es porque ya estás muerto.

José: O porque volví a nacer.

Escena V

Es el amanecer. Nico está dormido en la trinchera de Heberto, abrazado del rifle.

Heberto entra sigilosamente. Se echa a un lado de Nico.

Heberto: *(Susurrando)* ¡Nico! *(Lo mueve)* ¡Nico!

Nico: ¡Eh!

Heberto: ¡Despierta!

Nico: ¿Qué traes?

Heberto: Que te dejo cuidando y te quedas dormido.

Nico: El hambre...

Heberto: ¿Qué tiene que ver?

Nico: Me dio sueño.

Heberto: Es al revés... Imagínate que te hubiera dado algo de cenar.

(Saca un plátano y se lo da) Entonces sí, puede dejarse venir todo el gringuerío, y tú ni en cuenta.

Nico: *(Devorándose el plátano)* ¿Y qué?

Heberto: *(Poniéndose los binoculares)* ¿De qué?

Nico: ¿No vas a ir a trabajar?

Heberto: Hoy es el día.

Nico: ¿Qué día?

Heberto: Hoy van a atacar. Estoy seguro. Es un día cabalístico.

Nico: ¿Martes trece?

Heberto: ¡No, esas son pendejadas! Diciembre trece.

Nico: ¿Por qué no en doce? Ni que fueran guadalupanos...

Heberto: ¡Tú que sabes de eso!

Nico: *(Alzando un poco la voz, en mala leche)* ¿Y Clara ya lo sabe?

Heberto: *(En susurro)* ¡Cállate! *(Ve por los binoculares)* ¡Míralos, allí están!

Nico: *(Despreocupado)* ¿Dónde?

Heberto: Al pie del cerro, ¿no los ves?

Nico: Siempre han estado allí.

Heberto: ¿Entonces para qué preguntas?

Pausa.

Nico: Oye, y el diciembre trece, ¿dónde tiene lo cabalístico?

Heberto: En la suma de los números.

Nico: *(Hace la cuenta mentalmente, o con los dedos)* Me da veinticinco.

Heberto: Si sumas los números solos, da siete. Uno más dos más uno más tres.

Nico: O dos más cinco, también da siete.

Heberto: ¿De dónde sacaste el cinco?

Nico: Del veinticinco. Y el dos también.

Heberto: *(Con cara de gran revelación)* ¿Ya ves? ¡Tenía razón!

Clara: *(Desde adentro)* ¡Nico!

Nico: ¡Aguas!

Heberto se esconde.

Clara: *(Entrando)* ¿Todavía sigues aquí?

Nico: Estoy ayudando...

Clara: Pues mucho ayuda el que no estorba.

Nico: Si quiere me voy.

Clara: *(Apresurada)* ¡No!

Nico: *(Sorprendido)* ¿No?

Clara: Sí quiero que te vayas, pero primero me tienes que decir algo.

Nico: De veras, ya me voy.

Clara: ¿De dónde sacó todas esas pendejadas el Heberto, eh?

Nico: Yo no sé. Cuando llegué ya traía ese rencorcito contra los gringos.

Clara: ¡No hablo de eso!

Nico: ¿Entonces?

Clara: De lo de Tubutama, y el rosa pálido. Y esos reclamitos tontos.

Luego lo tengo que regañar, y pues no me gusta.

Nico: Menos mal...

Clara: No estés payaseando, ¿eh, Nico?

Nico: ¿De veras no te acuerdas?

Clara: ¿De qué?

Nico: Tú eras la más grandota de todas. Ni uno te llegaba a los ojos. La más distinguida, la más... como te diré... la más...

Clara: (*Desconfiada*) ¿Tú conoces Tubutama?

Nico: (*Con subtexto de "por supuesto"*) ¡Oooohhh!

Clara: ¿De veras?

Nico: Tiene una iglesia grande, y luego la plaza. Pero lo que más me gustaba de Tubutama, son los amaneceres.

Clara: ¿Ah sí?

Nico: Parecía que el cielo se estaba incendiado. Que los angelitos corrían de un lado para otro para no quemarse las plantas de los pies.

Clara: ¡N'ombre, si ya me lo había dicho Heberto!

Nico: Las once mil vírgenes corrían a esconderse para esperar el rayo de luz de las siete de la mañana. Y se metían debajo de ese rayo, como si fuera una cascada que apagara sus furores... Luego el preludio del día, o el epílogo de ese momento tan íntimo.

Clara: ¿Qué quieres, Nico?

Nico: Recordar, señora mía. Tubutama y el paraíso son la misma cosa.

Clara: (*Con una sonrisa irónica en la cara*) Ha de ser... (*Metiéndose a la casa*) ¡Heberto!... ¡Heberto!

Nico: (*Camina hacia la puerta de la casa*) Señora... Fina dama...

Heberto sale de su escondite. Nico está de espaldas. Heberto le pone la escopeta en la cabeza.

Heberto: ¿Señora tuya?

Nico: (*Intentando voltearse*) ¿Qué?

Heberto: ¿Fina dama?

Nico: Es un decir...

Heberto: ¿Ah sí?

Nico: Es una atención.

Heberto: Esto que te puse en la nuca también es una atención.

Nico: No es para tanto.

Heberto: ¿Qué chingados quieres? Nico.

Nico: ¿Quieres saber la verdad?

En ese momento entra Clara.

Clara: ¡Heberto! *(Se da cuenta de que tiene encañonado a Nico)* ¿Qué tienes, loco jodido? ¡Vas a matar a un cristiano, con esa cosa!

Heberto: *(Separándose de Nico y de Clara)* Ya, ya, ya. No pasa nada, estamos jugando.

Clara: ¡Pues con eso no se juega! Un día te la voy a tirar, verás. ¡Guarda eso, ándale, que tienes visita!

Heberto: ¿Visita? ¿Quién es?

Clara: Es Toño.

Nico: ¿Qué Toño?

Clara: ¿Y a ti quién te habló? Metiche.

Heberto: ¿Qué Toño, Clara?

Clara: *(Con una sonrisa irónica)* Pues Antonio, ¿Quién más? El hermano de Chepina.

Nico: ¡Ándale!

Heberto: ¿El que andaba pa'allá?

Clara: Ese.

Heberto: ¡No estoy!

Clara: Ya lo pasé. Así que no te tardes.

Clara se mete aguantándose la risa.

Heberto: Algo se trae.

Nico: ¿Tú crees?

Heberto: Es que ese bato andaba en la guerra.

Nico: Pues ve a ver.

Heberto: ¡Quédate aquí! Agarra la escopeta, y escóndete bien. Ahorita vengo.

Heberto se mete a la casa. Nico va por la escopeta. Es evidente que no sabe manejarla. La toma con mucho cuidado. Después va a esconderse. Escoge un lugar, pero luego cambia de opinión. Busca otro, hasta que por fin se esconde en uno. Casi inmediatamente entra Heberto. Va como alma que lleva el diablo.

Heberto: ¡Nicolás! ¿Dónde estás? ¡Sal, chingado!

Nico apenas asoma la cabeza. Heberto lo ve. Va hacia él.

Heberto: Ahora sí la chingamos. (*Llega hasta Nico y le arrebatla la escopeta*) Dame eso. ¡Y cúbrete, porque esto ya explotó!

Heberto apunta hacia la puerta de la casa. Aparece Clara.

Clara: ¡Heberto! Baja eso.

Heberto: ¿Estás loca, o qué?

Clara: ¡Es Toño, no te va a hacer nada!

Heberto: Ese cabrón no es Toño.

Tony: (*En off*) Soy yo, Hebert.

Nico: ¡Hebert!, en la madre.

Clara: ¿Qué, vas a dispararme, o qué?

Tony: (*Medio se asoma detrás de Clara*) Sólo vengo a conversar.

Heberto: Tú y yo no tenemos nada de qué hablar.

Nico: ¿Quién es, tú?

Clara: ¡Heberto, baja esa escopeta, si no quieres que te la quite y te dé con ella en la cabezota!

Nico: Uchhh. Eso duele...

Clara: ¡Bájala, te digo!

Heberto: No seas tonta, es una trampa...

Clara: (*Interrumpe*) Que trampa ni que tus narices, o la bajas o vas a ver.

Tony: Hebert... Baja el arma.

Heberto: (*Apuntándole a Tony*) No te muevas, desgraciado...

Clara: (*Acercándose a Heberto*) ¡Te lo dije, loco jodido! (*Lo golpea y baja el arma*) ¡Eres un animal bien hecho! ¡Mira que andar con estas pendejadas!

A Heberto se le cae el arma. La toma Clara. Le apunta a su marido.

Heberto: ¿Qué estás haciendo?

Clara: ¡Lo que debí de haber hecho hace mucho tiempo!

Tony: Misis...

Nico: ¡Señora de mi corazón!

Heberto: ¡Traidora!

Clara: ¡Pendejo!

Heberto: (*Abriendo los brazos*) ¡Mátame pues!

Clara: ¡Dos veces, tres veces...!

Heberto: ¡Cuatro, cinco...!

Clara: ¡Diez veces pendejo!

El grito de Clara es tan alto, que todos se paralizan. Clara está enfurecida. Les apunta alternativamente a todos. Se tranquiliza. Da un gran suspiro.

Clara: Yo ya me voy...

Clara se va, decepcionada. Se lleva la escopeta. Silencio. Los tres personajes se quedan viendo.

Heberto: ¿Qué?

Nico: Mira lo que hiciste.

Tony: No tenías derecho...

Heberto: (*Haciendo un berrinche monumental*) ¡Cállate pinchi gringo de mierda!

Nico: (*Por lo bajo, como queriendo callarlo*) Heberto...

Heberto: (*Yéndose contra Tony*) ¡Aaaaaaaaahhhhh!

Tony y Heberto tienen una pequeña pelea, que por supuesto domina el primero. Mientras esto sucede, Nico entra a la casa. Tony termina de someter a Heberto. Este queda en el piso de espaldas, con aquel arriba de él.

Nico vuelve a entrar a escena, con la escopeta en la mano. Se la pone en la nuca a Tony.

Nico: ¡Déjalo!

Los tres personajes se congelan.

Escena VI

José y Remedios en la misma posición.

José: Soñé con él.

Remedios: Qué raro.

José: ¿Por qué?

Remedios: Porque nunca sueñas.

José: Así es.

Remedios: Yo ya no quisiera.

José: Pues no sueñes.

Remedios: ¿Se podrá?

José: Sabe.

Remedios: Deberíamos de saber.

José: Pero no sabemos.

Remedios: Por eso. Deberíamos.

José: ¿Por viejos, dices?

Remedios: ¿Por qué otra cosa?

José: Pues por... sabe. Por pura congoja.

Remedios: Ya ni eso se me hace que nos queda.

José: Si nos queda.

Remedios: ¿Tú crees?

José: ¿Y por qué otra cosa estamos aquí?

Remedios: Pues sí.

José: Si no tuviéramos esa ansia, pues ya nos hubiéramos ido.

Remedios: ¿Pa' dónde?

José: Sabe.

Remedios: Se me hace que yo sí sé.

José: Se me hace que yo también.

José saca un cigarro tipo Delicados.

Remedios: *(Sin verlo)* Te va a dar tos.

Escena VII

Los tres personajes cambian de posiciones. Tony está esposado, de frente a Heberto, que tiene la escopeta en la mano. Nico está detrás de Tony, como escoltándolo.

Heberto: Creíste que iba a estar muy fácil, ¿Verdad? (*Pausa*) ¡Pues no!
¡Nosotros sí tenemos vergüenza!

Tony: Hebert...

Heberto: ¡Me llamo Heberto, cabrón!

Tony: Esto no es necesario, *bilivet*...

Heberto: ¿Qué es eso de *bilivet*? ¡¿Qué es eso de *bilivet*?!

Nico: Que lo creas...

Heberto: ¡Tú cállate el hocico, que también te va a cargar la chingada!

Nico: ¿Lo vas a matar?

Tony: Hebert...

Heberto: (*Interrumpe*) Eso lo vamos a ver. Yo sí, yo sí le voy a dar la oportunidad de que se defienda, no como ellos.

Nico: Demasiado rencor...

Heberto: Bueno, tú pues, ¿de qué lado estás?

Nico: Ya, no digo nada...

Heberto: (*A Tony*) A ver, tú... ¿Qué buscabas en mi país? (*A Nico*) Así dicen los pinchis gringos.

Tony: También es mi país...

Heberto: ¿De veras? No me hagas reír.

Nico: Heberto, te propongo algo.

Heberto: Espérate...

Nico: Es una buena idea. Ven (*Lo aparta*).

Heberto: ¿Qué traes?

Nico: ¿Y si lo hacemos cruzar la frontera?

Heberto: ¿Quieres que lo soltemos?

Nico: No, para que vea lo que se siente. Haz de cuenta que él va a pasar y que tú le preguntas.

Heberto: No es mala idea.

Nico: Pues órale.

Heberto: ¡Órale!

Heberto va hacia Tony.

Heberto: Mira, cabrón. Yo sí te voy a dar una oportunidad. Si logras pasar la aduana, te dejo ir, y ni pío a nadie.

Tony: ¿Cuál aduana?

Heberto: (*A Nico*) A ver, mi capitán, tome el arma y vigile desde allí. (*Nico se aparta*) Hemos tenido informes muy precisos de un complot contra nuestro país.

Heberto mueve un par de sacos de su trinchera, para marcar una garita.

Heberto: (*A Tony*) Tú vienes de allá. Yo estoy aquí.

Tony le sigue el juego. Camina hacia la garita.

Heberto: A ver, a ver. ¿De qué tipo de gringo eres?

Tony: No soy....

Heberto: ¡Valemadre que eres! Y tienes carita de Pocho. De esos que se van pa' allá, hacen dinero y luego regresan, muy chingones ellos, en un pick-up a toda madre, pero ese sí, con un pinchi chicle, una vieja gorda con una camiseta que se le ven todas las chichis y el bato con unas chingadas chanclas de hule; muy chingón él.

Tony: ¿Entonces...?

Heberto: Que no puedes venir a pie. Esos cabroncitos no pasan a pie, porque no vaya a ser que se...

Nico: Ya, ¿no?

Heberto: (*A Tony*) ¿Entendiste?

Tony: Sí... Creo.

Tony toma un poco de distancia, y luego camina normal hacia la garita. Heberto lo ve de reojo.

Heberto: ¡NO! ¡No entendiste ni madre! (*A Nico*) ¡Nico!

Nico: ¡Dígame, mi capitán!

Heberto: ¡General!

Nico: ¡Ah chingado, ya me ascendieron!

Heberto: ¡Yo, pendejo, yo soy el General!

Nico: Ah... ¡Dígame mi General!

Heberto: Demuéstrale aquí al gringo chafa este cómo se tiene que llegar.

Nico: Ah, cabrón. *(Se acerca a Heberto. Le habla por lo bajo)* ¿Cómo, eh?

Heberto: ¡Chingado! ¡De plano no te mereces el grado de coronel! En este momento pasas a ser soldado raso.

Nico: Pero eso es injusto...

Heberto: ¡Así, cabrón, bueno para ni madre!

De pronto, Heberto finge como si fuera arriba de un carro, con sonido de motor incluido.

Heberto: *(A Nico)* ¿Ya te quedó claro?

Nico: Al que le tiene que quedar claro es al gringoprieto este.

Tony empieza a fingir como lo acaba de hacer Heberto.

Heberto: Bien. *(A Nico)* Vigílalo.

Nico sube el arma, y le apunta todo el tiempo a Tony. Este llega a la garita. Heberto toma actitud de oficial de migración.

Tony: Buenos días...

Heberto lo ve de reojo, sin contestar el saludo, y con cara de perro guardián.

Heberto: Sus documentos.

Tony hace la mímica de dárselos.

Heberto: *(Le da un “zape” en la cabeza)* No sea chistosito. *(Sube la voz)*
¡Sus documentos!

Tony saca su cartera.

Heberto: ¿¡Qué no sabe que tiene que traer sus documentos en la mano!?

Tony: Sí, pero...

Heberto: Usted está violando las leyes de este país.

Tony: Perdón...

Heberto: ¡Sus documentos!

Tony: *(Le da la licencia de conducir)* Aquí tiene.

Heberto: ¿Qué es esto?

Tony: Mis documentos...

Heberto: ¿Te estás burlando, o qué? ¡Yo para qué quiero la licencia de manejar!

Tony: Pues es que no le entiendo...

Heberto: ¿No habla español?

Tony: Sí, pero...

Heberto: *(Lo interrumpe)* ¿Y por qué habla español?

Tony: Pues porque nací en México.

Heberto: ¿Usted nació en México?

Tony: Sí.

Heberto: ¿Dónde está su acta de nacimiento?

Tony: No la traigo conmigo.

Heberto: ¡Usted me quiere engañar! ¡Séase que las leyes de mi país son muy estrictas para los que quieren pasar sin papeles!

Tony: Pero ya le mostré mis papeles.

Heberto: *(Aventándole la licencia)* Esto no sirve...

Tony le da su identificación de agente de migración. Heberto la ve.

Heberto: ¡Ah! ¡Usted trabaja en el departamento de migración!

Tony: Sí...

Heberto: ¿Y qué viene a hacer a México?

Tony: Pues...

Heberto: ¡Conteste!

Tony: No sé...

Heberto: *(Interrumpe)* ¿No sabe?

Tony: A visitar a...

Heberto: *(Interrumpe)* Su actitud es muy sospechosa. Nomás falta que me diga que viene de compras.

Tony: Sí. Vengo de compras.

Heberto: ¿Ah sí? ¿Y qué va a comprar?

Tony: Pues...

Heberto: A ver, a ver... No sabe, no sabe.

Tony: ¡Pañales!

Heberto: ¿Pañales?

Tony: Pues sí.

Nico: Pinchi gringo pendejo.

Heberto: ¿Cuántos hijos tiene?

Tony: No tengo.

Heberto: ¿Y va a comprar pañales?

Tony: Pues sí... Para cuando los tenga.

Heberto: Mira... Pues debido a la cantidad de pendejadas que dijo, y a que no trae documentos, no puede pasar.

Tony: Pero nací en México. Soy mexicano.

Heberto: Pero no trae el acta de nacimiento.

Tony: Nadie anda con el acta de nacimiento pa' arriba y pa' abajo.

Nico: *(Se acerca un poco)* Ponle una prueba.

Heberto: *(Por debajo)* ¿Una prueba?

Nico: Sí.

Heberto: ¿Cómo de qué?

Nico: No sé. Algo para saber si es mexicano.

Heberto: Ándale.

Heberto se mete la mano a la bolsa del pantalón, y saca un chile serrano.

Heberto: *(A Tony)* Abre la boca.

Tony: ¿Que es eso?

Heberto: ¿No los conoces? Y dices que eres mexicano.

Tony: Sí los conozco, pero...

Heberto: ¡Abre la boca!

Tony: ¡Ya estuvo bueno de bromas!

Heberto: ¡Nico!

Nico se acerca apuntándole a Tony.

Heberto: ¡Pues yo no estoy jugando, así que o me enseñas tu visa o te vas a chingar a tu madre y a todas las putas madres de tu pinchi gobierno!

Tony: ¡Voy a poner una queja diplomática!

Heberto: ¡Pues mientras la pones, yo te voy a poner un madrazo!

Heberto le da otro “zape” en la cabeza.

Nico: Psst. Heberto...

Heberto: ¿Qué?

Nico: Se te está yendo la mano...

Heberto: ¡Ni madres! ¡Estos pinchis güeritos tienen que aprender a respetar! (*A Tony*) ¡Bájate del carro!

Tony “lo hace”

Heberto: ¡Sácale el dinero a tu cartera, y dámela!

Nico: ¿Para qué?

Tony: Hebert...

Heberto: (*Le da otro “zape”*) No seas igualado, cabrón. ¡Dame la cartera!

Tony: ¡Ya estuvo bueno!

Tony quiere avanzar un poco, pero Heberto, en lugar de un “zape”, le da un derechazo en la barbilla, que hace que Tony caiga al piso.

Nico: Ahora sí valió madre. ¡Golpeaste a una autoridad, cabrón!

Heberto: ¡Aquí la autoridad soy yo! *(Se acerca a Tony)* ¡Abre la boca, cabrón! *(Tony lo hace. Heberto le mete el chile serrano a la boca y lo obliga a cerrar la mandíbula)* ¡A ver si es cierto que eres mexicano!

Tony mastica el chile. Es evidente que no está acostumbrado. Intenta ponerse de pie, pero Heberto no lo deja.

Heberto: ¡Ahora cántame el Himno Nacional!

Tony: *(Cantando, como puede el himno nacional estadounidense)* O say, can you see, by the dawn's early light...

Nico: ¡Gringo pendejo, ahora sí valió madre!

Heberto: *(Le da otro golpe)* ¡Muy chistosito, cabrón!

Nico se acerca tarareando el Himno Nacional Mexicano.

Heberto: *(A Nico)* No le soples...

Nico: Es que me dio nostalgia.

Heberto: ¡Cántalo, cabrón!

Tony: ¡¿Cómo empieza?!

Heberto: ¿Ni eso sabes?

Nico: ¿Le ayudamos?

Heberto: Vales madre.

Tony: Nomás dime como empieza.

Heberto: ¿Cómo ves, compañero Nico?

Nico: Pues yo creo que sí.

Tony: Nomás el puro empiezo.

Nico: Mexicanos...

Heberto: *(Interrumpe)* ¡Ya!

Tony: ¡Ah sí! *(Intenta cantar, con el chile en la boca)* Mexicanos... grito... guerra... el bridón... retiemble... la sierra...

Nico: La tierra.

Heberto: ¡¿Cuál sierra, pinchi gringo idiota, cual sierra?!

Tony: ¡La sierra madre occidental!

Heberto: Ya andas bien mariguano, como buen gringo.

Nico: Eso sí calienta...

A Tony le da un ataque de tos, por aquello del chile. Cae al piso.

Heberto: ¡Ahora nomás falta que hasta te mueras aquí!

Nico: Heberto, se me hace que...

Heberto: *(Interrumpe)* Así menos vas a pasar, hijo de tu malinche madre.

Nico: ¡Te pasaste!

Tony: *(Recuperándose, canta desafinado)* ¡Mexicanos al grito de guerra, el acero aprestad el bridó-on, y retiemble en sus centros la tierra...!

Heberto: *(Remata la frase)* ¡... al sonoro rugir del cañón!

Los personajes se congelan por un momento. Sale luz de esa área. Heberto sale de escena. Tony se acuesta de costado, dando la espalda al público, y Nico se queda en un rincón.

Escena VIII

José y Remedios, en la misma posición.

José prende un cigarro tipo Delicados.

José: Hasta me marié. Porque no veía bien por dónde iba.

Remedios: Has de haber ido llorando.

José: ¿Tú crees?

Remedios: Pues sí.

José: No creo.

Remedios: Tú me dijiste.

José: Ah. Pues entonces iba llorando.

Remedios: Porque si no ibas llorando, pues entonces no se te puede quitar eso de que ibas llorando cuando viste aquella barbaridad...
¿Así dijiste la última vez?

José: Sí.

Remedios: O dijiste... monstruosidad.

José: Sabe.

Remedios: Burrada. A eso llega, cuando mucho.

José: A lo mejor si no hubiera visto antes al Cochi agarrándole a la Elena.

Remedios: ¿Qué no fue un beso nada más?

José: Y luego la enchoyada... Y las lágrimas. Marranada, eso sí.

Remedios: Cuéntame la marranada.

José: Allí estaban. Los dos bichis. Y dale y dale.

Remedios: ¿Pues no que nada más había sido una agarradita?

José: Mi apá y su amá.

Remedios: Eso es lo que me gusta.

José: ¿Qué?

Remedios: Que no haya sido el Cochi y la Elena.

José: Marrana.

Remedios: Si no que chiste. El Cochi y la Elena, hasta bonito. Pero el viejo y la Marrana, eso sí que me gusta.

José: No tienes remedio.

Remedios: ¿A poco no te gustó?

José: Pues sí. Pero hubiera preferido que fueran el Cochi y la Elena.

Remedios: Entonces sí hubieras guacareado.

José: Está como que raro.

Remedios: Además la Marrana estaba mejor que su hija.

José: Más madura. ¿Cómo supiste?

Remedios: De tanto oír.

José: Pero ver a tu apá en esas cosas. Y ni siquiera con tu amá.

Remedios: Eso debe ser pior.

José: Ha de ser...

Pausa.

Remedios: Ya me dieron ganas.

José: ¿De qué?

Pausa.

Remedios: De guacarear.

Pausa.

José: El puro infierno.

Escena IX

Tony está acostado en el piso, de espaldas al público. Nico ve el horizonte, hacia los Estados Unidos.

Nico: El puro infierno... Y hasta allá ellos... organizando la vida y la muerte... Ja. Metidos en nuestras tierras como un quiste. Como una marca alarmosa... Alarmosa... Alarmante... Como un taladro fatuo... El puritito...

Entra Heberto.

Heberto: Ya fumaste esa mierda otra vez.

Nico: ¿Eh?

Heberto: *(Riéndose)* Como un taladro fatuo...

Nico: ¿Qué te importa?

Heberto: ¿Qué significa?

Nico: ¿Qué?

Heberto: Fatuo...

Nico: Tú no sabes nada de poesía.

Heberto: ¡Ah cabrón! Y tú sí.

Nico: Ridículo.

Heberto: ¡Ándale!

Nico: Vanidoso. Irracional.

Heberto: ¿De que chingados estamos hablando?

Nico: Esto que estamos platicando, es fatuo.

Heberto: Pues se me hace que no estoy de humor para estas platiquitas. *(Pausa)* ¿Y el gringo?

Nico: Durmiendo el sueño de los justos.

Heberto: ¿Qué?

Nico: Dormido.

Heberto: ¿Pero no está muerto?

Nico: A lo mejor.

Heberto: ¿No te has fijado?

Nico: No.

Heberto: ¡Pues fíjate!

Nico: ¿Y yo por qué?

Heberto: ¡Porque es tu responsabilidad!

Nico: Ni madres.

Heberto: ¿Qué te dijo?

Nico: ¿Quién?

Heberto: El gringo.

Nico: Nada. ¿A mí por qué?

Heberto: Porque te quedaste cuidándolo.

Nico: ¡Otra vez!

Heberto: Que no es gringo.

Nico: ¿Qué?

Heberto: Eso dijo. Que no es gringo. Que no me confunda. Que a él no lo tengo que cazar.

Nico: ¿Y tú le creíste?

Heberto: Pues sí. No me quedaba de otra. O le creía, o le metía un pinchi tiro.

Nico: ¡Si serás pendejo! ¡Te dejaste que un pinchi gringuito cagado te convenciera!

Heberto: ¡Ya te quiero ver, cabrón joto!

Heberto se dirige a donde está Tony.

Heberto: Hey tú, Gringoprieto.

Tony apenas se mueve.

Heberto: ¡Despiértate! Verás, quiero que platiquemos aquí con Nico.
(Pausa) ¡Tony!

Tony se voltea con muchos trabajos. Tiene las manos esposadas.

Heberto: ¡Mira nomás cómo se te pusieron las muñecas!

Nico: Uta madre, sí que está feo.

Heberto: Tráeme árnica, ándale, Nico.

Nico: ¿Árnica?

Heberto: Se las voy a aflojar tantito.

Nico: ¡Aguas! ¡No se las aflojes, que así han empezado las grandes tragedias!

Heberto: ¡Mira que cabrón! Ándale, trae la pomada esa.

Nico: ¿Y de dónde la voy a sacar?

Heberto: En el baño debe de haber.

Nico: Y si se la pedimos a Clarita...

Heberto: ¡Qué Clarita, ni qué Clarita! Ve tú, cabrón huevón.

Nico: Pero a ella ya no le va a gustar.

Heberto: Ya no está.

Nico: ¿Qué?

Heberto: ¿Qué estás sordo, o qué?

Nico: ¿Ya no está?

Heberto: Se fue.

Nico: ¿A dónde?

Heberto: (*Enfurecido*) ¡Si me vuelves a preguntar algo, te voy a dar un madrazo que te va a dejar más jodido que este Gringoprieto!

Nico: Ya, pues, ya.

Heberto: (*Patea a Tony, aunque se dirige a Nico*) ¡Chingada madre! ¡Uno tiene que decirles las cosas dos o tres veces, para que entiendan!

Nico sale haciendo una seña obscena. Heberto camina como león enjaulado para calmarse.

Heberto: A ver, Gringoprieto, tú y yo vamos a platicar.

Heberto sienta a Tony, que está muy golpeado, aunque consciente. Incluso le pone algún saco de los de la trinchera u otro objeto disponible para sostenerlo.

Heberto: Me voy a sentar aquí, junto a ti. Para que me oigas mejor.

Pausa breve, en la que Heberto ve hacia el horizonte.

Heberto: Fíjate, mi Gringoprieto, que bonito está el día. Debe de ser domingo, porque tampoco hay mucho humo de carros. No sabes cómo se pone aquí entre semana con el humo de los carros... ¿O sí sabes?... Se me hace que sí sabes. Nada más que para ti ha de ser al revés: Los domingos terminas lleno de humo. Te sueñas las narices, y te salen los mocos todos negros... Que chinga, ¿no? Pero ustedes tienen la culpa... ¿Qué chingada necesidad, pues, de hacerla tanto de pedo? Si se les quieren meter los terroristas, pues no van a pasar por aquí... ¿O sí? Yo digo que no. Porque esos batos viven bien. Se la pasan a toda madre... Me refiero a los terroristas, no a los gringos. Esos güeyes pudieran vivir a toda madre, pero como les gusta hacerse los sufriditos... ¡Hasta cínicos, los cabrones! ¿Cómo ves?... No, pues tú que me vas a decir. Seguramente les lavan bien cabrón el coco cuando entran a trabajar allí, ¿no?... ¡Qué loco! Los convencen de que sus carnales son peligrosos para su pinchi vidita de hueva... Porque es de hueva, esa vidita de todo en su lugar. Ni un pinchi pelo se les ve fuera de su lugar... Eso sí, se traen un verdadero desmadre cuando vienen para acá. Allí andan, con sus chorcitos, con sus chingadas chanclas, y con sus pedas a todo lo que da. Está bien, uno no dice que no se diviertan, uno no dice que no gasten su lana acá, pero fíjate bien, Gringoprieto, fíjate bien la diferencia: Mientras ellos vienen a echar desmadres y nosotros ni siquiera les preguntamos a qué chingados vienen, nosotros vamos allá a gastar, a trabajar, a pagar impuestos, y ustedes arman un pedototote. ¡Ya ni la chingan!

Pausa.

Heberto: ¿Sabes qué, Gringoprieto? Ando triste... Y no nomás por lo de Clara... Aunque no creas, eso también me pega, cabrón... Ando triste porque... (*Se interrumpe*) Oye, ¿tú crees que la convenza? Una vez ya se fue. Cuando yo me puse muy pendejo con lo de Elisita. (*Sonríe amargamente*) No me lo vas a creer, pero un gringo se llevó a Elisita. Un gringoprieto así como tú. De 20 años se fue. Y pues yo me puse muy loco, porque está cabrón. Clara me decía que Elisita se quería casar con el gringoprieto ese. ¡Pero cómo, dije

yo, si es una niña!... Me acuerdo que a Clara se le llenaron los ojos de agüita, y muy bajito me dijo, para que mi niña no nos oyera... Pobrecita mi Clara... Estaba que se la llevaba el diablo... Me dijo: Si yo tampoco quiero que se case, pero de todos modos se va a ir... Déjala, Heberto. No nos queda de otra... Muy quedito me dijo esto último. Y yo creía que sí, que sí me quedaba de otra, y era correr al gringoprieto ese... Lo corrí. Mi Elisita, por primera vez en su vida me gritó. Se puso como loca... Se me hace que eso heredó de mí. Nada más eso, porque vieras que rebonita estaba... O está, más bien dicho. Ahorita debe tener como 25 años... Que tiene un hijo, me dijo Clara, y que es igualito a mí. Me quiso enseñar la foto, pero yo no quise. Ni modo que primero me ponga estricto, y luego caiga en esas cursilerías de fotitos, y pendejadas de esas. Si uno es macho, pues se sostiene y punto. Nada de andar allí con cosas. Eso de que es igualito a mí, tengo mis dudas. Más bien se me hace que era una estrategia para que viera la foto... Estrategia... Qué bonita palabra... Pero no les funcionó. No vi la foto. Y eso que me las cambiaba seguido. Porque Clara se veía dizque a escondidas con Elisita... Pero yo sabía. Y ella sabía que yo sabía... Pues cómo no, si iba dejando un reguero de fotos nuevas por toda la casa. Una vez me la dejó en medio del recibo del agua, y pues la vi. Así de soslayo... sin querer, y pues sí, se parecía mucho a mí. *(A punto del llanto)* Clara me decía que ella no tenía la culpa. Yo le pregunté que si a quién se refería, a Clara, a Elisita, o a esa hija del demonio... Se volvió a ir. Duró como dos días. ¿Y sabes qué me dijo cuando regresó? Que había regresado nada más por esa hija del demonio, como yo le decía, para que cuando creciera no se enterara que el demonio era su abuelo... ¿Qué? Le dije, si tú no lo conociste... ¿O sí? ¿Conociste al papá del gringoprieto?... Fue la primera vez que Clara me alzó la mano...

Tony da un pujido. Heberto lo ve.

Heberto: ¡Mira qué chingaderas te estoy contando! Vas a pensar que estoy loco. *(Lo ve y sonríe)* Fíjate que no me caes mal. Hasta eso. Te

ves buena gente. Aunque quién sabe cómo seas allá, cuando estás trabajando. A lo mejor si Clara se enterara de todas las jodidas intimidades que te estoy contando, se encabronaría conmigo. *(Pausa breve)* Pinchi Nico, que no viene, pues... *(Otra pausa breve)* No tiene remedio.

Tony da otro pujido... Como que quiere decir algo, pero no puede. Heberto lo vuelve a ver.

Heberto: ¿Qué? ¿Te duele? Pues claro, si estuvo buena la madriz. Ni modo, así es la vida... Pero ahorita que venga el Nico, vas a ver, te voy a untar la árnica y por lo menos no te van a doler tanto los jodazos... *(Grita hacia dentro)* ¡Nico! *(Nadie responde)* ¡Nico! *(Nadie responde. Heberto se levanta con la escopeta en la mano)* No tiene remedio este cabrón... *(Va a salir, pero se detiene y se voltea hacia Tony. Heberto se ve destrozado, débil, a punto del llanto)* ¡Nadie tiene remedio ya! Ni Elisita, ni su gringoprieto, ni Clara, ni el Nico... *(Se acerca a Tony)* Ni yo, Gringoprieto. Yo también ya valí madre. ¡Qué cabrón! Y todo por mi buena voluntad... ¡Qué cabrón!

Heberto se voltea y camina rumbo a la casa. Cuando está a punto de salir de escena, se oye un quejido de Tony. Heberto se detiene. Lo voltea a ver, casi con ternura. Camina unos cuantos pasos hacia Tony.

Heberto: Tienes razón, Gringoprieto. *(Se acerca más)* Tú tampoco tienes remedio.

Heberto levanta su escopeta y le dispara en la cabeza a Tony. Se ve un fognazo que da pie al oscuro.

Escena X

Remedios parece que duerme. José mira hacia el horizonte.

José: ¿Te acuerdas cuando se nos puso muy malo?

Remedios: *(Sin abrir los ojos)* ¿Quién?

José: ¿Pues quién ha de ser?

Remedios: Sí.

José: Me dijiste que traía cara de juancito.

Remedios: ¿Eso dije?

José: Sí.

Remedios: ¿Dije eso por no decir cara de ratoncito?

José: Sí.

Remedios: ¿Cómo sabes?

José: Me acuerdo.

Remedios: ¿Yo te dije?

José: No. Se te notaba en la cara que querías ser buena gente conmigo.

Remedios: *(Abre los ojos. Ve a José)* Por eso dije juancito.

José: ¿Y yo nunca te dije?

Remedios: ¿Qué?

José: La cara que tú tenías...

Remedios: No. *(Pausa)* ¿Qué cara tenía?

José: Tenías cara de...

Pausa larga.

José: No me acuerdo.

Pausa larga. Remedios se recarga cómodamente en su poltrona. Cierra los ojos.

Remedios: Pensé que se iba a morir.

José: Yo no...

Remedios: Piensas poco.

José: Sí...

Remedios: Mejor...

José: ¿Crees?

Remedios: Sí.

José: ¿Hubiera sido mejor?

Remedios: Yo creo que sí.

José: De todos modos lo perdimos.

Remedios: El puritito infierno.

Pausa larga. José saca un cigarro y se lo da a Remedios. Ella lo prende. Le da una bocanada larga a su cigarro. Mientras lentamente se hace

OSCURO FINAL.

Esta obra se escribió con el apoyo del Programa de Estímulo a la Creación y al Desarrollo Artístico del Fondo Especial para la Cultura y las Artes de Baja California, en su emisión 2004-2005.

Roma al final de la vía

Personajes

Evangelina

Emilia

Espacio escénico: El monte, a las afueras de un pueblo. Las vías del tren frente a las miradas de los personajes... allá, entre el público.

Escena 1

Emilia y Evangelina tienen siete años, aunque Emilia es un poco mayor que Evangelina.

Están agazapadas en un mezquite. Esperan el tren.

Evangelina: ¿Crees que regresemos para la cena?

Emilia: Yo creo que sí.

Evangelina: ¡Qué bueno!, porque hoy tocan quesadillas. *(Pausa)* Aunque mi mamá nos da de todos modos frijoles.

Emilia: Dicen que allá hay muchas “pitzas”.

Evangelina: Se dice “pizza”.

Emilia: ¿Y tú cómo sabes?

Evangelina: Pues porque pregunté. No voy a llegar a Roma a pedir “pitza”. ¿Qué tal si no me entienden?

Emilia: ¿Y traes dinero?

Evangelina: Sí.

Emilia: ¿Quién te lo dio?

Evangelina: Yo me lo gané vendiendo envases de caguama.

Emilia: Se va a enojar.

Evangelina: ¿Quién?

Emilia: Tu tata.

Evangelina: No. (*Lo piensa un momento*) Me quiere mucho.

Emilia: ¿Cuánto traes?

Evangelina: Cuatro pesos.

Emilia: Pues no te va a alcanzar. La rebanada de “pitzza” vale diez pesos.

Evangelina: Pero eso es en la escuela, porque la “pizza” es comida internacional. Pero en Roma no. Además vamos a volver a la hora de la cena.

Emilia: Pero ¿a poco no se te va a antojar?

Evangelina: Depende.

Emilia: ¿De qué?

Evangelina: De a cuánto salga la rebanada de “pizza”.

Emilia: Qué chistosa.

Evangelina: Es en serio. Pero además ya voy a saber cuánto vale, y cuando regresemos, pues junto para cuando volvamos a ir.

Emilia: Eso sí.

Pausa

Evangelina: ¿A qué hora te dijo que pasaba el tren?

Emilia: En la noche, antes de dormirme.

Evangelina: Por eso, pero ¿a qué horas pasa?

Emilia: Como a las cuatro.

Evangelina: Pues ya casi.

Emilia: O a las cinco.

Evangelina: ¿No te dijo bien la hora?

Emilia: Pues es que me empezó a contar toda la historia otra vez. Que fue en el tren donde conoció a la abuela, que él trabajaba en la estación cuando ella se bajó del tren. Que llevaba un sombrero rosa pálido...

Evangelina: ¿Que no era rojo?

Emilia: Pues es que unas veces me dice que rosa y otras que rojo.

Evangelina: Es que ya está viejito.

Emilia: Sí. Ya. ¡Tiene 49 años!

Evangelina: Con razón se le va la memoria.

Emilia: Por eso no sé si dijo a las cuatro o a las cinco.

Evangelina: Entonces sí dijo una hora.

Emilia: Pues sí... pero me quedé dormida.

Evangelina: Oye, ¿y por qué no vamos a la estación?

Emilia: Porque no tenemos dinero. Imagínate, si a Hermosillo vale 193 pesos, a Roma, que está un poquito más allá, pues no nos va a alcanzar.

Evangelina: Yo decía nomás a preguntar la hora.

Emilia: Pero sospecharían.

Evangelina: Eso sí.

Emilia: Mejor esperamos tantito.

Evangelina: Ándale.

Emilia: Podemos repasar la tabla del tres, para no aburrirnos.

Evangelina: ¡Qué aburrido! Mejor cuéntame otra vez el cuento de Roma.

Emilia: Pero mañana tenemos examen. Vamos a llegar muy tarde de Roma, y ya no vamos a poder estudiar.

Evangelina: Dice mi hermano que la tabla del tres está muy fácil. Que porque está hecha de todas las otras tablas.

Emilia: ¿Cómo?

Evangelina: Sí. Mira, agarras de todas las otras tablas, la que esté multiplicada por tres, y las juntas, y ya tienes la tabla del tres. *(Pausa)* No me entiendes, ¿verdad?

Emilia: No.

Evangelina: Es muy fácil. Agarras de la tabla del uno, la que esté multiplicada por tres. O sea, tres por uno...

Emilia: Tres.

Evangelina: Luego agarras de la tabla del dos, la que está multiplicada por tres. O sea, dos por tres.

Emilia: Seis.

Evangelina: Luego la del tres.

Emilia: Tres por tres, nueve.

Evangelina: ¿Tres por tres es nueve?

Emilia: Sí.

Evangelina: Tres por una tres, tres por dos seis, tres por tres nueve, tres por cuatro...

Emilia: Doce.

Evangelina: Doce. Tres por cinco...

Emilia: Quince.

Evangelina: Quince. Tres por seis...

Emilia: Diecinueve.

Evangelina: Diecinueve. Tres por siete...

Emilia: Tres por siete, tres por siete... Mejor te cuento el cuento de Roma.

Evangelina: Al cabo que nada más van a preguntar por la tabla del tres.

Emilia: Y ya nos sabemos hasta el tres por seis.

Evangelina: Ándale, mejor cuéntame.

Emilia: Pues resulta que había un león que lo iban a llevar a una fiesta.

Y estaba todo emocionado porque iba a estrenar. Además su mamá había comprado un regalo muy suave para el festejado...

Evangelina: ¿Quién era?

Emilia: No me dijo. (*Lo piensa*) Creo que era una churea.

Evangelina: Mentira.

Emilia: ¿Cómo sabes?

Evangelina: Pues porque el león se come a la churea. Y mi mamá me dice que el festejado es el rey de la fiesta.

Emilia: ¿Eso dice?

Evangelina: Sí, que por eso le tienes que llevar un regalo.

Emilia: Ah. (*Breve pausa*) Es que yo nunca he ido a una fiesta.

Evangelina: ¿Por qué?

Emilia: Pues no sé. (*Lo piensa*) Supongo que porque no ha habido.

Evangelina: Con razón.

Emilia: ¿Qué?

Evangelina: Yo tampoco he ido.

Emilia: Pero el león sí iba a ir.

Evangelina: ¿Y qué era el regalo?

Emilia: ¡Ay Evangelina! ¿Cómo voy a saber, si estaba envuelto?

Evangelina: Cuando lo compraron.

Emilia: Pues yo no iba.

Evangelina: Eso sí.

Emilia: Además era un engaño.

Evangelina: ¿El regalo?

Emilia: No. La fiesta.

Evangelina: ¿Cómo?

Emilia: Pues si no me dejas contarte, no te puedo decir. ¡Hablas mucho!

Evangelina: Pues es que no te creo.

Emilia: ¡Ya cállate! *(Breve pausa)* Además es un cuento.

Silencio.

Evangelina: ¿Me vas a contar?

Emilia: ¿Te vas a callar?

Evangelina no responde.

Emilia: ¿Estás sorda?

Evangelina: Sí... No.

Silencio.

Emilia: Entonces el león hasta se metió a bañar. Ya no olía a león. Dice que por eso es bueno bañarnos, para no oler a león.

Evangelina: Nunca he oído a un león... Es más, nunca he visto uno...

Emilia: *(Habla un poco más rápido)* Y se fueron a la fiesta corriendo y cuando llegaron era una fiesta muy grande como si fuera un estadio de béisbol como el de Hermosillo...

Emilia se detiene. Evangelina la ve, está muy interesada en la plática.

Emilia: *(Habla un poco más lento)* El león y su mamá entraron por la puerta de enfrente, que era como un pasillo muy largo... *(Habla a*

velocidad normal) Entonces entraron por ese pasillo largo, y cuando iban a la mitad, salió un hombre. A los leones les dan miedo los hombres. Yo tampoco lo creía, porque los hombres son los que le deben de tener miedo a los leones, pero es que ese hombre traía un armadillo, con casco y escudo y toda la cosa, y ese hombre, porque los hombres en Roma no le tienen miedo a los leones, sacó una espada... Así cómo le iba a tener miedo, pues. Y cuando el león y su mamá se quisieron salir, el hombre ya había cerrado la puerta y corrieron a la fiesta. Cuando entraron no había ningún león, ni ninguna churea. Todo el estadio estaba lleno de hombres. Eso sí, muy contentos estaban. Enarqueados... o enardecidos.

Pausa. Emilia ve fijamente a Evangelina. Ésta no dice nada

Emilia: Yo tampoco sé que significa, pero así dijo. Se me hace que es algo así como muy contentos, porque gritaban mucho, y aplaudían. La mamá del león corría por todos lados, y el león se quedó muerto de miedo, paralizado, así como cuando salen las poquianchis atrás de la casa de Chayo Reyes. Y entonces llegó el mismo hombre que había cerrado la puerta, con una espadota grandota. Y como a la mamá del león le cayó muy gordo, corrió rugiendo para atacarlo, pero el hombre la atravesó con la espadota...

Silencio. Evangelina tiene los ojos muy abiertos.

Emilia: Y se murió.

Silencio.

Emilia: El león se soltó llorando. Y los invitados a la fiesta se rieron de él. Lo bueno es que ya era hora de quebrar la piñata. Así que el león se formó, y como estaba muy chiquito, fue el primero que le pegó a la piñata.

Silencio.

Emilia: Bueno, lo de la piñata lo acabo de inventar.

Silencio.

Emilia: ¿No vas a decir nada?

Se escucha el ruido de un tren que se acerca.

Evangelina: ¡Ahí viene el tren!

Emilia: ¡Córrele!

Evangelina y Emilia corren hacia donde va a pasar el tren. Se sugiere que corran en su mismo lugar.

Emilia: ¡Rápido!

Evangelina: ¡Agarra la escalera!

Emilia: ¡No se te vaya a caer el dinero!

Evangelina: ¡Cuidado con el hoyo!

Emilia: ¡Pareces churea!

Evangelina: ¡Emilia!

Emilia: ¡Va muy rápido!

Evangelina: ¡Emilia!

Emilia: ¡Corre más fuerte!

Evangelina: ¡Emilia!

Emilia: ¡No puedo respirar!

Evangelina: ¡Emilia!

Emilia: ¡¿Qué?!

Evangelina: ¡Tres por seis son dieciocho!

Ambas se detienen en seco.

Emilia: ¿Qué?

Evangelina: ¡Que tú dijiste que eran diecinueve!

Emilia y Evangelina están frente a frente. El tren pita y se aleja. Ambas ven cómo el tren se va.

Escena 2

Emilia y Evangelina tienen trece años. Están agazapadas en el mismo mezzquite de la primera escena. Esperan el tren.

Emilia: Ya me bajó.

Evangelina: ¿Qué?

Emilia: ¿No te ha explicado tu mamá?

Evangelina: Sí... Ya me dijo.

Emilia: Pues a mí ya.

Evangelina: (*Entusiasmada*) ¿De veras? ¿Cuándo?

Emilia: Ayer.

Evangelina: ¡Qué suave!

Emilia: Ni tanto.

Evangelina: ¿Te dolió?

Emilia: Sí. Además me embarré todita.

Evangelina: ¿Y dónde estabas?

Emilia: En la casa...

Evangelina: Pues qué bueno que estabas allí...

Emilia: Estaba el Monchi.

Evangelina: ¿Qué?

Emilia: Sí.

Evangelina: ¿Qué estaba haciendo allí?

Emilia: Pues quería hablar con mi papá.

Evangelina: ¿Para qué?

Emilia: Para pedirle permiso.

Evangelina: ¿A poco?

Emilia: Es que el Carlos le dijo que le iba a dar unos jodazos si lo veía conmigo.

Evangelina: ¿Y desde cuándo el Carlos tan apuntado para cuidarte?

Emilia: Pues es lo que yo le dije a mi mamá. Y ella me dijo que era normal.

Evangelina: ¿Lo del Carlos?

Emilia: Pues sí. Y le dije que me ayudara. Que yo no iba a hacer nada malo. Y fue cuando mi mamá me dijo que le dijera al Monchi que

viniera a hablar con mi papá, y así el Carlos ya no le podía pegar.
(Breve pausa) Tenía miedo.

Evangelina: ¿El Monchi?

Emilia: Y yo también.

Evangelina: Ni que estuviera manco.

Emilia: Es que él no es de jodazos.

Evangelina: ¿No será joto?

Emilia: ¡No! Si fuera joto a lo mejor quisiera con el Carlos.

Evangelina: ¿El Carlos es joto?

Emilia: ¡No!

Evangelina: ¡Qué bueno!

Emilia: ¿Te gusta?

Evangelina: ¡No!

Emilia: Me preguntó.

Evangelina: ¿Y qué le dijiste?

Emilia: Sabe.

Evangelina: ¿No sabes?

Emilia: Que no sabía, le dije, pero que te iba a preguntar.

Evangelina: Pues ya me preguntaste.

Emilia: ¿No te gusta?

Evangelina: Pues me cae bien, nomás.

Emilia: Pero te estaba platicando de mí.

Evangelina: Tú me dijiste. Además está muy raro eso de ir a pedirle permiso a tu papá. El Genaro no ha ido a la casa.

Emilia: Porque tu papá no sabe.

Evangelina: Es que no estoy segura.

Emilia: Pero si te gusta el Carlos, tienes que ir a la casa a pedirle permiso a mi papá.

Evangelina: (Riéndose) Estás loca.

Emilia: (Insiste) Te estaba platicando de mí.

Evangelina: ¡Pobre Emilia!

Emilia: Y fue enfrente de mi papá. (Lo imita) ¿Qué se le ofrece, joven-cito? (Deja la imitación) Pues nomás, venir de visita, dijo el muy baboso. Y mi papa: (Lo imita) ¿Como para qué? (Deja la imitación) Y dice el Monchi: Pues nomás. En eso me dio el dolor aquí en la

mera panza, y que siento como si me hubiera orinado, pero más espeso. Quería correr, pero las piernas se me acalambraaron. ¡Esther!, grito mi papá, ¡llévate a la niña! Ahí voy, grito mi mamá. Tengo los frijoles en la lumbre. El baboso del Monchi abrió los ojos y se me quedó viendo. Me empezó a escurrir por la pierna.

¡Esther!, grito más fuerte mi papá. Yo me solté llorando porque nunca había oído gritar así a mi papá. (*Lo imita*) Jovencito, vuelva otro día. El Monchi como que no lo oyó porque se quedó parado. ¡Esther! ¡Jovencito! El Monchi se fue corriendo. Mi papá también. Y luego vino mi mamá y me abrazó y yo me solté ahora sí berreando.

Evangelina: ¿Y te dolió?

Emilia: Por eso me quiero ir a Roma.

Evangelina: Pero el tren llega hasta Hermosillo.

Emilia: Pero allí hay aeropuerto.

Evangelina: Eso sí.

Emilia: Lo fui a buscar en la mañana, para decirle; pero no lo encontré.

Evangelina: ¿No fue a la escuela?

Emilia: El Carlos dijo que le iba a dar unos jodazos y mi papá no dijo nada. Mi mamá como que le iba a explicar al Carlos, pero no supo cómo.

Evangelina: ¡Pues a mí se me hace muy suave que ya te haya bajado!

Emilia: ¡Claro, como a ti no te dolió!

Evangelina: Pero me va a doler.

Emilia: No quiero ver al Monchi.

Evangelina: Entonces ¿Para qué lo fuiste a buscar?

Emilia: Por tonta.

Evangelina: ¿Y qué le vas a decir?

Emilia: Que no diga.

Evangelina: ¿Tú crees?

Emilia: Hasta por favor se lo voy a pedir.

Evangelina: Pues a mí se me hace que ya dijo.

Emilia: ¿Cómo sabes?

Evangelina: Porque así son los hombres.

Emilia: ¡Ay sí, muy conocedora tú!

Evangelina: Me dijo mi mamá.

Emilia: Entonces el que le va a dar los jodazos soy yo.

Evangelina: De todos modos todos ya saben.

Emilia: ¿Tú ya sabías?

Evangelina: ¿No te vas a enojar?

Emilia: ¡¿Ya sabías?!

Evangelina: Pues... sí.

Emilia: ¿Te dijo el idiota del Monchi?

Evangelina: ¿Cómo crees?

Emilia: ¿Entonces quién?

Evangelina: Nadie.

Emilia: Ahora me dices.

Evangelina: ¿Para qué?

Emilia: ¡Para soltar jodazos a gusto!

Evangelina: Menos te digo.

Emilia: ¿Qué no eres mi amiga? *(Pausa)* ¡Cuando a ti te baje con que le diga a la Paloma, con eso!

Evangelina: ¡Pero te vas a enojar!

Emilia: ¡Ya estoy enojada!

Evangelina: Me dijo el Carlos.

Emilia: ¡¿Qué?!

Evangelina: Pues él me dijo.

Emilia: ¡Mentirosa!

Evangelina: Te dije que te ibas a enojar.

Emilia: Es que no te creo.

Evangelina: Me dijo en la mañana. Se acercó a mí y me dijo que si yo ya me había convertido en mujer. Ni modo que sea poquianchi, le dije. Y me dijo que tú ya.

Emilia: ¿Así de zopetón?

Evangelina: Me dijo que me invitaba una soda. Y yo le dije que se iba a enojar el Genaro. Que le valía, me dijo. Que el Genaro no era hombre, que estaba muy chiquito para mí. A menos, me dijo, que yo no fuera mujer.

Emilia: ¡Es un idiota!

Evangelina: ¿Ya te bajó?

Emilia: ¿Qué?

Evangelina: Eso sí me lo dijo de zopetón. Y yo le dije que era un idiota. Entonces no eres mujer, porque no te ha bajado.

Emilia: ¡Ay sí! ¿Y ellos cómo se hacen hombres?, a ver.

Evangelina: Pues no sé. Pregúntale a tu tata.

Emilia: Tengo ganas de llorar.

Evangelina: A lo mejor por lo mismo.

Emilia: Tengo ganas de partirle el hocico a alguien.

Evangelina: ¿Y si se lo rompemos juntos?

Emilia: ¿A quién?

Evangelina: Al Carlos.

Emilia: ¿Y por qué al Carlos? Mejor al Monchi, o al Genaro.

Evangelina: ¿Y al Genaro por qué?

Emilia: Para que se haga hombre.

Evangelina: ¿Será?

Emilia: A lo mejor así se hacen hombres.

Evangelina: ¿Cómo crees? Al contrario. A mí mi mamá me ha dicho que no se le debe de pegar a los hombres.

Emilia: No todo lo que diga tu mamá es cierto.

Evangelina: Pues esto se me hace que sí es cierto.

Emilia: Tengo ganas de llorar.

Evangelina ve con ternura a Emilia. Se acerca a ella. La abraza.

Evangelina: Te prometo que no le voy a decir a nadie.

Se escucha a lo lejos el pitido del tren que se acerca.

Evangelina: ¡Ahí viene el tren!

Emilia: ¡Córrele!

Evangelina: ¡Ahora sí vamos a llegar a Roma!

Ambas empiezan a correr en su lugar.

Emilia: ¡Y en Roma nadie se va a burlar de mí!

Evangelina: ¡Allá si saben querer a las mujeres!

Emilia: ¡Y vamos a ser las mujeres más bonitas de Roma!

Evangelina: ¡Tengo ganas de llorar!

Emilia: ¡Córrele!

Evangelina: ¡Me duele la panza!

Evangelina se empieza a retrasar.

Emilia: ¡Apúrate!

Evangelina: ¡Me estoy haciendo pipi!

Emilia: ¡En el tren hay baños!

Evangelina: ¡Me estoy haciendo pipí ahorita!

Emilia, que ha dejado atrás a Evangelina, se detiene. Evangelina también lo hace. De su entrepierna empieza a correr sangre. Emilia se da cuenta de lo que está pasando. Corre a abrazar a Evangelina.

Emilia: No te asustes, no pasa nada.

Evangelina: Me duele...

Emilia: Dice mi mamá que así somos las mujeres. Que todas las cosas bonitas que nos pasan, nos duelen.

El tren pasa de largo. Se escucha a lo lejos su pitido.

Evangelina: No quiero ser mujer...

Ambas se abrazan muy fuerte. Emilia alcanza a ver cómo se les fue el tren.

Escena 3

Emilia y Evangelina tienen veinte años. Están agazapadas en el mismo mezcquite de la segunda escena. Esperan el tren.

Evangelina: Tengo miedo.

Emilia: Ahora sí lo vamos a alcanzar.

Evangelina: No es el tren. Es que no te he contado.

Emilia: ¿Qué?

Evangelina: Es el Carlos.

Emilia: ¿Qué tiene?

Evangelina: Pues que ya me la cantó.

Emilia: ¿Cómo? Si ya tienen ocho meses.

Evangelina: Pues sí. Pero quiere más.

Emilia: ¿Quiere más qué?

Evangelina: Que por eso, que porque tenemos ocho meses.

Emilia: No me digas que...

Evangelina: *(Interrumpe)* Sí.

Emilia: ¿Te dijo?

Evangelina: Ya ves cómo es.

Emilia: ¿Y tú qué le dijiste?

Evangelina: Nada. ¿Qué querías que le dijera?

Emilia: Pues sí. Nada. *(Breve pausa)* ¿Te quedaste callada?

Evangelina: Me quedé muda.

Emilia: ¿Qué te dijo?

Evangelina: Pues lo de siempre.

Emilia: ¿Que quería una prueba de amor?

Evangelina: Así dicen, ¿no?

Emilia: Pues sí. A mí me dijo eso el Monchi.

Evangelina: Pero eso fue hace mucho.

Emilia: Poquito antes de que se fuera.

Evangelina: Imagínate que le das la prueba de amor.

Emilia: ¡Ah que madre!

Evangelina ve fijamente a Emilia.

Evangelina: No se la diste, ¿verdad?

Emilia: ¡Claro que no! Ya te hubiera dicho.

Evangelina: Más te vale.

Emilia: Ya ves a la Paloma, lo único que logró fue un plebe.

Evangelina: Pues sí.

Silencio.

Evangelina: ¿El Matías no te ha dicho?

Emilia: ¿Qué?

Evangelina: Pues eso, lo de la prueba de amor.

Emilia: Ni que fuera tan cursi.

Evangelina: A veces sí eres.

Emilia: Él, pendeja.

Evangelina: ¿Cómo no? Si hasta serenata te llevó.

Emilia: Pues porque sabe que yo soy muy cursi.

Evangelina: Eso sí.

Ambas rien.

Evangelina: Tengo miedo.

Emilia: Tienes ganas, qué.

Evangelina: Hablo del tren, pendeja.

Emilia: ¿Y de qué tienes miedo?

Evangelina: ¿Qué vamos a hacer en Hermosillo, a ver?

Emilia: Pues poner cara de babosas. Imagínate, los edificios, los semáforos, los muchachos que hay allá.

Evangelina: ¿Y el Matías?

Emilia: ¿Y el Carlos?

Evangelina: Si vamos a volver, ¿que no?

Emilia: ¡Quién sabe!

Evangelina: Yo no me quiero quedar allá.

Emilia: ¿Qué tiene?

Evangelina: ¡Quedamos en que nos íbamos a regresar!

Emilia: Estoy jugando, pendeja.

Evangelina: Es que luego tú cómo eres.

Emilia: ¡Ay, ya!

Evangelina: Imagínate, qué van a decir de nosotras.

Emilia: Que nos panzonearon.

Evangelina: ¡Estás loca!

Emilia: ¡Cómo eres coyona!

Evangelina: A mí me están dando miedo otras cosas.

Emilia: ¿Cómo qué?

Evangelina: Pues es que me dijeron algo.

Emilia: ¿De qué?

Evangelina: Mejor no te digo.

Emilia: No voy a perder el tiempo en seguirte el juego.

Evangelina: ¿Cuál juego? No estoy jugando.

Emilia: Eso de rogarte para que me digas lo que te dijeron.

Evangelina: No es juego.

Emilia: Te hace sentir menos culpable, ¿verdad?

Evangelina: ¿Qué?

Emilia: Que yo te ruegue. Así no te sientes chismosa.

Evangelina: Si no te voy a decir.

Emilia: Sí me vas a decir, no te hagas.

Evangelina: ¿Y por qué te tendría que decir?

Emilia: Porque si no me dices, te revientas.

Evangelina: Si te digo es porque eres mi amiga.

Emilia: Bueno...

Evangelina: A mí me da mi corajito, no creas.

Emilia: ¿Qué?

Evangelina: Que me trates como si fuera una babosa.

Emilia: Uta...

Evangelina: Porque además te quiero mucho...

Emilia: (*Interrumpe, gritando*) ¡Chingado, dime ya!

Evangelina: Pues que vieron al Matías con una paca de billetes.

Emilia: ¿A quién?

Evangelina: ¿Ya ves? No me crees.

Emilia: No te entendí, ¿cómo te voy a creer?

Evangelina: Que eran dólares.

Emilia: ¿Al Matías?

Evangelina: ¿Ya ves que sí me oíste?

Emilia: ¿Quién te dijo? ¿La Paloma?

Evangelina: ¿Cómo crees?

Emilia: ¿La crees incapaz?

Evangelina: Si me hubiera dicho la Paloma, pues ni siquiera te hubiera dicho.

Emilia: ¿Quién te dijo?

Evangelina: Chayo Reyes.

Emilia: ¿Chayo Reyes?

Evangelina: Pues sí.

Emilia: ¿Y tú le crees?

Evangelina: Pues no es que le crea. Pero por eso te digo nomás lo que me dijo Chayo Reyes.

Emilia: ¿Y dólares?

Evangelina: Eso dijo.

Emilia: Apenas se puede creer que le creas a Chayo Reyes. También anda con la onda de que encontró una varita para encontrar agua. Que es como una i griega, que la agarras de los cuernos, y luego caminas con ella con la punta para arriba, y cuando hay agua, la punta apunta para abajo. ¡Ve nomás!

Evangelina: ¿Eso dijo?

Emilia: Ya se le va la onda al pobre Chayo.

Evangelina: Entonces sí traía un bonchi de dinero el Matías...

Emilia: ¿Qué tiene que ver?

Evangelina: Que a mi papá se le perdió una varita como esas, de las que dice el Chayo. Falta y que el Chayo se la haya robado.

Emilia: ¡Si serás babosa!

Evangelina: Quiere decir que el Chayo estaba diciendo la verdad.

Emilia: ¡Usa la lógica! A ver, ¿el Matías tiene cara de tener dinero?

Evangelina: No tiene, traía, que no es lo mismo.

Emilia: ¡Lo que sea!

Evangelina: ¿Y para traer dinero hay que tener cara?

Emilia: ¡Pues sí!

Evangelina: ¿Y como de qué?

Emilia: Pues... pues... ¡Pues no sé! Pero lo que sí sé, es que no es la cara de baboso que tiene el Matías.

Evangelina: Yo pensé que te gustaba.

Emilia: Pues sí me gusta, pero eso no tiene nada que ver.

Evangelina: ¿De qué?

Emilia: De que tenga cara de baboso. ¡Ni modo! Así la tiene y qué.

Evangelina: Pero no te enojés.

Emilia: ¡Pues es que tú!

Evangelina: ¡A mí sí me preocupa!

A lo lejos se escucha el pitido del tren.

Emilia: ¿Y de dónde iba a sacar ese dinero?

Evangelina: Pues no sé... Habría que pensar.

Emilia: Ni modo que se lo haya robado.

Evangelina: ¿A quién?

Emilia: ¿Ya ves?

Se escucha más fuerte el pitido del tren.

Evangelina: Ahí viene ya.

Emilia: ¡Córrele!

Evangelina: ¡Pero ya quita esa jeta!

Emilia: Total, ni me importa.

Empiezan a correr rumbo al tren. Corren en su lugar.

Evangelina: ¡Mejor!

Emilia: Me voy a quedar en Hermosillo, para que se le quite, al cabrón.

Evangelina: No es para tanto, ¿que no?

Emilia: ¡Apúrate!

Evangelina: ¡Bríncale y me agarras!

Emilia: ¡No quiero que sea mala influencia para mis hijos!

Evangelina se detiene en seco.

Evangelina: ¿Qué?

Emilia: ¡Córrele!

Evangelina: ¿Qué me estás queriendo decir? ¿Qué el Matías es narco?

Emilia se detiene en seco.

Emilia: ¡No! Que ya me acosté con él.

El tren sigue su camino. Ellas, una vez más, no lo abordan.

Se quedan viendo. El tren se aleja a toda velocidad.

Escena 4

Mismo escenario de la escena anterior, pero ahora Evangelina y Emilia tienen 40 años.

Emilia: ¿Cuánto hacía que no veníamos?

Evangelina: ¿Cuánto tiene el Marquitos?

Emilia: Diecinueve.

Evangelina: Pues como veinte.

Emilia: Matías me tachó de loca.

Evangelina: ¿Por qué?

Emilia: Cuando le dije.

Evangelina: ¿Le contaste?

Emilia: Nomás le dije que quería que me diera la tarde libre.

Evangelina: ¿Qué madre! Si no eres su empleada.

Emilia: Es una forma de decir.

Evangelina: Ya era hora que te dejara tantito. ¿Qué iba a hacer el cabrón? Por eso ellos se mueren primero.

Emilia: ¿Qué estás diciendo?

Evangelina: Los hombres son unos cabrones.

Emilia: (*Muy seria*) ¡Respeto a los difuntos!

Evangelina se da cuenta de su imprudencia.

Evangelina: Perdón, no quise ofender.

Emilia: (*Sonríe*) Estoy bromeando.

Evangelina: ¿De veras?

Emilia: No porque haya sido mi hermano voy a dejar de reconocer que era un cabrón.

Evangelina: (*Muy seria*) ¡Respeto a los difuntos!

Emilia: Perdón, no quise ofender.

Evangelina: (*Ríe*) Que haya sido mi marido no quiere decir que no fuera un cabrón.

Emilia: Mejor hablamos de los vivos.

Evangelina: ¿De Matías?

Emilia: Vino la Paloma a verme.

Evangelina: ¿Qué?

Emilia: Está muy cambiada.

Evangelina: ¿No te da miedo?

Emilia: ¿Por qué?

Evangelina: ¡Emilia, mataron a su marido!

Emilia: ¿Y qué tiene que ver?

Evangelina: Pues no sé. No creo que sea bueno que te vean con ella, y no creo que al Matías le haga mucha gracia.

Emilia: Si vino a mi casa, ¿quién me iba a ver con ella? Además, ¿qué querías que le dijera: “Vete de aquí”?

Evangelina: Pues no, pero...

Emilia: (*Interrumpe*) Me dijo cosas importantes. Ella sabe quién mató a su marido... Y dice que es el mismo que mató a Carlos.

Evangelina: ¿Ella cómo sabe?

Emilia: Esto es cosa seria, Evangelina. Me dijo que quería unir fuerzas para denunciarlos.

Evangelina: ¿Y por qué fue a buscarte a ti?

Emilia: Pues es lo mismo que yo le dije. Que tenía que buscar a la viuda, no a la hermana.

Evangelina: ¿Y luego?

Emilia: ¿Qué?

Evangelina: ¿Qué gano?

Emilia: También eso le dije. Que yo no ganaba nada.

Evangelina: ¿Y yo sí?

Emilia: ¿Yo qué sé?

Evangelina: A Carlos lo mataron unos asaltantes.

Emilia: Eso le dije.

Evangelina: Eso es lo malo de vivir aquí. Que todos los muertos menores de 45 años, resultan narcos. Y pues no es cierto.

Emilia: Exacto. Eso también le dije.

Evangelina: ¿No piensas decir otra cosa?

Emilia: ¿A Paloma?

Evangelina: Eso le dije, eso le dije, eso le dije, eso le dije...

Emilia: ¡Perdón!

Evangelina: Pues es que no me digas esas cosas.

Emilia: Las dijo la Paloma.

Evangelina: ¡Esa que vaya y chingue a su madre!

Emilia: Eso sí.

Evangelina: Prefiero que digan que se suicidó, y no que lo mataron la gente del Estirado.

Emilia: Ella dice que fueron los Recinos.

Evangelina: Es la misma cosa, Emilia. ¡Yo no sé cómo dejaste que te dijera tantas cosas!

Emilia: Te digo que ha cambiado mucho.

Evangelina: ¡Chisme era el que necesitabas!

Emilia: Carlos era mi hermano.

Evangelina: Pues por eso me extraña que le sigas el juego a una piruja como ella.

Emilia: Que no le seguí el juego, chingado.

Evangelina: *(Al borde del llanto)* Pues es que me duele que digan eso.

Emilia: Ya, pues, ya.

Evangelina: ¿Qué tal que te dijera que el Matías anda de guarura del Estirado?

Emilia: ¡Ya relájate, si hasta hace rato te estabas riendo de los muertos!

Evangelina: ¡Pero contigo!

Emilia: Pero riendo.

Evangelina: ¡No es lo mismo! Una cosa es contigo y otra con la Paloma.

Emilia: *(Grita)* ¡Ya! ¡Cambiemos de tema, pues!

Evangelina: *(También grita)* ¡Pues ya! ¡Eso es lo que yo digo, pues!

Emilia: *(Gritando)* ¡Total, ya están muertos los dos!

Evangelina: *(Gritando)* ¡Ándale! ¡Y que Dios los tenga en su Santa Gloria!

Emilia y Evangelina: *(Gritando simultáneamente)* ¡Yaaaaaa!

Silencio. Ambas se quedan viendo hacia el frente. Después de un momento, se ven, y se abrazan. Sin decirse nada, se separan.

Breve pausa.

Evangelina: ¿Y si ahora sí alcanzáramos el tren?

Emilia: Imagínate. Ahora que no podemos largarnos mucho a la chingada de aquí.

Evangelina: Pues sí.

Silencio.

Evangelina: ¿Y por qué no podemos?

Emilia: Pues no sé, pero no podemos.

Evangelina: Eso sí.

Breve pausa.

Emilia: ¿Sabes qué le dije a Matías anoche?

Evangelina: ¿Cómo está?

Emilia: Bien. Se está haciendo viejo.

Evangelina: Pobre...

Emilia: Le dije que ya me estaba aburriendo. Y me contestó... ¿Sabes qué me contestó? Es que esa novela está muy enfadada. Eso me dijo. No, Matías, le dije. Ya me estoy aburriendo de ti. Se me quedó viendo, porque no entendía nada. Y luego me dijo: No sabía que yo era tu entretenimiento...

Evangelina: ¡Mira qué sentido!

Emilia: Lo peor es que no me lo dijo con tono de sentido, ni de ofendido... Me lo dijo como si acabara de descubrir el agua tibia. Si quieres jugamos a la baraja, para que te entretengas. No me entiendes, Matías. Ya me estoy aburriendo de lo que dices, de cómo hablas. De que te guste la misma comida, de que digas los mismos chistes, de que te enojas por las mismas cosas... ¿Y sabes que me contestó? Que así era la cosa.

Evangelina: ¿Cómo?

Emilia: Pues sí. Que así era el asunto este del matrimonio. Y tiene razón, es lo peor. (*Breve pausa*) Pobre Matías. Se quedó pensando un ratito, y luego me propuso que cambiáramos el lado de la cama en la que dormíamos. (*Breve pausa*) ¡Lo quiero tanto al cabrón!... Pero ya me aburrí. Le di un beso en la cabezota, y sí... esa noche

nos acostamos volteados, yo de su lado, y el de mi lado. Y pues esta mañana amanecí toda torcida, como que no me acomodé de su lado. ¿Cómo amaneciste?, me preguntó. Aburrida, le contesté inmediatamente...

Evangelina: ¡Ay, Emilia!

Emilia: Yo amanecí torcido. Me ganó. No era por ahí la cosa. Si yo ya lo sabía desde la noche anterior, pero nomás quise que cambiáramos para que viera que hay voluntad de mi parte.

Evangelina: ¡Válgame Dios!

Emilia: ¿Y qué hacemos entonces? Me dijo. ¿Nos divorciamos?

Evangelina: ¿Le dijiste eso?

Emilia: ¡No! Él me preguntó.

Evangelina: ¿A poco?

Emilia: Fíjate, el sencillo, cabrón. Eso me dijo.

Evangelina: ¿Y tú qué le contestaste?

Emilia: Pues que ya se estaba poniendo emocionante esto, y que a lo mejor así se me quitaba lo aburrida, y podíamos salvar nuestro matrimonio.

Evangelina: ¿Qué?

Emilia: ¿Cómo ves?

Evangelina: Ahora sí que no sé si se me acentuó lo pendeja, o a ti ya de plano se te botó la cadena.

Emilia: ¿Por qué?

Evangelina: ¡Pues porque ahora resulta que le estás pidiendo el divorcio a tu marido para salvar tu matrimonio!

Emilia: ¡Ándale! ¡Entendiste muy bien!

Evangelina: ¡No se puede, Emilia!

Emilia: ¡Ya sé que no se puede! ¡Ni que estuviera pendeja!

Evangelina: ¿Entonces?

Emilia: Pues le dije que no fuera simple, que esas cosas del divorcio eran de la gente de la ciudad, de la gente de Hermosillo.

Evangelina: No creas...

Emilia: ¿A no? ¿Y qué vamos a ganar con eso?

Evangelina: Nada, pero se trata de encontrar una solución al problema, ¿no?

Emilia: La cosa es que ni siquiera sé si hay problema.

Evangelina: ¿Y luego?

Emilia: Pues no sé... A lo mejor lo que me queda es alcanzar el tren.

Evangelina: ¡Pobre Matías!

Emilia: ¿Y yo qué? Si quieres te lo regalo.

Evangelina: Simple...

Emilia: Pues como te da tanta lástima.

Evangelina: Es una expresión, nomás.

Emilia: Así me dijo. Es una expresión nomás, cuando me burlé de él cuando me dijo lo del divorcio.

Emilia suspira.

Emilia: ¡Cómo extraño Roma!

Evangelina: ¡Pero si nunca fuiste!

Emilia: Extraño las esperanzas de llegar allá. De creer que al final de las jodidas vías del tren, allí está.

Evangelina: Extrañas las ganas que tienes.

Emilia: Esas todavía las tengo.

Evangelina: ¿Y qué pasa si te vas?

Emilia: No puedo, Eva.

Evangelina: ¿Por qué no? El Marquitos ya está grande, y pues Matías...

A lo mejor a él también le hace bien que te vayas por un tiempo.

Emilia: (*Sonríe, irónicamente*) ¿Con qué ojos, divina tuerta?

Evangelina: ¿El problema es el dinero?

Emilia: Sí. Y a estas alturas, no es cualquier problema.

Evangelina: El Matías tiene su buen guardadito, que no se haga. ¡Todavía puedes irte! Y ahora sin remordimientos.

Emilia: Pues si antes tampoco los tenía.

Evangelina: Es un decir, pues.

Emilia: Vente conmigo.

Evangelina: Allí sí que yo no puedo.

Emilia: ¿Por qué? Tú ni siquiera remordimientos puedes tener.

Evangelina: Yo ya me jodí, Emilia. Porque los muertos, eso sí, no se dejan.

A lo lejos se escucha el ruido del tren.

Evangelina: Vete, yo le explico al Matías.

Emilia: ¿Y qué le vas a decir?

Evangelina: ¿Qué te importa? (*La intenta levantar*) Tú lárgate.

Emilia se levanta. Empieza a correr.

Emilia: ¡Dile que me secuestraron!

Evangelina corre con ella.

Evangelina: Mejor que te robó la gente del Estirado.

Emilia: Pero a Marquitos dile que voy a regresar pronto.

Evangelina: No te preocupes por él.

Emilia: Que no se desvele mucho, el cabrón muchacho.

Evangelina: ¡Yo le voy a dar sus coscorrónes!

Emilia: Dile al Matías que el Estirado me robó porque estaba enamorado de mí.

Evangelina deja de correr.

Evangelina: ¡Enculado le voy a decir que andaba el “Estirado”!

Emilia sigue corriendo.

Emilia: ¡Te quiero mucho!

Evangelina: ¡Yo también! (*Grita más fuerte*) ¡Y si no quieres no regreses!

Emilia logra abordar el tren. Se va.

Evangelina se queda viendo, sorprendida, contenta, con los ojos llenos de llanto.

Escena 5

El mismo lugar. Evangelina y Emilia tienen 60 años. Están sentadas en un banquito de madera.

Emilia: ¡Qué necesidad la tuya, Evangelina!

Evangelina: Tienes que superarlo.

Emilia: A estas alturas.

Evangelina: Dicen que volviendo al lugar de la tragedia se curan las heridas.

Emilia: Yo no tengo heridas.

Evangelina: Demonios le dicen los poetas.

Emilia: ¿Tú qué sabes de poetas?

Evangelina: ¡Pues más que tú!

Emilia: ¡Yo no tengo demonios de esos!

Evangelina: Pues no parece.

Emilia: ¿Qué es exactamente lo que me estás queriendo decir?

Evangelina: ¡Lo que parece que te estoy queriendo decir es exactamente lo que te quiero decir! Que ya pasaron veinte años, y tú sigues con la misma cosa.

Emilia: Me da miedo...

Evangelina: ¿Qué?

Emilia: El tren.

Evangelina: Era lo que más queríamos.

Emilia: Eso es lo malo de lo que más queremos...

Evangelina: *(Completando la frase)* ... que a veces le tenemos miedo.

Emilia: ¡Pues sí!

Evangelina: ¡Pues esos son los demonios que te digo que tienes!

Emilia voltea a ver sorprendida a Evangelina, como si acabara de entender la situación. Hace una breve pausa.

Emilia: Mmm.

Silencio.

Emilia: Lo vi muerto.

Evangelina: ¿A quién?

Emilia: ¿A quién va a ser? Al Matías.

Evangelina: Todos lo vimos muerto.

Emilia: Yo lo vi antes. Cuando se descarriló el tren.

Evangelina la voltea a ver. Se da cuenta de que le va a contar algo que no le había contado.

Emilia: Estaba pensando en lo que le iba a decir al de los boletos. Y se me ocurrieron muchas tonterías. ¿Sabes por qué? Porque estaba muy contenta. Porque me estaba yendo. Cuando la gente está contenta, dice muchas pendejadas. Yo no las decía todavía, pero sí las estaba pensando. ¡Fíjate! Le quería decir que me había equivocado. Le iba a decir: ¿Que no va este tren para Roma? Y pues él me iba a contestar que no, y allí yo le iba a decir que era un error, que me dejara bajarme en Hermosillo para tomar el tren correcto.

Breve pausa.

Emilia: Y luego pensé que si estaba más guapo que el Matías, pues le iba a declarar todo mi amor. ¡Te digo que puras pendejadas! Como si el amor fuera una cosa de guapuras... Luego pensé en decirle que estaba huyendo de mi esposo, que porque me golpeaba mucho. Y allí me dio un ataque de risa, tan grande, que se me confundió todo con el ruido del tren, con los frenos que chillaban como cochito en Navidad, con el terror de la gente que empezó a correr por todos lados, y yo no sabía que hacer, porque no me paraba de reír, y fue en ese ratito, cuando el vagón se llenó de humo, que vi al Matías bien muerto... Había mucha gente en la casa, mucha más de la que fue a su funeral. Hasta mucha gente que el Matías no conoció, pero que yo sí. Y vi su vida completita, en lugar de ver la mía. Dicen que uno ve la vida de uno cuando se va a morir. Yo vi la del Matías... Pues lógico, ¿no? Si el que se estaba muriendo era él.

Evangelina: A mí me avisó Chayo Reyes.

Emilia: *(Con una risita irónica)* Ese Chayo Reyes parecía ave de mal agüero.

Evangelina: Pobrecito, tan cabrón, él.

Emilia: Pues sí.

Evangelina: Pero mira, qué feo la pagó.

Emilia: ¿Y a mí qué chingados me importa?

Evangelina: Pues sí... A mí tampoco.

Emilia: Estábamos hablando del Matías.

Evangelina: Sí.

Emilia: Y tú me sales con el Chayo.

Evangelina: Discúlpame.

Emilia: Por eso no me gusta hablar del Matías.

Evangelina: Ya, no te enojés.

Emilia: Yo sí lo quería, Eva...

Evangelina: Nadie dice que no.

Emilia: Es que luego, si hablo de él, se me figura que se convierte en chisme.

Evangelina: Eso sí.

Emilia: ¿No andaban diciendo que se quedó en el acto?

Evangelina: No les hagas caso.

Emilia: Si no les hice, pero duele de todas maneras. ¿Cómo se iba a quedar en el acto, si yo andaba en el tren? *(Silencio)* Eso fue lo primero que pensé cuando me dijeron eso. Y luego pensé que a lo mejor estaba con otra. *(Silencio)* Y luego pensé que estaba contigo *(Silencio)*. Pero luego dije: Este ya se murió, y si se murió en la cama con una mujer que no era yo, por lo menos la mujer se asustó y toda la vida va a vivir con la conciencia cargada de que mató a un cristiano.

Silencio.

Evangelina: Pero Matías se murió de un infarto.

Emilia: Eso es lo que dijo el doctor, pero las viejas chismosas dicen que se murió por problemas del corazón.

Evangelina: Es lo mismo.

Emilia: ¡Ay, mi Evangelina! Tú siempre tan inocente. No es lo mismo.

Así como no es lo mismo ser cornuda que ser inocente... o pendeja.

Evangelina: Siento que me estás acusando.

Emilia: Nomás eso me faltaba. De ninguna manera. Después de 20 años no voy a venir a acusarte de algo que ni sé si sucedió. Pero en aquel entonces no me atreví a decírtelo. Ya cumplí 60 años. Tú estás por cumplirlos. Y si no te reclamé en todos estos años, si fuiste a mi casa cuantas veces te dio la gana, si hasta fui madrina de tus segundas nupcias, ¿por qué ahora te iba a reclamar?

Evangelina: Eso sí.

Emilia: Vinimos a recordar. Eso es todo. Y pues me acordé de eso.

Evangelina: Lo malo es que te conozco.

Emilia: ¿Y dónde tiene eso lo malo?

Evangelina: Que si te digo que no fui yo, pues no me vas a creer.

Emilia: Y fíjate cómo son las cosas. Si me dices, no te creo, y si no me dices, yo pienso: por algo no me dice que no. Entonces quiere decir que sí.

Evangelina: Por eso no digo nada. Lo que sí te digo, es que yo estaba aquí mismo.

Emilia: El tren se descarriló media hora después de que me subí.

Evangelina: Ahí está.

Emilia: Eran las cinco y cuarto de la tarde.

Evangelina: Por eso.

Emilia: Esa es la hora en que dijo el doctor que se murió Matías.

Evangelina: ¿Ya ves?

Emilia: ¿Qué?

Evangelina: Te voy a decir que no fui yo, pero no estés pensando que sí fui yo. ¿Y sabes porque te voy a decir que no fui yo? Porque yo me quedé aquí un ratote.

Emilia: ¿Y eso qué tiene que ver?

Evangelina: Que desde que te subiste, hasta que se murió Matías, pasó nada más media hora. Y si yo me estuve un ratote, ponle tú que veinticinco minutos, pues nada más quedan cinco minutos.

Emilia: Tiempo suficiente para bajarse los calzones.

Evangelina: ¡Contigo no se puede!

Emilia: Ya no me importa. Total, fue hace veinte años.

Evangelina: Pues yo no fui.

Emilia: Podemos cambiar de tema.

Evangelina: Cambiemos de tema, pues.

Pausa Breve.

Emilia: ¿Sabes por qué empecé a sospechar? (*Evangelina no contesta*)

Porque luego luego, pasando el novenario, me dijiste que ya se te había quitado la angustia esa que te daba en el pecho.

Evangelina: ¿Y eso qué tiene que ver?

Emilia: Y a los dos meses, me trajiste a presentar al Raymundo.

Evangelina: Emilia, tenía cuarenta años. A esa edad, uno todavía tiene ímpetus.

Emilia: Fíjate qué curioso. A mí se me apagaron a esa edad.

Pausa incómoda.

Emilia: ¿Sabes qué pensé? Ni duda que un clavo saca a otro clavo. Y luego dije: Pinchi Matías, si fue tu clavo el que se lo empujó a esta, ojalá y tu clavo se te esté achicharrando en el infierno...

Evangelina: ¡Emilia!

Emilia: ¡Pues eso dije! Y entonces sí, me dieron ganas deirme corriendo a Roma.

Silencio.

Emilia: Vámonos acercando, porque cuando venga el tren, yo ya no puedo correr.

Ambas se levantan, y empiezan a caminar rumbo a las vías. Van a pasito.

Emilia: El otro día soñé que me subía al tren por una puerta, y que por la otra se bajaba Marcos.

Evangelina: Eso no se puede.

Emilia: ¿Por qué?

Evangelina: Porque el tren viene del centro, no del otro lado.

Emilia: Ya sé. Por eso me animé a irme. *(Pausa)* ¿Tú que le dijiste a Raymundo?

Evangelina: Que te iba a acompañar a Hermosillo.

Emilia: ¿Allí te vas a regresar?

Evangelina: ¿Qué querías que le dijera? ¿Que ahorita venía porque iba a Roma?

Emilia: ¿Todavía lo quieres?

Evangelina: Sí.

Emilia: ¿Y entonces por qué te quieres ir?

Evangelina: Yo sí voy a volver.

Emilia: Claro.

Evangelina: Que lo quiera no quiere decir que no tenga ganas de ir a Roma.

Emilia: Nomás no me vayas a decir lo que me dijo Marcos cuando se fue. No te preocupes, amá, luego luego voy a mandar por ti.

Evangelina: Yo voy a regresar.

Emilia: Eso también me dijo Marquitos.

Evangelina: Yo lo quiero mucho.

Emilia: Él también me quiere a mí. Por eso yo creo que en cualquier chico rato, regresa, ¿que no?

Evangelina: Hay veces que me mortificas.

Emilia: Por mí ni te preocupes.

Se escucha el ruido del tren que se acerca.

Evangelina: Ya viene.

Emilia: Si no me puedo trepar, no te preocupes. Tú vete.

Evangelina: Sí vas a poder.

Emilia: Me duele la rodilla.

Evangelina: Las ganas te van a dar un empujoncito.

Se escucha el tren cada vez más cerca. Ambas empiezan a apurar el paso.

Emilia: No hay ninguna puerta abierta.

Evangelina: ¡Siempre está abierta la del cabús!

Emilia: ¡Me duele la otra rodilla!

Evangelina: ¡Ya casi los alcanzamos!

Emilia: ¡Vete tú!

Evangelina: ¡Si no te subes tú, yo tampoco!

Emilia: Yo te cuido tu casa.

Evangelina: Ahí está Raymundo.

Emilia: Te cuido a Raymundo.

Evangelina: ¡Roma nos espera!

Ambas empiezan a correr lo más rápido que su edad se lo permite.

Emilia: ¡Tengo ganas de acostarme con Raymundo!

Evangelina se para en seco. Emilia pasa por un lado de ella.

Emilia: ¡Roma nos espera!

Evangelina: ¡Eres una puta!

Ambos personajes se detienen en seco.

Escena 6

Mismo lugar. Emilia y Evangelina ahora tienen 80 años. Están sentadas en sendas poltronas.

Evangelina: A veces hasta ganas de morirse le dan a uno.

Emilia: Y eso que tú siempre tan llena de vida.

Evangelina: A lo mejor así llegamos a Roma, muriéndonos.

Ambas sueltan la carcajada. Ríen a sus anchas. Después de un momento, se calman. Silencio.

Emilia: Esa podría ser nuestra última voluntad. Imagínate, la bronca en que meteríamos a los parientes.

Evangelina: ¡Fíjate qué cosa! Ni la vida quiere que lleguemos a Roma.

Emilia: Ni la modernidad. *(Pausa)* Si me muero yo primero, ahí te encargo que me quemes y que tires las cenizas en la mera vía.

Evangelina: Dicen que eso no es de cristianos.

Emilia: ¿Qué?

Evangelina: Que lo quemen a uno.

Emilia: Pues sí, pero ya ni modo. Uno como cristiano se la pasa toda la vida haciendo cosas que no son de cristiano, y mira, no pasa nada.

Evangelina: A lo mejor por eso no llegamos a Roma.

Emilia: *(Después de pensar un poco, le da una risita)* ¡Ahora sí que no te entendí!

Evangelina: Por eso no nos morimos.

Emilia: Ah, qué la chingada... No nos morimos porque Dios se está entreteniendo con nosotras.

Evangelina: Hemos de ser muy simpáticas.

Emilia: Pues más que el Carlos, el Matías, el Raymundo, el Chayo Reyes... Yo creo que sí.

Evangelina: *(Con risita)* Esos eran resangrones.

Emilia: *(Suspira)* ¿Se irían todos al cielo?

Evangelina: Pues dicen que todos se confesaron antes de irse.

Emilia: Eso sí.

Evangelina: Yo tengo mis dudas del Matías. ¿A qué horas se confesó si se murió de repente?

Emilia: Eso sí. Y luego además si se murió como dicen, pues...

Evangelina: Pues sí.

Silencio.

Emilia y Evangelina: ¿Qué hubiera pasado...?

Se ríen al darse cuenta de que hablaron al mismo tiempo.

Evangelina: ¿Qué me ibas a decir?

Emilia: Tú dime.

Evangelina: Tú primero.

Emilia: Seguramente lo mismo que tú.

Evangelina: Pues dilo.

Emilia: Que si que hubiera pasado...

Evangelina: *(Interrumpe)* ¿... si alguna vez hubiéramos alcanzado el tren?

Emilia: Ándale.

Evangelina: No hubiéramos conocido a los que conocimos.

Emilia: Es más interesante si supiéramos lo que pasó allá, en Roma.

Evangelina: Depende de la edad que tuviéramos.

Emilia: ¿Tú crees?

Evangelina: Claro, si nos estamos yendo desde los siete años.

Emilia: Pero a los siete años no hubiera sido nada divertido.

Evangelina: Ni a los 13.

Emilia: Ni a los 60.

Evangelina: ¿Pero qué tal a los 20?

Emilia: ¿La edad de la ilusión?

Evangelina: La edad de la putería.

Emilia: ¡Evangelina!

Evangelina: ¿A poco no?

Emilia: Pues sí.

Evangelina: Y eso que a esa edad, la putería es normal.

Emilia: ¿Cómo?

Evangelina: Pues sí. Imagínate que andes de coscolina a los siete años.

Emilia: (*Con risita*) Coscolina... que palabra tan elegante...

Evangelina: No es normal, ¿verdad?

Emilia: ¿Lo de los siete años? No.

Evangelina: Tampoco a los 60 años.

Emilia: ¿Y a los 50?

Evangelina: Pues todavía. ¿Tú cuándo dejaste?

Emilia: (*Ríe*) ¿De qué? ¿De andar de coscolina?

Evangelina: De tener sexo... ¿Cuándo se murió el Matías?

Emilia: ¿Tú dejaste cuando se murió el Raymundo?

Evangelina: ¡Uyyy!, desde mucho antes.

Emilia: Pues sí, pero cuántos años tenías.

Evangelina: La verdad es que no fue mucho antes. Fue como un año antes. Hace como cinco años. Yo tenía setenta y cinco.

Emilia: (*Asombrada*) ¡¿Setenta y cinco años?!

Evangelina: ¡Todavía se puede!

Emilia: ¿Y por qué dejaron?

Evangelina: Pues porque ya no podía.

Emilia: ¿Ya no podía?

Evangelina: Él decía que sí.

Emilia: ¿Pero no?

Evangelina: ¿Quieres que te cuente?

Emilia: Sí.

Evangelina: Son cosas muy personales...

Emilia: ¿A estas alturas?

Evangelina: A estas alturas. No dejan nunca de ser personales.

Emilia ve a Evangelina, con una sonrisa burlona.

Emilia: Oséase que tú quisieras ser la abuelita que sale en la caja del chocolate...

Evangelina: (*Riéndose*) Pues sí, ¿por qué no?

Emilia: Porque esas no existen. Son viejitas pedorras...

Evangelina: Para ti y para mí, que ya somos viejitas pedorras, pero para los demás...

Emilia: Ya cuéntame.

Evangelina: No hay mucho que contarte. De pronto sí le funcionaba, pero cuando ya se quitaba la ropa, pues ya no. Y la verdad es que a mí ya no me daban muchas ganas.

Emilia: Viejita piruja. Ya has de haber estado asqueada de tanto sexo.

Evangelina: Y cochino.

Sueltan la carcajada.

Emilia: Por eso en las revistas pornográficas no salen mayores de 50.

Evangelina: ¿A poco las has visto?

Emilia: Claro. Una vez le encontré unas a Marquitos.

Evangelina: ¿Y?

Emilia: Pues muy bonitas las muchachas que salen allí. Muy redonditas y toda la cosa.

Evangelina: ¿De veras?

Emilia: ¿Pero sabes una cosa? Cuando yo tenía la edad de ellas estaba como ellas.

Evangelina: ¿A poco?

Emilia: Así de buenota.

Ambas rien.

Evangelina: A lo mejor si nos hubiéramos ido a Roma, nos retratan.

Emilia: Y luego dicen que les pagan muy bien.

Evangelina: Pues sí. Imagínate, ¿cuántos les ven allá?

Emilia: ¡Uyyy!

Evangelina: Por eso les pagan bien, porque se les chotea.

Emilia: ¿Y qué le hace?

Evangelina: ¿Cómo crees?

Emilia: ¿A ti cuántos te lo vieron?

Evangelina: ¿Qué?

Emilia: ¿A poco no llevas tu cuenta?

Evangelina: ¡No!

Emilia: ¿Ni mental?

Evangelina: ¡No!

Emilia: No te creo.

Evangelina: Bueno, sí.

Emilia: ¿Cuántos? Dime...

Evangelina: No sé.

Emilia: ¿Cómo no vas a saber?

Evangelina: Soy muy mala para las cuentas.

Emilia: ¡Ándale! ¡O sea que son muchos!

Evangelina: Me estás reborujando.

Emilia suelta la carcajada. Después de un momento, Evangelina se contagia.

Evangelina: ¡Vamos a sacar la cuenta!

Emilia: Tú primero.

Evangelina: ¿Tu primero fue el Matías?

Emilia: ¿Cómo sabes?

Evangelina: No sé.

Emilia: ¿Tienes esa duda?

Evangelina: Entonces sí.

Emilia: No.

Evangelina: ¿No fue el primero?

Emilia: ¿Tu primero fue mi hermano?

Evangelina: ¿Cómo sabes?

Emilia: Me imagino que no.

Evangelina: ¿Por qué dices eso?

Emilia: Pues porque te acostaste con el Matías. “Mi” Matías.

Evangelina: No me acosté con él.

Emilia: El día que se murió no. ¿Pero qué tal antes?

Evangelina: (*Cambia de tema*) El primero se llamaba Efrén. Tamaño mediano. Muy babosito. El segundo, ese sí fue Carlos...

Emilia: (*Interrumpe*) No me des detalles, era mi hermanito.

Evangelina: Está bueno. El tercero fue Martín. Pequeñito, pero muy entrón. El cuarto fue Antulio...

Emilia: ¿Quién?

Evangelina: Antulio.

Emilia: ¿Antulio Antulio?

Evangelina: Antulio Antulio.

Emilia: ¿El de “La vereda tropical”?

Evangelina: ¿Cuántos conoces con un nombre tan ridículo?

Emilia: ¡Pero es maricón!

Evangelina: Pues sí, pero ni él ni yo sabíamos.

Emilia suelta la carcajada.

Evangelina: ¿De qué te ríes?

Emilia: ¿Qué tal que tú lo volviste maricón?

Evangelina: Noooo. ¡Ahí sí que no! Si iba y se venía a cada rato.

Emilia: ¿Cómo?

Evangelina: Se reponía muy rápido. Y luego otra vez. Yo creo que se volvió maricón por baquetón que era.

Emilia: ¿Ya se murió?

Evangelina: No sé. No volvió. Dicen que se fue a Europa y que estudió en una universidad muy importante. Y que allá vivía con su “marido”.

Emilia: ¿Se acordará de ti?

Evangelina: Pues a como nos fue, yo diría que sí. A menos que esas cosas de volverse jotos les afecte la memoria.

Ambas sueltan la carcajada.

Evangelina: ¿Y tú, cuántos tuviste?

Emilia: ¿Ya acabaste?

Evangelina: Ya.

Emilia: ¿Nomás cuatro? No, chiquitita. Síguele.

Evangelina: Después de Antulio... fue Rafael. Grande... Muuuuy grande. Con él nos subimos al techo de la casa. Y allí vimos las estrellas. Claro, fue en verano. Nos quedamos bichis panza pa' arriba. A mí me daba pena. ¿De qué? Me decía. Ni modo que nos estén viendo los marcianos. ¿Pero qué tal los zopilotes?, le dije. No estamos muertos... Tú no, pero tu cosa sí...Era muy simpático. Tenía muy buen humor.

Emilia: ¿Y por qué se suicidó?

Evangelina: ¡Yo qué voy a saber!

Emilia: Dicen que por amor.

Evangelina: Dicen.

Silencio.

Emilia: Te enamoraste...

Evangelina: Poquito...

Emilia: ¿Y por qué se dejaron de ver?

Evangelina: No sé. Nomás se fue.

Emilia: ¿No te dijo nada?

Evangelina: Que se iba a trabajar a Hermosillo, me dijo. Que lo mandaban. Que él no quería. *(Pausa)* ¿Nunca te dije que me pidió que me fuera con él?

Emilia: Sí me dijiste.

Evangelina: ¿Sí te dije?

Emilia: Sí.

Evangelina: ¿Y qué me dijiste?

Emilia: Que te fueras.

Evangelina: ¿Y qué te dije?

Emilia: Algo así que Hermosillo era muy poquito para ti.

Evangelina: ¿Yo dije eso?

Emilia: Que tú querías llegar por lo menos a Roma.

Evangelina: ¡Figúrate!

Silencio.

Emilia: Pues yo, el primero fue el Matías.

Evangelina: ¡No he acabado! Julio, pequeño; Margarito, mediano; Joel, muy grande...

Emilia: ¡Puros nombres, sin tamaño!

Evangelina: Abraham, Agustín, Alberto, Alejandro, Alfonso, Ambrosio, Andrés, Ángel, Antonio, Arcadio, Atanasio, Bartolomé, Benito...

Emilia: ¡En orden alfabético!

Evangelina: Bernabé, Braulio, Camilo, Carlos...

Emilia: ¿Y el Genaro?

Evangelina: Todavía no llegó a la “G”.

Emilia: ¡Ni llegarás!

Ambas sueltan de nuevo la risa.

Evangelina: Figúrate que con el Genaro no... Así de bravo como se hacía que era, pues era zacatón de a buenas.

Emilia: Con razón terminó como cura.

Evangelina: ¿Y tú?

Emilia: Yo la verdad fui de carrera más corta.

Evangelina: ¿A poco?

Emilia: Nomás dos.

Evangelina: Ya me lo habías dicho.

Emilia: Entonces para qué te cuento.

Evangelina: Porque nunca te he creído. Con ese cuerpo que tenías.

Emilia: A la hora de la hora me daba miedo, porque me decían que si tenía sexo sin casarme, me iba a convertir en una poquianchi. Y a la hora de la hora, al verle la cara al muchacho, se me cambiaba por la cara de una de esas méndigas viejas.

Evangelina: ¿Y luego? ¿Qué pasó con el Matías? Ese fue el primero, ¿no?

Emilia: Eran muchas las ganas.

Evangelina: ¿Y después?

Emilia: Nomás.

Evangelina: ¿Nomás?

Emilia: Nomás.

Evangelina: No te creo.

Emilia: Fui de un solo hombre.

Evangelina: Pobre de ti.

Emilia: ¿Qué?

Evangelina: Con razón estás tan fregada.

Emilia: ¿Yo?

Evangelina: Ni modo que yo.

Emilia: (*Sin pensar. Rápido*) En realidad fueron dos.

Silencio. Luego carcajadas de ambas.

Evangelina: ¿Ya ves?

Emilia: Pero una vez.

Evangelina: ¿Quién fue?

Emilia: Y fue porque me lloró mucho.

Evangelina: ¡Mira que buena gente eres!

Emilia: ¿Qué querías que hiciera?

Evangelina: Que te acostaras con él más veces. ¿Por qué nada más una?

Emilia: ¿Cuántas veces te acostaste con cada uno de tu lista?

Evangelina: No estamos hablando de mí.

Emilia: Bueno, fueron dos.

Evangelina: ¡Ajúa! ¿Y quién es?

Emilia: El Monchi.

Evangelina: Si ya decía yo que era medio jotolón.

Emilia: Pues de jotolón no tenía nada.

Evangelina: ¿No dijiste que lloró?

Emilia: Pero de puro amor.

Evangelina: ¿Y eso qué?

Emilia: Que cuando lloran de amor, son más bien muy hombres.

Evangelina: ¿De dónde sacas esas cosas?

Emilia: El Monchi fue el gran amor de mi vida.

Evangelina: ¿De veras?

Emilia: Cuando hicimos el amor, fue lo mejor que me pasó en la vida.

Evangelina: ¿Y por qué lo cortaste?

Emilia: Porque él quería otras cosas.

Evangelina: ¿Qué cosas?

Emilia: Quería quedarse aquí. Me decía que era su tierra, que la quería mucho, que quería hacer algo por su pueblo, que cuando cumpliera cien años de muerto, hubiera un fiestón en su honor...

Evangelina: ¿Y luego?

Emilia: (*Extrañada*) ¿Qué?

Evangelina: ¿No te hubiera gustado pasar a la historia?

Emilia: ¿Estás loca? ¿Y Roma? (*Se enoja*) ¿No era eso lo que queríamos?
¿Lo que soñamos desde que tenemos conciencia?

Evangelina: Pues sí, pero...

Emilia: ¡Nadie me dijo que la felicidad podía estar en este mugroso pueblo! ¿Cómo iba a saber que entre la polvareda estaba mi vida? ¿Tú sabías? (*Pausa. Evangelina no contesta*) ¡Claro que no sabías! ¡Tú hubieras hecho lo mismo! Se trataba de largarse de aquí, de no echar raíces, de no querer a nadie de los alrededores.

Pausa breve.

Emilia: Y aquí estamos... las dos viejitas pedorras, hablando nomás, imaginándonos lo que podríamos haber hecho de la vida; inventando nombres de hombres con los que nos acostamos.

Pausa.

Evangelina: ¿Cómo supiste?

Emilia: ¿Qué?

Evangelina: Que eran nombres inventados...

Emilia: ¡Ay, Evangelina! Tengo 80 años, te conozco desde hace 75.

Evangelina: Fíjate que curioso. Me hubiera gustado acostarme con 80 hombres. Uno por cada año vivido... Y me quedé en cuatro.

Emilia: Me dobleteaste.

Evangelina: Me hubiera gustado conocer a un conde en el camino a Roma. Uno de esos siniestros, misteriosos, que tienen muchas pinturas en las paredes de sus castillos, que usan rizos blancos y que tienen que asistir a muchas fiestas elegantes donde nada más tocan el violín. Me hubiera gustado tener hijos, y que la nobleza europea asistiera a sus bautizos y que las revistas importantes nos tomaran fotos. Y hacer muchísimas obras de caridad, y aunque no volviera a visitar el pueblo, sentirme orgullosa de mis orígenes, porque ese conde no me escogió por mis antepasados, sino porque soy bella, muy bella, porque soy muy inteligente. Y codearme con el Papa, con los cardenales, con los obispos. Y tener cuatro criadas que me prepararan el baño, que me vistieran, que me perfumaran, y que me pidieran consejos de cómo conquistar a los hombres.

Pausa.

Emilia: Y mira... Aquí estamos. Encerradas en una poltrona.

Evangelina: Recordando a hombres que no existen.

Emilia: Oliendo los mismos vientos llenos de tierra.

Evangelina: Esperando un tren que ya no va a pasar.

Emilia: ¡Qué asfixiante es el aire libre!

Evangelina: ¡Qué sofocantes son las esperanzas!

Emilia: ¡Se nos fue el tren! ¡Somos unas pendejas!

Evangelina: ¡Apenas a nosotras se nos ocurre tener ilusiones!

Emilia: Por eso digo que a veces hasta le dan ganas de morirse a uno.

Evangelina: Eso lo dije yo.

Emilia: ¿Sí? Creí que yo lo había dicho.

Evangelina: Ya se te olvidan las cosas.

Emilia: Eso quisiera. Que se me olvidara donde estoy.

Evangelina: Yo también quiero lo mismo. Que se me olvide dónde vivo. Que se me olviden mis medicinas, que ya no me acuerde que tengo que comer...

Emilia: Que ya no nos acordemos de dormirnos, ni de levantarnos.

Evangelina: Y que nos vayamos caminando por la vía del tren.

Emilia: Hasta Roma.

Evangelina: Porque eso sí, ya no habrá tren, pero nos queda la vía.

Silencio.

Emilia: ¡Vámonos a Grecia!

Evangelina: Déjame ir por mi andadera...

A pesar de la última frase, las ancianas no se levantan, se quedan sentadas, y simulan con la boca, una el sonido de las ruedas del tren contra las vías, la otra el pitido. Allí se quedan hasta hacerse el

OSCURO FINAL.

Madrugada en Svalbard

Personajes

Amanda: 80 años

Pablo: 80 años

Gabriel: 38 años

1. Vivir para siempre

Gabriel y Amanda.

Gabriel: Pongamos por ejemplo que de pronto encontramos la inmortalidad. ¿Dónde nos vamos a meter todos? ¿Cuál es el precio de esa inmortalidad? ¿De verdad queremos vivir para siempre? Y si vivimos para siempre, ¿no nos vamos a aburrir?

Amanda: Le estás diciendo esto a una mujer de 80 años. ¿Tú crees que no lo he pensado muchas veces?

Gabriel: Sí.

Amanda: Sólo se puede pensar si a uno le gusta la vida.

Gabriel: ¿Cómo estás?

Amanda: Apegada. A la vida.

Gabriel: Te ves muy bien.

Amanda: Apegada. Me veo muy bien.

Gabriel: Te extrañé.

Amanda: Por eso tardaste tanto.

Gabriel: Sí. Es una manera extraña.

Amanda: Lo sé, por eso no ironizo.

Gabriel: Entonces, si encontramos esa manera de vivir para siempre, ¿qué va a pasar con este mundo?

Amanda: Se va a llenar.

Gabriel: ¿Y entonces?

Amanda: La gente se va a desesperar.

Gabriel: ¿Y luego?

Amanda: Va a haber suicidios.

Silencio.

Gabriel: Llegamos a lo mismo.

Amanda: No tan rápido. Debe de haber una rigurosa selección de la gente que tiene que vivir para siempre.

Gabriel: ¿Y cómo?

Amanda: La gente sin complejos, con la mente despierta, pero sobre todo, sin ganas de regresar a la infancia.

Gabriel: Como tú.

Amanda: Sí. Como yo.

Gabriel: Eso puede ser trampa.

Amanda: ¿Por qué?

Gabriel: Porque te describiste.

Amanda: ¿Y eso qué? De cualquier manera yo no voy a poner las condiciones.

Gabriel: De cualquier manera eso no va a suceder.

Amanda: Bueno, sucedió. En este momento. Mientras lo platicábamos. Y cuando tuviste conciencia, se esfumó. Así que habrá que buscarlo de nuevo.

Gabriel: No todos podemos buscar esas cosas.

Amanda: Déjame a mí.

Gabriel: Te ves excelente.

Silencio.

Amanda: Tengo alzhéimer. *(Pausa)* Es natural. *(Pausa)* Principios.

Gabriel: Habrá quien quiera olvidar.

Amanda: Habrá.

Gabriel: ¿Quién te dijo?

Amanda: ¿Esto?

Gabriel: Que tienes alzhéimer.

Amanda: Me doy cuenta.

Gabriel: ¿Estás ironizando?

Amanda: Ellos me dicen. Aunque yo me dé cuenta. Es evidente. Un escritor vive de sus recuerdos. Por eso los jóvenes son pésimos.

Gabriel: Bueno, habría que ver los estudios.

Amanda: ¡Son pésimos!

Gabriel: No hablo de estudios literarios. Hablo de diagnósticos.

Amanda: Los diagnósticos, el futuro. *(Breve pausa)* Lo bueno de tener alzhéimer es que, como no puedes vivir del pasado, vives del futuro. Y eso a mi edad, es una ventaja.

Gabriel: Es muy pronto...

Amanda: No tan pronto como yo quisiera.

Gabriel: Tengamos más información para así poder saber...

Amanda: ¡Qué frase! ¿Te das cuenta de que hablamos pésimo?

Gabriel: ¿Eso a qué viene ahora?

Amanda: Aunque hablar y escribir no es la misma cosa.

Gabriel: No te heredé...

Amanda: Es muy pronto para saberlo.

Gabriel: Me refiero al talento. Para eso no es pronto.

Amanda: A los padres no nos gusta que nos digan que los hijos no nos heredaron. Así sea un ojo tuerto, una manía extrema o acné genital.

Gabriel. Tal vez lo testaruda.

Amanda: Bueno, eso puede ser mejor que... *(Pausa)* Se me olvidó.

Gabriel: Seguramente podremos hacer algo.

Amanda: Tengo mucho dinero.

Gabriel: Tal vez no sea necesario.

Amanda: Me aterra pensar que te puedo olvidar en cualquier momento. Me aterra incluso pensar que puedo olvidar todo aquello que he intentado olvidar durante tanto tiempo, y que ahora lo logre con una enfermedad sofisticada. Me aterra no poder olvidar por mi propia voluntad.

Gabriel: Puede ser que estés confundida.

Amanda: Confundida por los años. La línea entre la vejez y la enfermedad, es muy fina.

Gabriel: Voy a hablar con el doctor, y hasta entonces podremos precipitarnos.

Amanda: No hay tal precipicio.

Gabriel: No me asustes, mamá.

Amanda: Bueno, relájate.

Gabriel: Le tengo que decir a mi papá.

Amanda: ¡NO!

Silencio.

Gabriel: Tienen cosas en común.

Amanda: Sólo un hijo que ya se puede valer por si solo. Así que no intentes que la enfermedad también sea algo en común.

Gabriel: ¡Qué tontería!

Amanda: ¿Qué?

Gabriel: ¡Pues esto! ¿Qué más da? Pasaron 50 años juntos, y de pronto se divorcian de una manera absurda, y ahora que hay una oportunidad de reunirse de nuevo...

Amanda: ¡Lo feliz que va a estar al enterarse que justamente no tiene ninguna obligación conmigo! ¡NO!

Gabriel: ¡Habrás visto tal cosa!

Amanda: Y mira que convertir una enfermedad mortal en una feliz oportunidad de reunirme con alguien con el que, después de 50 años, tuve el valor de tirarlo a la basura.

Gabriel: ¿Qué dices?

Amanda: (*Afirma*) ¡Es una manera elegante de decirlo!

Gabriel: Eso ya pasó.

Amanda: Pasado del que me voy a olvidar muy pronto. *(Breve pausa)*
Creo que esas son las pequeñas manifestaciones de que Dios existe.

Silencio.

Gabriel: Hablemos de lo que viene.

Amanda: Tomarme una pastilla todos los días para no olvidar tan pronto, y ¡mira qué ironía!, No olvidar tomármela, porque si se olvida, entonces se van los recuerdos. Que no estoy tan segura de quererlos. Pero eso sí, la pastilla no se debe olvidar. *(Breve pausa)*
Hay siete etapas. Yo estoy en la tercera. A veces se me olvida hasta cómo me llamo. Y lo más doloroso: No retengo como antes lo que leo. Ya no tengo la capacidad de organizar mi día para trabajar.

Gabriel: Ya no tienes 15 años.

Amanda: Me hicieron una entrevista médica detallada. Así le llaman ellos. Y sí.

Gabriel: ¿Y los 80 años?

Amanda: Eso es lo primero que me dijeron que me iban a decir. No es alzhéimer. Es edad. Y no sé qué sea mejor.

Gabriel: Es mejor lo que no puedes evitar.

Amanda: ¿Es mejor entonces la edad?

Gabriel: Es mejor que estés bien.

Amanda: Es mejor que no haga tantas preguntas.

Gabriel: Tal vez.

Amanda: Por lo menos tantas preguntas de mí misma.

Silencio.

Amanda: ¿Cómo está Rebeca?

Gabriel: Creciendo.

Amanda: ¿Y tu esposa?

Gabriel: ¿Mi esposa?

Amanda: ¿Por qué te extraña?

Gabriel: No me extraña. Lo que me parece muy curioso es que me preguntes por mi esposa, y no por María Laura.

Amanda: ¿Cómo está María Laura?

Silencio.

Gabriel: Ana.

Amanda: ¿Cómo está Ana?

Gabriel: Siempre la llamas Ana Laura.

Silencio.

Amanda: No le digas a tu papá que tengo alzhéimer.

Fin de escena.

2. Ella olvida

Gabriel y Pablo, su padre.

Gabriel: Mi mamá tiene alzhéimer.

Pablo: ¿Qué?

Gabriel: Ella dice.

Pablo: ¿Cómo?

Gabriel: Está en sus primeras etapas.

Pablo: ¿Y qué dice el doctor?

Gabriel: No he hablado con él.

Pablo: ¿Conoces al doctor?

Gabriel: Nada más lo he visto un par de veces.

Pablo: Eso dice.

Gabriel: ¿Ella?

Pablo: Sí. Eso dice. Que tiene alzhéimer.

Gabriel: ¿No le crees?

Pablo: Tiene 80 años. ¿A los cuántos años puedes tener alzhéimer?

Gabriel: ¿Eso qué tiene que ver?

Pausa.

Pablo: Todas las noches escucho a un cocuyo.

Gabriel: ¿Cómo suenan?

Pablo: Los veo. ¿Qué dije?

Gabriel: Que los escuchabas.

Pablo: Quise decir que los veo. Y bueno, también los puedo escuchar porque los veo. Porque el sonido también viaja por la vista.

Gabriel: ¿De dónde sacaste eso?

Pablo: Y si les buscamos chichis a las hormigas, podemos poner una tienda de lencería para insectos.

Gabriel ríe.

Pablo: Apuesto lo que quieras a que no tiene nada.

Gabriel: Nunca fue quejumbrosa.

Pablo: ¿Sabes qué pienso cuando veo los cocuyos? ¿Cuándo se dejan venir en bola desde las faldas de ese cerrito? Que no teníamos necesidad de estar cada uno por su lado. La única necesidad que debe tener una pareja cuando se hace vieja es la necesidad de la compañía. No hay que pedir comprensión. Del sexo ni hablamos. No hay que pedir entusiasmo, ni tampoco medida. Sólo hay que pedir compañía. A mí, aquí, me acompañan los cocuyos, los aullidos de los coyotes. A ella le tiene que acompañar una enfermedad. Pero no tiene nada.

Gabriel: A lo mejor quiere que vuelvas.

Pablo: La peor compañía es la de la enfermedad, pero no porque sea una tragedia.

Gabriel: Lo es.

Pablo: Pero también es una muy buena oportunidad de atraer a la compañía.

Gabriel: Chantaje.

Pablo: ¡Exacto!

Gabriel: ¿Y si fuera verdad?

Pablo: Ya me animé.

Gabriel: ¿Cómo?

Pablo: Ya me animó ella, mejor dicho. A estar aquí. A estar solo. A lo mejor si tu mamá no me hubiera dado una patada en el culo, yo no estuviera aquí tan a gusto. ¡Y mira que sigo convencido que lo mejor es estar en compañía!

Silencio.

Pablo: ¿Qué piensas hacer? (*Pausa*) Tienes que saber el diagnóstico.

Gabriel: No es nada más mi problema.

Pablo: Yo desde aquí lo asumo.

Gabriel: ¡Qué cómodo!

Pablo: ¿Qué quieres que haga?

Gabriel: Que lo asumas.

Pablo: Desde aquí.

Gabriel: Que vayas.

Pablo: ¿Para qué?

Gabriel: Fueron muchos años.

Pablo: Eso lo debió pensar antes.

Gabriel: ¡Está cabrón!

Pablo: (*Alza la voz*) ¡A ver! Párate ahí. Toda la vida decidieron por mí, y ahora que a mis 80 años quiero decidir yo, pues resulta que no se puede, porque el amor de mi vida se olvidó de mí antes de que le diera Alzheimer. ¡Lo peor que le puede pasar a un hombre es que el amor de su vida lo olvide antes de que a ella le dé Alzheimer!

Gabriel: No es para tanto...

Pablo: (*Interrumpe*) ¡Imagínate! Ni siquiera hay el pretexto de que le dio Alzheimer!

Silencio.

Gabriel: Voy a hablar con ella.

Pablo: ¿Para qué?

Gabriel: Tiene que ceder.

Pablo: ¿Ella?

Gabriel: Sí.

Pablo: ¿Ya ves?

Gabriel: ¿Qué?

Pablo: Ni siquiera eso me reconocen. ¡El que no está cediendo, por primera vez en su vida, soy yo!

Silencio.

Pablo: Mira cómo se van acercando, lo hacen una y otra vez de la misma manera. Parece que lo hubieran practicado muchas veces.

Gabriel: Y el que parece líder es el más majestuoso.

Pablo: ¿Qué tiene?

Gabriel: ¿Cuánto tiempo duran?

Pablo: Son los pájaros más chicos que existen. ¿Sabías?

Gabriel: Sí.

Pablo: ¿Qué tiene?

Gabriel: Si mal no recuerdo, el colibrí gigante mide apenas 25 centímetros.

Pablo: Pueden vivir fácilmente cinco años.

Breve silencio.

Gabriel: Se va a morir pronto.

Pablo: Anoche cayó la primera equipata.

Gabriel: ¿Se mojó la alfalfa?

Pablo: Aunque se hubiera mojado. Ya hacía falta.

Gabriel: Hay una manera de solucionarlo.

Pablo: A más tardar mañana en la tarde va a estar lista la tranca, para que se pueda llenar el tambo.

Gabriel: ¿No se cae?

Pablo: Ahorita sí. Pero una equipata no lo tumba. Y faltan todavía varias, antes del aguacero.

Gabriel: Deberías de vender.

Pablo: ¿Cómo lo solucionamos?

Gabriel: No faltará quién quiera.

Pablo: Alguien lleno de nostalgia, porque estas tierras ya se secaron.

Gabriel: Con una transferencia.

Pablo: Tenía entendido que el alzhéimer no puede ser transferido.

Gabriel: No hay peor lucha que la que no se hace.

Pablo: Soñé con una jauría de pitbulls. Que yo era uno de ellos, e iba en medio, y perseguíamos a unos bebes, que gateaban rapidísimo. Eso los hacía verse terribles. Parecían monstruos. Fíjate qué sencillo: Cámbiale una característica a un angelito, y lo puedes convertir en un demonio.

Gabriel: ¿Qué pasó?

Pablo: No lo sé.

Gabriel: Entre ustedes. Después de 50 años.

Pablo: La vida es corta. Después de los 80, hay que exprimirla.

Gabriel: ¿Entonces?

Pablo: No los alcanzamos nunca. Los bebés nos dieron vuelta, y de pronto ellos nos iban persiguiendo a nosotros, los pitbulls.

Gabriel: ¿Cuánto tiempo viven los pitbulls?

Pablo: Tres veces más que los colibrís.

Gabriel: El divorcio a los 75 años es una especie en extinción.

Pablo: Malamente.

Gabriel: No sé qué vamos a hacer.

Pablo: ¿Todavía tiene dinero?

Gabriel: Sí.

Pablo: Pues eso. Transferir.

Gabriel: ¿A su edad?

Pablo: ¿Qué tiene?

Gabriel: Es ilegal.

Pablo: ¿Tiene dinero?

Gabriel: Sí.

Pablo: Creo que voy a desistir de comprar el pitbull.

Gabriel: Me da gusto.

Pablo: Sospecho que no le voy a encontrar ningún motivo por el cuál recordarlo.

Gabriel: Y ese es motivo suficiente.

Pablo: Claro.

Silencio.

Pablo: También me puedo comportar como un viejo mezquino, y aceptar la transferencia yo mismo.

Gabriel: ¿Cómo?

Pablo: Se puede ser mezquino con uno mismo.

Gabriel: La vi muy bien. A pesar de la enfermedad. Claro, va iniciando, pero muy bien.

Pablo: Así va a estar. No he conocido a alguien que enfrente los problemas con tal clase.

Gabriel: Aunque esto no es una cuestión de clase.

Pablo: En cierto modo sí. Cuando nos divorciamos, fue la clase la que se impuso. La de ella, por supuesto, y eso me hizo tener clase a mí.

Gabriel: Esa fue la ganancia.

Pablo: Entre otras cosas.

Gabriel: ¿Quién tomó la decisión?

Pablo: ¿No te contó?

Gabriel: No.

Pablo: Dile.

Gabriel: ¿Qué?

Pablo: Que te cuente.

Fin de escena.

3. Penúltima voluntad

Amanda y Gabriel.

Gabriel: Cuéntame.

Amanda: Tengo mucho dinero.

Gabriel: Eso no.

Amanda: ¿Por qué?

Gabriel: ¿Para qué?

Amanda: Para la transferencia.

Gabriel: Nunca se ha hecho una transferencia de alzhéimer.

Amanda: Mejor.

Gabriel: No tenemos antecedentes.

Amanda: Mejor.

Gabriel: No sabremos si se podrá.

Amanda: Pues vamos averiguándolo. Yo no quiero olvidarte.

Gabriel: Seré lo único que tendrás presente.

Amanda: Tu forma de pitbull.

Gabriel: Soñé con una jauría de pitbulls. Yo iba entre ellos. Corríamos tras una jauría de niños, que gateaban a una velocidad impresionante. Eran horribles. Sabíamos que los teníamos que alcanzar, pero no sabíamos el por qué. Pero en cada cierto tramo de camino, caía un pitbull. De mil que éramos, terminamos tres. Y los bebes-galgos se multiplicaban. Hasta que entendimos que no se podrían detener, y nos regresamos llorando...

Amanda: ¿A dónde?

Gabriel: ¿A dónde qué?

Amanda: ¿A dónde se regresaron?

Gabriel: A la realidad.

Amanda: Y entonces esa fue la parte dolorosa.

Gabriel: (*Sonríe*) No cambias.

Amanda: Esa es la parte del alzhéimer dolorosa. Cuando se regresa a la realidad.

Gabriel: ¿Entonces por qué quieres curarte?

Amanda: Porque lo diverso, lo diferente, da terror.

Gabriel: Voy a buscar a alguien.

Amanda: Gracias.

Gabriel: Sólo tengo que caminar por los bordes de la ciudad.

Amanda: ¿Y eso?

Gabriel: Para encontrar a alguien para la transferencia.

Amanda: Tengo dinero...

Gabriel: Así de fácil...

Silencio.

Amanda: Todas esas listitas ridículas que hacen los viejitos de lo que hay que hacer antes de morir...

Gabriel: (*Interrumpe*) Pero tú no te vas a morir.

Amanda: Supongamos que sí.

Gabriel: (*Divertido*) ¿Te parecen ridículas?

Amanda: Deberían conformarse no con hacer, sino con no hacer.

Gabriel: ¿Cómo?

Amanda: (*Divertida*) No hacerse en los pantalones, por ejemplo.

Ríen. Silencio.

Amanda: Yo no voy a hacer esa listita.

Gabriel: Es tu decisión.

Amanda: Gracias. (*Silencio*) Yo sólo quiero hacer una cosa antes de morirme.

Gabriel: ¿En qué quedamos?

Amanda: Me voy a morir. Y como todo lo que hago, lo hago muy bien, me voy a morir muy bien.

Gabriel: ¡Qué modesta!

Amanda: También, porque esto es aquí entre nos.

Gabriel: De aquí no sale.

Amanda: No me trates como viejita.

Gabriel: Eso ya me lo dijiste.

Amanda: Pero no lo entendiste. Eso de que de aquí no sale...

Gabriel: Está bien, está bien...

Amanda: (*Lo interrumpe*) ¡Hasta allí! Nada de hablarme con ese tonito chipilón.

Silencio.

Amanda: Quiero cometer un delito.

Gabriel: ¿Qué?

Amanda: Antes de bien morirme.

Gabriel no acierta a decir nada.

Amanda: En lugar de listitas, quiero cometer un delito.

Silencio.

Amanda: ¿Qué tienes?

Gabriel: Me dejaste mudo.

Amanda: Me podrías ayudar.

Gabriel: ¡No, yo no!

Amanda: A escogerlo.

Gabriel: ¿Qué?

Amanda: ¿Estás menso o qué? ¡El delito! De eso estamos hablando.

Gabriel: ¡No cuentes conmigo! ¡Y no me digas que salí a mi papá!

Amanda: De todos modos.

Gabriel: ¡Ya lo sé!

Amanda: De todos modos lo voy a cometer.

Gabriel: ¡Estás loca!

Amanda: En esta vida hay que sembrar un árbol, tener un hijo, escribir un libro... ¡y cometer un delito!

Gabriel: ¿De dónde sacaste eso?

Amanda: Ya te tuve, ya escribí muchos libros, y lo del árbol se hace en cinco minutos.

Gabriel: ¿Y si nos calmamos?

Amanda: Yo estoy calmada.

Gabriel: ¡Pensemos, pues!

Amanda: Estoy pensando.

Gabriel: ¡No! ¡No estás pensando!

Silencio.

Gabriel: ¿Qué clase de delito?

Amanda: ¿De cuáles hay?

Gabriel: ¡No sé! ¡No he consultado el catálogo todavía!

Amanda: ¡Pues averígualo!

Silencio.

Gabriel: Ya me voy.

Amanda: Me acaba de llegar.

Gabriel: ¿Cómo?

Amanda: Mira. (*Le extiende un libro.*) Cómo regresar tu pitbull a su madriguera.

Silencio.

Amanda: Si no quieres, no digas nada.

Gabriel: Felicidades.

Amanda: Está dedicado.

Gabriel: Gracias.

Amanda: ¿De veras?

Gabriel: Sí... Gracias.

Amanda: He estado leyendo mucho.

Gabriel: Como siempre, ¿no?

Amanda: Sobre el alzhéimer. Leí cómo Terry Pratchett escribió 100 veces la misma página. Durante 100 días. Recordaba perfectamente bien ese pasaje de su novela, pero se le olvidaba que ya lo había escrito.

Gabriel: ¿Quién?

Amanda: ¿Te imaginas lo que me espera?

Gabriel: ¿De qué trata?

Amanda: ¿Qué?

Gabriel: El libro.

Amanda: ¿Cuál libro?

Gabriel: El tuyo. “¿Cómo regresar tu pitbull a su cueva?”.

Amanda: A su madriguera.

Gabriel: Eso.

Amanda: De cómo envejecer con dignidad.

Silencio.

Amanda: ¿No me vas a preguntar lo de siempre?

Gabriel: ¿Qué esperas de él?

Amanda: Gracias. Ahora no te voy a contestar como si fueras periodista famoso.

Silencio.

Gabriel: ¿Entonces?

Amanda: ¿Qué?

Gabriel: ¿Qué esperas?

Amanda: ¿De qué?

Gabriel: Del libro. ¿Se te olvidó?

Amanda: Claro que no.

Gabriel: Eso es por los 80 años.

Amanda: Me distraje.

Gabriel: Habrá que envejecer con dignidad.

Amanda: Cuando dices habrá... ¿Te refieres a mí?

Gabriel: ¿Quién es el *target* del libro?

Amanda: Los ancianos.

Gabriel: ¿Entonces qué esperas del libro?

Amanda: ¡Que lo lea tu papá!

Fin de escena.

4. Celebrar

Pablo y Gabriel.

Pablo: Le pregunté que de qué se trataba, y se enfureció.

Gabriel: ¿Por qué?

Pablo: Porque no los leía.

Gabriel: ¿Por qué?

Pablo: Porque me aburría. ¿A ti no?

Silencio.

Pablo: (*Risueño*) Se va a infartar cuando se entere.

Gabriel: ¿De qué?

Pablo: De que tú tampoco la lees.

Gabriel: Tiene muchos lectores. ¡Es una best-seller!

Pablo: ¿Y tú?

Gabriel: No se va a enterar.

Pablo: ¿Entonces sí la lees? ¡Porque yo esos secretos no los puedo guardar! Son muy grandes para mi pecho.

Gabriel: ¿Serías capaz?

Pablo: ¡Por supuesto! Contra ella soy capaz de todo.

Gabriel: Duraron 50 años.

Pablo: Y fue justamente cuando los cumplimos que yo le propuse hacer una locura para festejar.

Gabriel: ¿Y?

Pablo: ¿Quieres saberlo?

Gabriel: Sí.

Pablo: Me propuso el divorcio.

Silencio.

Gabriel: ¿A eso te referías?

Pablo: No.

Gabriel: Es una locura.

Pablo: Pues sí. Pero hay de locuras a locuras. ¿No podríamos pensar en lanzarnos en paracaídas a La Bufadora, por ejemplo? ¿Montar toros salvajes? ¿Ir a un balneario lleno de niños y meternos desnudos? ¿Y luego apelar a que tenemos alzhéimer y que se nos olvidó ponernos el traje de baño?

Gabriel: ¡Es una locura!

Pablo: ¿Y qué sacábamos con eso? ¡Divertirnos! Se trataba de hacer una locura divertida. ¡Porque también hubiera sido una locura jugar a la ruleta rusa! ¡O suicidarnos con venenito muy a gusto, así, sin dolor, muy rico.

Gabriel: Ya conseguí a alguien.

Pablo: ¡Y ella me dice que se quiere divorciar!

Silencio.

Pablo: Así como ahorita tú, así me quedé yo, pasmado. “¿A poco no te parece una locura?”, me dijo. Y yo seguí pasmado. “Imagínate lo que van a decir de nosotros, que a nuestra edad tuvimos los tanates para divorciarnos”.

Gabriel: ¿Ella dijo “tanates”?

Pablo: “Y entonces pensarán que tenemos la vida por delante”.

Gabriel: ¿Quién va a pensar?

Pablo: Eso dijo ella. ¿Pues quién chingados va a pensar eso viendo al par de viejos ridículos? ¡Nadie!

Gabriel: Pero ella ve...

Pablo: (*Lo interrumpe*) ... ¡la vida de otra manera! Eso me lo dijo muchas veces. ¡Y yo le dije que no!

Gabriel: ¿Y entonces? ¿Por qué se divorciaron?

Pablo: Me cansé de decirle que no. Le seguía diciendo que no mientras yo mismo firmaba el acta de divorcio.

Silencio.

Pablo: Y no. Nunca dijo “tanates”. Esa podría haber sido una locura en ella. Que dijera “tanates”.

Gabriel: ¿Con eso te hubieras conformado?

Pablo: Tal vez sí. Con una retahíla de peladeces, así, sin respirar, a gusto, que salgan. Así de fácil, o así de complejo como el venenito. ¿No te parece una muy buena oportunidad cumplir 50 años de casados para hacer algo totalmente diferente?

Gabriel: ¿Te molestaba su sofisticación?

Silencio.

Pablo: Gracias...

Silencio.

Gabriel: ¿Por qué?

Pablo: Por preguntar.

Silencio.

Pablo: No. No me importaba. Muchas veces, jugando dominó, la presumía.

Gabriel: ¿De veras? Pero si tus amigos en su vida han leído un libro.

Pablo: Nomás de verla. Estaba para presumirse. Nomás de verla.

Gabriel: (*Sonriendo*) No lo puedo creer...

Pablo: Y yo sólo quería una locura... Y ella me la concedió.

Gabriel: Tengo ganas de abrazarte.

Pablo: ¿Tú crees que ahora me importa que se vaya a morir?

Gabriel: No se va a morir.

Pablo: ¿A ti sí te importa?

Gabriel: Sí.

Pablo: ¿O vas a hacer como que te duele?

Gabriel: Ya conseguí a alguien.

Pablo: ¿Qué?

Gabriel: Conseguí a alguien para la transferencia.

Pablo: Pues qué bueno.

Gabriel: Quiero saber tu opinión.

Pablo: (*Irónico*) Sigues enterneciéndome.

Gabriel: Es en serio.

Pablo: ¿Qué quieres que te diga?

Silencio.

Pablo: ¿Buscas mi aprobación? ¿O mi opinión?

Gabriel: Las dos cosas.

Pablo: ¿Quién es?

Gabriel: Un drogadicto.

Pablo: ¿Cuántos años tiene?

Gabriel: No sé...

Pablo: ¿Cuántos aparenta?

Gabriel: No sé, tal vez cuarenta.

Pablo: ¡Qué jodidez!

Gabriel: ¿Qué?

Pablo: Esa es mi opinión.

Gabriel: ¿Eso es todo?

Pablo: Si aparenta cuarenta, tiene por lo menos 30, es drogadicto.

Gabriel: Tal vez.

Pablo: ¿No le preguntaste? (*Pausa*) ¿No averiguaste si tiene familia? ¿Si está casado? ¿Si tiene mamá? ¿Si tiene hijos? ¿Si tiene alguien que lo llore? ¿Qué clase de cabrón eres? ¿De dónde sacaste toda esa estupidez? ¿En cuánto tiempo lograste acumular tanta pendejez? (*Pausa*) A los padres no nos gusta que nos digan que los hijos no nos heredaron. Por eso me duele.

Gabriel: Tiene 25 años, es homosexual, por lo tanto no tiene hijos, no conoció a sus padres, y dice que lo único a lo que aspira, es alguna vez casarse con su novio. Y ya. Después morirse. Le ofrecí cien mil pesos.

Pablo: ¿Buscaste un homosexual?

Gabriel: Fue una coincidencia.

Pablo: ¿Le explicaste?

Gabriel: ¿Qué?

Pablo: Que se va a morir.

Gabriel: No necesariamente.

Pablo: ¿Y por eso no le explicaste?

Gabriel: ¿Estás en contra?

Pablo: ¿Querías mi opinión?

Gabriel: Sólo quiero que sepas.

Pablo: Pues ya me enteré.

Silencio.

Gabriel: Algún motivo tendría que haber.

Pablo: El alzhéimer.

Gabriel: Para separarse.

Silencio.

Pablo: Cuéntale. A lo mejor se apiada de ti y de ese joven. A lo mejor sirve de algo esa falsa militancia izquierdista. A lo mejor ya no es tan falsa, y la hace auténtica. ¿Por qué a los escritores les gusta la izquierda? ¿Será porque les gusta la fantasía? ¿Por qué no pueden trabajar y soñar al mismo tiempo?

Gabriel: ¿Estás diciendo que no trabajan?

Pablo: ¿Ya renunciaste?

Gabriel: ¡Nunca!

Pablo: Ahora sólo te falta militar.

Gabriel: ¡Estás insoportable!

Pablo: ¿Ese muchacho es comunista?

Gabriel: (*Gritando*) ¡No sé! ¡No le pregunté!

Pablo: Pues deberías. A ella le va a importar esa parte.

Gabriel: ¿Entonces fue un problema de ideales?

Pablo: ¿Qué?

Gabriel: ¿Por eso te dejó?

Pablo: ¿Y crees que me importa a estas alturas que lo digas así?

Gabriel: Tú llegaste a esto. Yo sólo quería saber tu opinión.

Pablo: Pues mi opinión es que es una chingadera lo que van a hacer tú y tu mamá.

Gabriel: ¿Porque se va a apiadar de mí?

Pablo: Porque no vas a poder vivir con ese cargo de conciencia.

Gabriel: No seas dramático.

Pablo: Yo me voy a encargar de recordártelo.

Fin de escena.

5. Detalles de la transferencia

Amanda y Gabriel.

Gabriel: El lugar era como un pequeño horno, lleno de humo y de clandestinidad... Pero sólo jugábamos dominó. Era como una madriguera. Y hablábamos de cosas de hombres mientras apostábamos la vida pero nada más por esa noche. Somos tan inofensivos, que lo mejor que hacemos en la clandestinidad es no esconder nuestra ñoñez. También hablamos de mujeres bellas...

Amanda: Hablaron de mí.

Gabriel: Me preguntaron por ti.

Amanda: Por mis caderas grandes.

Gabriel: Que cómo estabas.

Amanda: Por mi alzhéimer.

Gabriel: No les he dicho. Es una fascinación que tienen por la famosísima escritora Amanda de Mendoza. Dicen que les gusta la sonoridad de tu nombre, y la sonoridad de tu voz. Por lo menos hay dos de ellos que les gustaría pasar la noche contigo.

Amanda: No estaría mal, aprovechando que se me va a olvidar.

Gabriel: Ellos no tienen idea de cuánto te quiero.

Amanda: Yo tampoco... Y tú menos.

Gabriel: Les dije que estabas a punto de publicar tu nuevo libro.

Amanda: ¿Se interesaron?

Gabriel: Horacio me volteó a ver, interesado.

Amanda: ¿Cuál es Horacio? ¿El moreno?

Gabriel: El gordo.

Amanda: ¿Y el moreno?

Gabriel: ¿Qué tiene?

Amanda: ¿Se interesó?

Gabriel: No sé.

Amanda: ¿Cómo se llama?

Gabriel: ¿Eugenio?

Amanda: ¿Se interesó?

Gabriel: Algo dijo. No lo registré. Algo sin importancia.

Amanda: ¿Y cómo sabes?

Gabriel: Porque no se me hubiera olvidado.

Amanda: O sea que tu conclusión es que las cosas importantes no se olvidan...

Gabriel: ¿De dónde sacas eso?

Amanda: De lo que me dices.

Gabriel: No, nunca dije eso.

Amanda: La literalidad de los hombres.

Gabriel: ¿Eso qué tiene que ver?

Amanda: En realidad cuando te pregunté que si cómo sabías, me refería a esa parte de que por lo menos dos de ellos quisieran pasar la noche conmigo... No será el gordo, ¿verdad?

Gabriel: Yo no dije eso.

Amanda: ¿Cómo no?

Gabriel: ¿Te sientes bien?

Amanda: ¡No me friegues así!

Gabriel: Eres mi mamá.

Amanda: ¿Y?

Gabriel: ¿Cómo crees que voy a decirte eso?

Amanda: ¿Por qué no?

Gabriel: Porque además ellos no se atreverían a decírmelo.

Amanda: ¿Y cómo saber cuáles son las cosas importantes y las cosas no importantes?

Gabriel: ¿Qué dices?

Amanda: Habrá que decidir qué es lo que se me va a olvidar. Por ejemplo, si las cosas importantes no se me van a olvidar, ¿qué tan importante es comer? ¿O ir al baño?

Gabriel: ¿Para ti?

Amanda: La que tiene alzhéimer soy yo, no tú. Así que vamos a ver la posibilidad de “recategorizar” las cosas menos importantes.

Gabriel: Estábamos hablando...

Amanda: ¿Del Gordo?

Gabriel: No se te olvidó.

Amanda: Eso no significa que sea importante.

Gabriel: ¿El Gordo?

Amanda: Ni siquiera el Moreno.

Gabriel: ¡Caray!

Amanda: ¿Qué pasa?

Gabriel: Te gusta confundirme.

Amanda: Hijo de tigre, pintito. Naciste confundido.

Gabriel: Tú eres muy lúcida.

Amanda: Lo digo por tu papá. (*Breve pausa*) ¿Quién es él? (*Breve pausa*) A ti no te recuerdo, sólo confío en ti. Sé que eres mi hijo porque tú me lo dices. ¿Qué necesidad tendría alguien de decir que es mi hijo sin serlo? Pero a mí me angustia mucho no recordar los que soñé anoche, aunque se me olvide dormir. Me angustia mucho no recordar cuál es mi canción favorita. ¿Tú sabes? No me digas. Mejor ponme muchas canciones, entre ellas pon mi favorita. Quiero descubrirla entre el montón de canciones. Tampoco recuerdo cuál es mi comida favorita. No sé qué comida no me gusta. ¿Tengo que probar todas las comidas para saber cuál me gusta y cuál no? No recuerdo mi perfume favorito. Tampoco recuerdo mucho a quién amo y a quién no. No sé a quién odio. Quién me cae mal. No sé quién me simpatiza... Se me olvida dormir... Se me olvida, ¡el colmo! mi género literario favorito. Tengo la sensación de que me gusta el teatro y de que odio la poesía. ¿Eso significará que escribo narrativa? Olvido las reglas de acentuación. No pude saber el otro día a qué se referían cuando me preguntaban por la esdrújula.

Silencio.

Gabriel: Ya lo conseguí.

Amanda: ¿A quién?

Gabriel: Para la transferencia.

Amanda: ¿Cómo va a funcionar?

Gabriel: No duele. Los van a conectar a una máquina, y luego la enfermedad, lentamente, cuestión de unos días, se va a trasladar de cuerpo. De tal manera que vas a sentir una leve mejoría.

Amanda: Supongo.

Gabriel: Al final del tratamiento ni te vas a acordar.

Amanda: ¿Lo dices literalmente? ¿O es una metáfora? Porque si lo dices literalmente, el tratamiento entonces no funciona. ¿De lo que se trata es de que no se me olviden las cosas!

Gabriel: Es figurado.

Amanda: ¡Pues figúrate! (*Breve pausa*) ¿Hay efectos secundarios?

Gabriel: No que yo sepa.

Amanda: Tú no eres doctor.

Gabriel: Pregunto.

Amanda: ¿Qué falta?

Gabriel: Estudios de rutina.

Amanda: ¿Qué más?

Gabriel: Pagar.

Amanda: ¿Cuánto?

Gabriel: Es caro.

Amanda: ¿Puedo pagarlo?

Gabriel: Supongo.

Amanda: ¿Cuánto?

Gabriel: Alrededor de ciento cincuenta.

Amanda: ¿De ciento cincuenta qué?

Gabriel: Ciento cincuenta mil dólares.

Pausa.

Amanda: ¿Yo tengo ese dinero?

Gabriel: Sí... ¿No?

Amanda: ¿Cómo sabes?

Gabriel: Supongo.

Amanda: Yo lo veo.

Gabriel: ¿No los tienes?

Amanda: Yo lo veo.

Gabriel: Necesitamos tomar una decisión rápida.

Amanda: ¿Quiénes necesitamos?

Gabriel: Nosotros... Tú, yo.

Amanda: Y tu papá.

Gabriel: No necesariamente.

Amanda: ¿Él no sabe?

Gabriel: ¿Te importa?

Amanda: Tenemos que hablar.

Gabriel: ¿Te busco una cita?

Amanda: Me refiero a ti y a mí. No quiero una cita, ¡ahora resulta!, y tampoco me interesa lo que piense de la transferencia.

Gabriel: ¡No hay manera!

Amanda: Vamos a dividirnos las tareas.

Amanda toma un par de pastillas de un frasco. Las ingiere.

Amanda: Tú te encargas de los efectos secundarios, yo me encargo del dinero.

Gabriel: ¿Te sientes bien?

Amanda: Dolores de cabeza... Dice el doctor que es usual en mi estado. Y yo le pregunto a que se refiere con "mi estado". Él me dice todo el tiempo "tu estado", nunca dice, "tú enfermedad"... Como si fuera malo llamarla "enfermedad"... Y yo quiero que me la repita muchas veces para que no se me olvide su nombre. Me dice que tengo que hacer mucho ejercicio mental, yo le digo que lo hago todo el tiempo, cuando escribo. ¿Sabes que esa es una ventaja en los escritores? Por eso llegamos a viejos tan plenos. Por eso esta maldita enfermedad no me va a ganar. Por eso... ¡me duele la cabeza!... (*Ve fijamente a Gabriel*) ¿Te podrías retirar?

Gabriel: Claro que sí. Sólo quiero decirte que él está muy dispuesto.

Amanda: (*Sin verlo*) ¿Quién? ¿Mi hijo? (*Breve pausa. Lo voltea a ver*) Perdón... Fue un lapsus sin importancia.

Gabriel: Tienes que aprender que de ahora en adelante todos los lapsus tienen importancia.

Amanda: ¿Puedo conocerlo? ¿O es mujer?

Pausa.

Amanda: Tienes que aprender a no poner cara de que no tienes la menor idea de lo que estoy diciendo. Me refiero a la persona que recibirá la transferencia.

Gabriel: No.

Amanda: ¿No qué? ¿No puedo conocerlo?

Gabriel: No. Las reglas no lo permiten.

Amanda: ¡Qué interesante! ¡Hay reglas!

Gabriel: Como en todo.

Amanda: En todo no hay reglas. Si no, no fuera todo.

Gabriel: Son reglas y ya.

Amanda: ¿Y qué dicen?

Gabriel: No puedes conocer al “transferido”.

Amanda: ¡Qué poco elegante!

Gabriel: ¿Qué?

Amanda: ¿Así lo llaman? ¿El transferido?

Gabriel: No lo puedes conocer.

Amanda: Para no tener remordimientos.

Gabriel: ¡No lo sé!

Amanda: ¿Y no se puede arreglar la regla?

Gabriel: Es para que no tengas remordimientos de conciencia.

Amanda: Y tal vez para que no haya reclamos. Imagínate que el “transferido” me diga después: “Siempre no. Aquí está tu enfermedad”. O mejor aún: “aquí está tu estado”. ¿Y qué tal que con los efectos de su ahora alzhéimer no se acuerda qué enfermedad le transferí, y resulta que me pasa su cáncer de próstata.

Gabriel: ¡Mamá!

Amanda: ¿Ni siquiera puedo bromear? ¿O eso también se olvida?

Gabriel: Tienes que tomar una decisión.

Silencio.

Amanda: Y en esas tan mencionadas reglas... ¿Está bien que una anciana de 80 años le pase su enfermedad a un joven?

Gabriel: No es tan joven.

Amanda: ¿Está bien?

Gabriel: Hay excepciones.

Amanda: ¡Qué maravilla!

Gabriel: ¿Quieres o no?

Amanda: ¿Tengo más opciones?

Gabriel: No.

Amanda: (*Afirma*) Tengo más opciones. Y la primera es que tengo que pensarlo muy bien. Así, este cerebro tan atrofiado, hará justamente una excepción, para estar seguros de que tengo que someterme a esa transferencia...

Gabriel: ¡Como quieras!

Gabriel camina hacia la salida. Se detiene. Se regresa.

Gabriel: Si tienes tanto odio hacia mi papá, ¿por qué todavía usas la argolla matrimonial?

Amanda: Para que no se me olvide...

Gabriel: ¿Quieres acordarte?

Amanda: (*Se quita la argolla para enseñarle*) Aquí detrás está su nombre y la fecha de la boda.

Gabriel: ¡Entonces quieres acordarte!

Amanda: ¡No! Sólo quiero que no se me olvide cómo se llama ese hijo de puta.

Fin de escena.

6. Presuntas consecuencias de la transferencia

Pablo y Gabriel.

Pablo: Hubo cosas que ella nunca supo.

Gabriel: Eso es normal.

Pablo: Ni siquiera supo mi nombre completo.

Gabriel: ¿Cómo?

Pablo: Me llamo Pablo Hernán.

Gabriel: ¿Cómo?

Pablo: Nunca supo.

Gabriel: ¿Por qué?

Pablo: ¿Quién quiere llamarse Hernán?

Gabriel: ¿Nunca leyó tu acta de nacimiento?

Pablo: Deja tú la de nacimiento. Nunca leyó el acta de matrimonio.

Gabriel: Pero fueron 50 años.

Pablo: Y ahora son 55, y no sabe cómo me llamo.

Gabriel: ¿Vas a ir a verla?

Pablo: No.

Gabriel: Tal vez le sirva.

Pablo: A mí no.

Gabriel: Tal vez le sirva para recordar.

Pablo: ¿Cómo funciona?

Gabriel: ¿Su cerebro?

Pablo: (*Ríe*) Eso no lo sabe ni Dios Padre. Los detalles de la transferencia.

Gabriel: Los involucrados no se conocen, no se hablan, no saben nada el uno del otro. Están en diferentes habitaciones. Antes estaban en la misma, y era muy difícil que no se conocieran, pero ahora las instalaciones están mucho mejor.

Pablo: Y la “ética” ha avanzado. Ahora ya intentan evitar que no se conozcan.

Gabriel: A mí eso no me importa.

Pablo: ¿Es tu mamá?

Gabriel: Es mi mamá.

Silencio.

Pablo: Imagínate que se equivocaran y que le pasara no nada más la enfermedad, sino cosas del carácter.

Gabriel: (*Divertido*) No quiero ni imaginarlo.

Pablo: Lo engreído, por ejemplo.

Gabriel: O el talento.

Pablo: No tiene chiste. Porque lo engreído se justifica en el talento. Lo divertido sería que nada más fuera lo engreído. Y entonces nadie sabría por qué, ese muchacho, de pronto, se vuelve engreído, si antes era muy buena persona.

Gabriel: Tienes buena imaginación.

Pablo: ¿Y qué tal que en un error de la enfermera, la transferencia fuera al revés?

Gabriel: ¿Cómo?

Pablo: Que el muchacho le pasara sus enfermedades a tu mamá.

Gabriel: ¡Y que se volviera drogadicta!

Pablo: ¡Y que se volviera homosexual!

Gabriel: Eso no es una enfermedad.

Pablo: Depende.

Gabriel: ¿Qué dices?

Pablo: Para lo que nos conviene, sí tendría que ser una enfermedad.

Gabriel: ¿Y qué nos conviene?

Pablo: La ficción de la que estamos hablando.

Gabriel: ¿Qué sabes tú de eso?

Pablo: ¿De qué?

Gabriel: De letras, de ficción.

Pablo: Viví allí cincuenta años. ¿No crees que sé algo de eso? Imagínate que a sus ochenta años, tu mamá se volviera lesbiana. Que entrara la enfermera, y que de pronto le diera el tarascazo. La mordida a la nalga de la enfermera. Sobre todo si la enfermera es como las que están en las fantasías de todos nosotros.

Gabriel hace un esfuerzo por no reírse.

Pablo: Y entonces se casaría con la enfermera, porque lo que sea de cada quién, tu mamá toca muy bien, y sólo con ese tarascazo enamoró a la enfermera para siempre. Incluso logró cambiarla de preferencia sexual. Y que tú y yo termináramos siendo los pajecitos de la boda de tu mamá con otra mujer. ¡Qué cosa tan hermosa, tan emocionante!

Gabriel no puede contenerse más, y suelta la carcajada. Pablo se contagia. De pronto, silencio.

Gabriel: Eso es indignante.

Pablo: Para ti. Para mí no. No es mi mamá.

Gabriel: Lo de la transferencia, digo.

Pablo: ¿Y qué? ¿Lo vas a dejar de hacer?

Gabriel: No.

Pablo: Entonces ya no tiene que resultar indignante, si no estás dispuesto a no hacerlo.

Gabriel: Es mi mamá.

Pablo: Por eso. Hazlo.

Gabriel: *(A punto del llanto)* Tiene ochenta años. ¡Y busca no morirse! Eso no debe estar bien.

Pablo: Tú le estás ayudando.

Gabriel: ¿Qué?

Pablo: A no morirse, así que según tus propias palabras, eso no debe estar bien.

Gabriel: Imagínate que encontráramos la inmortalidad.

Pablo: Un domingo llegó a la casa un Testigo de Jehová, y me preguntó que si quería vivir para siempre. Le dije que no, que porque me iba a aburrir mucho yo sólo en el mundo. Era un chiste. No le gustó y se fue enojado.

Gabriel: Por eso nos tenemos que morir.

Pablo: Era un chiste, ¿eh?

Gabriel: Me refiero a que la inmortalidad es inmoral.

Pablo: Así como la transferencia.

Gabriel: El muchachito va a recibir algo a cambio.

Pablo: ¡Es inmoral!

Gabriel: ¿Estás preocupado a tus 80 años por tu integridad moral?

Pablo: A mis 80 años, lo único que me preocupa es no orinarme en los pantalones.

Gabriel: Es una forma muy práctica de esconderse en los 80 años.

Pablo: Como el alzhéimer de tu mamá.

Gabriel: ¡Se va a morir!

Pablo: ¡Yo también! ¡Y tú!... Aunque francamente espero que se muera ella primero...

Silencio.

Pablo: Y como sé que nada de eso te convencerá, adelante con la dichosa transferencia.

Gabriel: Tengo mucho miedo.

Pablo: Es normal.

Gabriel: Pero no tengo miedo a que se muera... sino a descubrir toda la mierda que hay allá dentro.

Pablo: También es normal. Y me da gusto que tengas miedo.

Gabriel: ¡Pero de todos modos lo voy a hacer!

Pablo: Adelante.

Gabriel: El proceso es muy exitoso. Niños con cáncer que les han pasado la enfermedad a adultos.

Pablo: A adultos viejos.

Gabriel: Y que tienen una vida por delante. ¿Te imaginas esa opción?

Pablo: Opción que no está disponible para la seguridad social.

Gabriel: ¿Y eso a mí qué me importa?

Pablo: ¿Entonces por qué estás tratando de explicarme lo benévola que es la transferencia? Es una explicación que por cierto yo no te pedí. Niños que le pasaron su cáncer a ancianos, no ancianos que les pasan su Alzheimer a jóvenes de 25 años. Suena diferente, ¿no? El asunto es mucho más complejo que eso. ¿Cuánto derecho tiene un padre a morir viejo? ¿Es el mismo derecho que tiene el niño de

8 años con cáncer? Insistimos en moverle a la vida, y querer perfeccionarla con todas esas pendejadas de la ciencia.

Gabriel: ¿De qué hablas?

Pablo: Te voy a poner un caso hipotético: Antes de que existiera la transferencia, un niño de 8 años es diagnosticado con cáncer. El papá hará todo lo posible para salvarlo. Lo llevará al doctor, buscará los mejores tratamientos, se gastará todos sus ahorros, asistirá a terapias... Y siempre, en el más recóndito fondo de su corazón, tendrá la esperanza de que su hijo viva... Y él también. Después de la transferencia, un niño de 8 años es diagnosticado con cáncer. Las reglas de la ética, la moral, la transferencia y todas esas estupideces, dice que lo más viable, lo más fácil, es que el cáncer sea transferido al padre. Y siempre, en el más recóndito fondo de su corazón, tendrá la esperanza de salvarse él... O lo que es lo mismo, no tiene ninguna opción, y violenta la vida, porque ésta había decidido que él viviera, y que el niño de 8 años muriera... ¿No te parece horripilante?

Gabriel: ¿Y si yo fuera ese niño?

Pablo: Yo hubiera tenido dos opciones: Ser el peor padre del mundo, y morir; o ser el peor padre del mundo, y vivir.

Gabriel: (*Afirma*) Tienes miedo a morirte...

Pablo: Tengo pavor...

Fin de la escena.

7. Motivos de divorcio

Amanda y Gabriel.

Gabriel: Mi papá tiene miedo.

Amanda: ¿Quién?

Gabriel: Mi papá.

Amanda: ¿Por qué?

Gabriel: Por ti.

Amanda: ¿Él qué tiene que ver?

Gabriel: Es tu esposo.

Amanda: ¿Y dónde está?

Gabriel: En su casa.

Amanda: Entonces no tiene tanto miedo.

Gabriel: No le veo la relación.

Amanda: ¿Es medio cobarde? Si a la que van a picotear es a mí.

Gabriel: Fueron 50 años.

Amanda: ¿Y qué?

Gabriel: Que en el fondo te quiere.

Amanda: ¿Y qué?

Gabriel: Eres como una pared.

Amanda: ¿A qué le tiene miedo? ¿A venir a verme?

Gabriel: A que te pase algo.

Amanda: Ese es el problema. Ese es el origen de su mediocridad. Tener miedo a que te pase algo.

Gabriel: No es a eso a lo que se refiere precisamente.

Amanda: Nunca quería que pasara algo. No sigo casada con él, ¿verdad?

Gabriel: ¡Se refiere a que te mueras!

Silencio.

Amanda: ¿Él tiene miedo a que me muera?

Gabriel: ¿Por qué se separaron?

Amanda: Entonces es mi exesposo.

Gabriel: ¿No te acuerdas?

Amanda: Me acuerdo perfectamente por qué nos separamos. (*Breve pausa*) ¿Tienes una foto de él?

Gabriel: No.

Amanda: Te puedes enterar de cosas que no quisieras.

Gabriel: Eso déjame a mí.

Amanda: Me dejó de gustar. Se acabó muy pronto la pasión.

Gabriel: ¿Cuándo?

Amanda: Hace un par de años.

Gabriel: ¿Te duró 48 años la pasión?

Amanda: Ya los últimos dos años no era lo mismo. Además el dinero no nos alcanzaba.

Gabriel: Mamá, eras millonaria.

Amanda: Bueno, déjame buscar el motivo. (*Breve pausa*) Lo hice a tiempo, porque la relación estaba a punto de ponerse violenta.

Gabriel: ¿Cómo?

Amanda: Violentísima.

Gabriel: ¿Mi papá violento?

Amanda: No sabes cuánto.

Gabriel: No se pondría violento así le pasaras con cien hombres por delante.

Amanda: ¡Por eso!

Gabriel: ¿Por qué?

Amanda: Porque no se hubiera puesto violento. Eso es algo que a mí me hubiera gustado.

Gabriel: ¿Que te celara?

Amanda: Por ejemplo. Pero no. Él estaba feliz así.

Gabriel: ¿Le diste celos?

Amanda: Tendría que ser natural.

Gabriel: Tener celos no es natural.

Amanda: ¡Si estás casado con una celebridad es natural que te den celos! ¿A poco no crees que Richard Burton no celaba a Elizabeth Taylor?

Gabriel: ¿Y yo cómo voy a saber? Además él también era una celebridad, ¿no?

Amanda: ¡Era perfecto! Y seguramente por eso lo dejaron.

Gabriel: ¿Estás diciendo que...?

Amanda: (*Interrumpe*) ¡Odio a los perfectos!

Gabriel: ¿Mi papá era perfecto?

Amanda: Una vez una mujer irlandesa esgrimió que Dios le había pedido que se divorciara.

Gabriel: ¿No es pecado?

Amanda: Y el juez le concedió el divorcio. Dijo que contra esa disposición no podía. El juez no era muy católico, pero la pareja sí. Él estaba destrozado, decía que la amaba. Ella también lloraba y le rogaba que entendiera que no podía ir contra los designios del Señor. El juez se enteró de toda la vida sexual de la pareja. Él le recordaba a ella algunas sesiones sexuales que le parecían pecaminosas, pero que juraba que no se había podido detener al practicarlas. Y ella lloraba cuando le decía: “tal vez fue por eso, tal vez fue por esto otro”. Al final, ella le dijo que había conocido a un hombre que necesitaba más compañía que su propio marido, y que fue por eso que Dios le pidió que se divorciara para casarse con ese hombre extraño que había tenido ocho hijos, y que todos los había perdido, uno a uno, en diversas circunstancias. El hombre estaba sólo, por eso ella tenía que hacer el sacrificio aquí en la tierra, para juntarse con su esposo de nuevo, seguramente y con la ayuda de ese Dios misericordioso, en el cielo. El juez casi llora. Ella le pidió al juez que hablara con el obispo de la ciudad, para que les anulara el matrimonio, pero el obispo, ¡Qué saben los obispos de amor!, se negó rotundamente.

Gabriel: ¡No me importa!

Amanda: Eso es lo que dijo ella. ¡No me importa!, y se fue con el pobre hombre de los ocho hijos perdidos.

Gabriel: ¡Esa historia, mamá, no me importa!

Amanda: Podría alegar que los alienígenas me lo pidieron. Podría decir que fue una orden del presidente de la república... Pero en realidad, lo único que no me gustaba, es que él no fuera como yo quería. ¡Así de sencillo!

Gabriel: ¡Qué estupidez!

Amanda: ¡¿Te parece poco?! A mí me gusta que me hagan cariños. Él no me los hacía. A mí me gusta que me alaben mi comida, él nunca la alababa. A mí me gusta que me admiren, él no me admiraba.

Gabriel: ¡Claro que sí!

Amanda: ¿Me admiraba?

Gabriel: Casi nunca cocinabas.

Amanda: ¡Por eso!

Gabriel: Esas cosas se sobreentienden.

Amanda: ¿De qué lado estás?

Gabriel: ¡Estoy en medio!

Amanda: Por eso no entiendes...

Gabriel: Ves más afuera que adentro.

Amanda: ¿Cuántos años tienes?

Gabriel: Mamá, por favor.

Amanda: ¿Cincuenta? ¿Sesenta?

Gabriel: ¡Treinta y ocho!

Amanda: No tienes tú la culpa, es la edad.

Amanda saca un cigarro electrónico.

Gabriel: ¿Qué es eso?

Amanda: ¿No los conoces?

Gabriel: ¿Desde cuando?

Amanda: Desde que me liberé.

Gabriel: ¿De qué te liberaste?

Amanda: ¡Cómo regresar a tu pitbull a su madriguera!

Breve pausa. Ella saca un líquido que le pone al cigarro electrónico.

Gabriel: En fin, esto no tiene remedio.

Amanda: ¿Qué? ¿Mi enfermedad?

Gabriel: Tu forma de ser.

Amanda: Así es. Ni modo. Pero mi enfermedad sí, ¿verdad?

Gabriel: Eso es una enfermedad.

Amanda: ¡Estoy hablando de cosas importantes! *(Breve pausa)* Una de las ventajas de tener esta enfermedad es que se me olvida cómo se llama.

Gabriel: Todo está listo para la transferencia.

Amanda: ¿Cuándo?

Gabriel: Tal vez el fin de semana.

Amanda: Muy bien. Dale besos a ese viejo ingrato.

Gabriel: De tu parte.

Amanda le da una bocanada al cigarro electrónico. Gabriel camina hacia la puerta. Se detiene antes de salir.

Gabriel: *(Incrédulo)* Huele a mariguana.

Amanda: ¿Y? ¿No irás a tener miedo de que se me destruyan unas cuantas neuronas?

Gabriel: ¿Es tu cigarro electrónico?

Amanda: La modernidad nos alcanza.

Gabriel va a decir algo, pero se detiene.

Gabriel: Buenas noches.

Sale.

Fin de la escena.

8. Svalbard

Pablo y Gabriel.

Pablo: A mí lo único que me faltó para ser escritor, y ser mejor que tu mamá, es la disciplina.

Gabriel: Está lista.

Pablo: ¿Para morirse?

Gabriel: No, para eso nunca. Cree que es inmortal. Y no es metáfora.

Pablo: Pero tú le estás ayudando.

Gabriel: Y a veces me da un poquito de arrepentimiento.

Pablo: Es tu obligación.

Gabriel: Las cosas por obligación terminan siendo horripilantes.

Pablo: Y yo hubiera escrito libros interesantes. No para bobos.

Gabriel: Cómo regresar tu pitbull a su madriguera.

Pablo: ¿En cuantos pasos?

Gabriel: Ahora fuma mariguana.

Pablo: ¿Yo?

Gabriel: Ella.

Pausa. Risa paulatina de Pablo.

Gabriel: Electrónica.

Ataque de risa de Pablo. Cesa paulatinamente.

Pablo: ¿Qué posibilidad hay de que viva?

Silencio incómodo. A Gabriel le cuesta trabajo soltar la palabra.

Gabriel: Muchas.

Silencio. Nuevo ataque de risa de ambos.

Gabriel: Olvídala.

Pablo: Entonces tendrían que hacerme la trasferencia a mí.

Gabriel: Bueno, por lo menos perdónala.

Pablo: No me puedo quejar. La paso bien. Estoy tranquilo. Pero yo quería morirme al lado de alguien.

Gabriel: Tienes manera.

Pablo: Al lado de ella. Es cuestión de hacerme a la idea. Pero esto del alzhéimer vino a recordar todo.

Pausa.

Gabriel: En fin, ¿quieres estar?

Pablo: ¿Dónde?

Gabriel: Cuando la transfieran.

Pablo: ¿Yo?

Gabriel: ¿Quién más?

Pablo: ¿Y por qué yo?

Gabriel: ¿Quién más?

Pablo: ¡Tú!

Gabriel: Eso ya lo sé.

Pablo: ¿Entonces?

Gabriel: ¿Te da miedo?

Pablo: ¡No!

Gabriel: ¿Has pensado que el divorcio te lo pidió a raíz de que empezó su enfermedad?

Pablo: Eso fue hace casi 10 años.

Gabriel: La enfermedad no se presenta de un día para otro.

Pablo: ¿Quieres decir que en realidad no quería divorciarse?

Gabriel: Quiero decir que cualquier cosa pudo pasar, y tal vez no tiene nada que ver con el desamor.

Pablo: ¡Por Dios!

Gabriel: Haz cuentas.

Pablo: ¿De qué?

Gabriel: Lo que tú ves como desamor, puede ser alzhéimer.

Pablo: ¡Qué manera tan sofisticada de llamarlo!

Gabriel: Piénsalo.

Pablo: Ya lo pensé bien. Me voy.

Gabriel: ¿Te vas?

Pablo: Sí, me voy.

Gabriel: ¿A dónde vas?

Pablo: A las islas Svalbard.

Gabriel: (*Breve pausa*) ¿Decir a las islas... qué?

Pablo: Svalbard.

Gabriel: ¿Decir a las islas Svalbard es como decir que te vas a donde sea?

Pablo: No a donde sea. A las islas Svalbard.

Gabriel: ¿Es como decir “me voy muy lejos de aquí”?

Pablo: Están muy lejos de aquí, pero es como decir: “me voy a las islas Svalbard”.

Gabriel: Ah... (*Breve pausa*) ¿Y dónde está eso?

Pablo: Como a unas 18 horas de aquí... En avión.

Gabriel: ¿Estás bromeando?

Pablo: No.

Gabriel: ¿Qué vas a hacer allí?

Pablo: Ver osos polares.

Gabriel: ¿Vas a viajar 18 horas en avión para ver osos polares?

Pablo: Qué cosa, ¿no? Pudiéndolos ver en San Diego.

Gabriel: Pudiendo no verlos nunca.

Pablo: Dicen que las islas Svalbard son de las más frías del mundo.

El frío ayuda a imaginar. Quiero ponerme tal cantidad de ropa, que apenas pueda moverme. Quiero extrañar el calor de un cuerpo junto a mí... Porque ni siquiera nostalgia tengo de eso. Pero seguramente a menos veinte grados centígrados voy a extrañar a tu mamá. Así, en silencio total. Ella calladita, con un pescado frío entre los dientes, esperando la aurora boreal. Y entonces, allí, en esas islas, estoy seguro que descubriré el amor. El que provoca la lejanía. Allí, entre pingüinos zambos y narices coloradas, entenderé lo mucho que me hace falta. Dicen que en las islas Svalbard no hay cocuyos. Dicen que si hubiera, se habrían congelado. ¿Y sabes qué? A lo mejor no vuelvo, porque tengo la intención de correr desnudo por las calles, en la madrugada, para que nadie me vea. Y eso, a mí

edad, me va a provocar una pulmonía. Antes me voy a echar un trago de aguardiente, o bacanora, para aguantar un poquito más, para sentir el pecho ardiendo de frío. Y entonces habrá valido la pena esos 50 años de frío calentito que pasé con esa vieja horrenda que da consejos de cómo ser feliz. ¿Sabes una cosa? No hay chingadera más terrible que el frío calentito. En las islas Svalbard voy a poder ir a un bar, y sentarme en la barra, como si fuera un aventurero al que no lo detiene ni la curva del fin del mundo. Allí voy a poder cruzar unas cuantas palabras con un cantinero que me va a hablar de que a él le gustaría ser como yo, pero que no tuvo los güevos para hacerlo. El lugar va a ser más sórdido que las madrugadas de Svalbard, y es allí donde me voy a dar cuenta que la sordidez de mi vida es una pulga a un lado de ese pobre cantinero que a sus 50 años ya está listo para morir, que es diferente a irse a la chingada. Me va a hablar de su mujer, y de que cuánto le gustaría encontrarle un hombre que se la llevara. A lo mejor así todos son felices. Me va a enseñar una foto. Es una mujer de 45 años, rubia, de ojos azules grandes, pero que se le esconden en su aburrimiento. Me va a preguntar que cómo la veo, y sin decirlo directamente, me la va a ofrecer para que me la lleve. Cantinero, ¿tienes una amante? Pero él no quiere tener una amante. Con esos fríos a veces no se antoja tener amantes. Con ese frío es suficiente que dos cuerpos se junten, y se queden quietos, ciegos en esa madrugada que muchas veces no deja dormir. ¿Y si hacemos un intercambio, señor Cantinero? Yo me llevo a la güera aburrida de ojos grandes, y te dejo a una gran escritora del siglo XXI, con un futuro envidiable, porque después de una pequeña transferencia, va a vivir prácticamente para siempre. Ella no te va a exigir mucho, sólo que la idolatres todo el día. Sexo prácticamente nunca, pero sí un cuerpo calentito. ¿Y si probamos, amigo Cantinero? Sólo tienes que escuchar sus largos capítulos de superación personal. Tal vez te saquen de esa depresión en la que las tardes de Svalbard te meten. Y al cantinero le va a encantar la idea, pero primero, para ser justos, porque los svalbardanos son así, va a querer que conozca a su mujer, que platique con ella, que intimemos... ¿A cambio de que conozcas a la mía? ¿Hay truco en

esto? No no no no no, me va a decir el cantinero. Me convenciste. Yo pago sin ver. ¡Piénsalo, amigo Cantinero! Veámonos mañana a la misma hora aquí, para afinar detalles. Si para entonces estás arrepentido, no te lo voy a tomar a mal. Es más, lo voy a entender más que bien. Pero una vez dando el paso definitivo, no hay marcha atrás. Al cantinero le ha cambiado el rostro. Ahora sonrío de un sólo lado, como si la otra parte de la cara se le hubiera endurecido por los menos veinte grados centígrados. Voy a salir del lugar, voy a desamarrar mi oso polar, y lo voy a montar, para ir a darle calor a ese cuerpo inerte, porque es necesario conservarlo para hacer feliz a un cantinero. Siempre pienso que todos en este mundo tenemos la capacidad de hacer feliz a alguien. Los peores villanos de la historia hicieron feliz a alguien: Hitler hizo feliz a alguien, Villa, Mussolini, tu mamá... Y no estoy hablando de ningún lector... Hablo de los que los rodearon. A mí me hizo feliz, aunque su método haya sido el más cabrón del mundo. Por eso quiero ir a Svalbard, para poner las cosas en su lugar. ¿Y sabes cuáles son los sueños más bonitos que he tenido últimamente? Que voy en el avión, llegando a las Islas, y que desde arriba veo la grandeza del hielo, del campo blanco, y lo confundo con un cielo que a estas alturas ya no sé si existe. ¿verdad que dan ganas de no regresar?

Gabriel: Pero ahora ya no estás con ella.

Pablo: Si la dejo en Svalbard, entonces sí no voy a estar con ella. Y ya estaremos en condiciones de que tú también te vayas a Svalbard. Porque te pareces demasiado a ella. Tal vez allá puedas encontrar una poca de contra-miseria. Porque tu vida es miserable, y luego nos morimos y no nos damos cuenta de que nuestra vida fue miserable. Yo no sé cuánto tiempo me quede, pero si me quedan tres años, o seis meses, o quince minutos, los voy a vivir contra-miseria. Pero si la técnica de la transferencia sigue avanzando, y con el dinero que puedas conseguir de tu mamá, tal vez vivas 120 años, ó 150. ¡Imagínate vivir así de miserable todo ese tiempo! ¡Mejor morirse!

(Breve pausa.)

Pablo: Ya sabes ahora mi gran secreto. A nadie le importa. Sólo a mí.

Ni a ti ni a ella.

Gabriel: Despídete.

Pablo: ¿Es un ruego?

Gabriel: Es una orden.

Pablo: Muy bien. Esto va a hacer lo último que te conceda.

Gabriel: *(Al borde del llanto)* Gracias...

Breve pausa. Pablo camina hacia la salida. Se detiene ante el siguiente parlamento de Gabriel.

Gabriel: ¿Qué idioma hablan en Svalbard?

Pablo lo ve con ternura. Sale. Gabriel llora.

Fin de la escena.

9. Síndrome de Wornack

Pablo y Amanda.

Amanda: Sé que nunca leíste uno de mis libros. Sé que te fuiste mucho antes de que yo me lo mereciera. Así que no sé qué es lo que vienes a hacer aquí.

Pablo: Vengo a despedirme.

Amanda: ¿A dónde vas?

Pablo: ¿Quieres saber?

Amanda: No. Me da lo mismo.

Pablo: Deberías de venir conmigo.

Amanda: Estoy enferma.

Pablo: A lo mejor te alivias.

Amanda: ¡Irás al paraíso! Y allí es al único lugar al que no voy a ir yo.

Pablo: De acuerdísimo contigo.

Amanda: ...

Pablo: Voy a un lugar en el que no hay carne estresada.

Amanda: ¿Cómo?

Pablo: ¿Te acuerdas que te hiciste vegetariana porque no te gustaba comer carne estresada? Al lugar al que voy no hay carne estresada.

Amanda: ¡Qué tontería!

Pablo: Hay un lugar en el que a los pollos y a las reses, antes de matarlas, les ponen música clásica para que se relajen, y las matan de un sólo golpe y por la espalda para que no se den cuenta de que van a morir, y así la carne no está estresada.

Amanda: ¿Qué lugar es ese?

Pablo: Fíjate qué curioso. Ahora resulta que matar por la espalda es un acto de misericordia.

Amanda: Ningún matar puede ser...

Pablo: (*Interrumpe*) A lo mejor les leen un capítulo de tu libro para relajarlas. Tienes uno en el que enseñas a respirar, ¿no? ¿Ya ves que sí te he leído?

Amanda: ¿Viniste hasta acá a burlarte de mí?

Pablo: ¿Cuándo dices “viniste hasta acá” te refieres a nuestros 80 años?
¿O es literal?

Amanda: ¿Qué quieres?

Pablo: Voy a las islas Svalbard.

Amanda: ¿A dónde?

Pablo: Svalbard.

Amanda: ¿Eso no existe!

Pablo: Lo mejor de Svalbard son sus madrugadas.

Amanda: ¿A ti sí te afectaron los 80 años!

Pablo: Ven conmigo.

Amanda: ¿A dónde?

Pablo: A Svalbard.

Amanda: ¡Vete al diablo!

Pablo: (*Neutro*) Sin ti el plan se viene abajo.

Amanda: ¿Qué plan?

Pablo: Es una sorpresa.

Amanda: ¿Dónde está eso?

Pablo: Del otro lado del mundo. A 18 horas de aquí en avión.

Amanda: ¿Se te olvida que tienes 80 años?

Pablo: Los mismos que tú.

Amanda: Estoy enferma.

Pablo: ¿Cuándo a la poderosa Amanda la ha detenido una gripe?

Amanda: Esto no es una gripe.

Pablo: Puede ser que allá podamos cumplir tu última voluntad.

Amanda: ¡Tú ni siquiera te imaginas cuál es mi última voluntad!

Pablo: Tendremos tiempo de platicar mientras llegamos a Svalbard.

Amanda: ¡Lárgate!

Pablo: (*Sin moverse*) Eso voy a hacer.

Breve pausa.

Amanda: Mañana me hacen la transferencia.

Pablo: Te veo muy bien.

Amanda: No estoy bien.

Pablo: Tu alzhéimer tiene demasiada luz.

Amanda: No tengo alzhéimer.

Breve pausa.

Pablo: (*Caminando hacia la salida*) No tienes llenadera.

Amanda: ¡Tengo la enfermedad de Wornack!

Breve pausa.

Pablo: ¿Qué es eso?

Amanda: Como el Alzheimer, degenera el cerebro.

Breve pausa.

Pablo: Suena chistoso.

Amanda: ¿Qué?

Pablo: Que tu cerebro esté degenerado.

Amanda: La enfermedad acaba con ciertos lóbulos cerebrales... Y tarde o temprano, dejaré de sentir.

Pablo: O te darás cuenta de que ya no sientes, porque hace mucho...

Amanda: (*Interrumpe*) ¡No estoy jugando! (*Breve pausa*) Si no me hacen la transferencia, es cuestión de un mes, la enfermedad se come el lóbulo frontal, y equivale a una lobotomía.

Pablo: ¿Qué es eso?

Amanda: La capacidad de no tener ninguna clase de sentimiento... Incluido el miedo.

Pablo: ¿Cómo?

Amanda: El miedo es uno de los sentimientos más terribles, pero más necesarios. Necesito sentir miedo para sobrevivir.

Pablo: Amanda, esto es en serio... ¿De verdad has sentido alguna vez miedo? Me refiero a tu etapa adulta.

Amanda: Más veces de lo que tú crees. Pero ese no es el caso.

Pablo: Amanda...

Amanda: (*interrumpe*) ¡Déjame hablar! (*Breve pausa*) Los doctores no están muy convencidos de que el síndrome de Wornack se pueda

transferir. Van a documentar toda mi transferencia, y así podrán saber qué hacer con ese tipo de enfermedades. ¡Y me da terror que las cosas me den igual! Me da terror que no me importe ser conejillo de indias. Me da igual que tú te vayas a esas islas que dices, o que Gabriel se muera. Así de terrible es esta enfermedad. En estas listitas ridículas que hacemos los viejos para documentar lo que nos gustaría hacer antes de morirnos, yo había puesto el cometer un delito. A Gabriel le extrañó muchísimo. ¿Sabes por qué quería cometer un delito? Porque me consuelo pensando que cuando la enfermedad me coma el cerebro, no me va a importar lo que me pase. Así que ni cómo deprimirse en una cárcel, o sufrir porque está uno rodeado de delincuentes. He pensado incluso que el síndrome de Wornack es como el paraíso. Estar allí, con la capacidad de observar, esperando indiferente eso que a todo el mundo aterra y que se llama muerte. Pero mañana por la tarde saldremos de la duda. ¿Y sabes qué? Después de la transferencia, entonces sí nos vamos a...

Pablo: ... Svalbard.

Amanda: ¿Dónde dices que está?

Pablo: Si la transferencia fracasa, no quiero que vayas conmigo.

Amanda: ¿Por qué?

Pablo: Porque no tiene caso que no sientas. Para ir conmigo a Svalbard hay que ser capaz de removerse las entrañas...

Breve pausa. Después, Amanda enfurecida.

Amanda: ¡¿Quién te crees que eres?! ¡Imbécil! ¡A mí no me vas a tratar así! ¡Eres la mediocridad andando y ahora me vienes a decir cómo tengo que vivir la vida! ¡A los 80 años vienes a reconsiderar cómo has vivido! ¡Eres un viejo ridículo que quiere empezar a vivir la vida a estas alturas! ¡Lárgate de aquí! ¡No te quiero ver en mi vida! ¡Ojalá y te mueras en tu islita inmunda! ¡Largo!

Pausa. Ambos se quedan inmóviles.

Pablo: ¡Qué energía!

Breve pausa.

Pablo: Te espero. Quiero que vayas conmigo a Svalbard. A esperar una sola madrugada. Después ya nos podemos morir.

Amanda: *(Llorando)* Perdón...

Pablo: ¿Eres capaz de pedir perdón?

Amanda: Soy capaz de muchas cosas. Lo único que no voy a permitir, es morirme. *(Se seca las lágrimas, se recompone el pelo)* Por favor... También sé pedir favores... Por favor espera a que pase la transferencia. Después tomas una decisión.

Pablo: Sería la primera vez que yo tomaría una decisión sobre ti.

Amanda: Siempre hay una primera vez.

Pablo: Siempre. Sobre todo cuando uno comprende que el color blanco de la gloria, tiene que ver con la frialdad, que a su vez tiene que ver con la protección... ¡con tu protección!

Pausa.

Amanda: ¿Entonces?

Pablo: Te voy a esperar. Esa es mi decisión. Pase lo que pase con tu transferencia, te espero para ir a Svalbard.

Amanda: Gracias...

Pablo se acerca a ella. Le da un abrazo. Ella lo acepta. Se separan. Él camina hacia la puerta.

Pablo: Le voy a avisar a Gabriel que venga. *(Se detiene en la puerta)* Incluso si te mueres, vamos a ir a Svalbard.

Sale. Ella se queda llorando, hasta hacerse el

OSCURO FINAL.

La oscuridad que se tragó a los amantes

Personaje

Eduardo: 49 años.

Siempre le habla a una grabadora.

Eduardo: El olor del café impregnado en la piel es para mí como el olor de la orina para los perros. Por eso todas las mañanas me lavo las manos con un poco de café (*Lo hace*) tibiecito. Tal vez pude haber encontrado otro símil para ilustrar mi gusto por el olor a café, ¿no crees, Eduviges? Por ejemplo el olor del azúcar para las hormigas, o el olor a estiércol para las moscas, o ya de plano, el olor a basura para las cucarachas. Debo de confesarte algo, Eduviges. Aunque siempre tuve la sensación de que todo lo que te confesaba ya lo sabías. Por alguna razón odiaba algo de lo que me enamoré. Es decir, lo que cuando novios se volvió atractivo, cuando ya esposos se volvió repugnante... Bueno, no sé si repugnante, pero sí detestable. Hablo de que siempre tuve la sensación de que ibas un paso adelante de mí. No digo literalmente... Aunque también... Me refiero propiamente a este asunto de hacerme quedar mal ante todos —incluso ante Dios cuando estábamos solos—, y adelantarte siempre... En pensamiento, palabra, y hasta omisión. El caso es que lo que te quiero confesar, es que muchas veces pensé en inventar un desodorante con olor a basura para rociar toda la casa

de Georgina y que las cucarachas se fueran para allá. Después me enteré que sí existían unos dulces con sabor a excremento con los que juegan los niños, así que mi invento no iba a resultar novedoso. Seguramente me hubieras preguntado por qué en la casa de Georgina... Pues por varias razones. La primera porque es la casa que está más cerca de nosotros. La de Jorge Galván está también cerca, pero el pequeño jardincito que puso hace que la puerta de la casa de nosotros esté a 4.5 metros más lejos que la puerta de la casa de Georgina. Segunda razón, pero no menos importante: Que como buenos vecinos tenemos que ayudarle a superar sus traumas. ¡No puede ser que Georgina les tenga tanto miedo a esos animalitos del Señor! Fíjate qué curioso, hay gente que adopta serpientes y ratones, pero nadie tiene cucarachas como mascotas, ¡y las serpientes te pueden matar, pero las cucarachas, ¿qué te hacen? No es que yo sea amante de las cucarachas, ni que estuviera loco. También me da mi asquito, pero qué mejor que buscarles una utilidad, y esa es quitarle el trauma a Georgina. ¿Cómo se quitan los traumas? ¡Pues enfrentándolos! Así que lo mejor para ser un buen vecino es enviarle a Georgina una legión de cucarachas. La tercera razón es porque Jorge Galván no se lo merece. Si tenemos que escoger entre que se vaya Georgina o Jorge Galván, pues yo me quedo con Jorge Galván. También tengo mis razones, Eduviges. La primera es que Georgina no tiene orejas, y por lo tanto habla todo el tiempo. Jorge Galván es orejón, y sabe escucharme. Ya sé que a ti te causa sospecha que Jorge Galván viva solo. Que no te gusta que los hombres vivan solos. Que te parece extraño. Pero Georgina también vive sola, y eso no te causa extrañeza. Nunca pude entender esa parte en la que decías que era de lo más normal que una mujer viviera sola y que era perverso que un hombre viviera solo. ¡Mira quién te iba a decir que con el tiempo me ibas a pasar a fregar con esa idea! Tal vez estás pagando lo blandengue que fuiste con la Tita. ¡Por que esa es la palabra, Eduviges, blandengue! Ella debería estar aquí en este momento, Eduviges, conmigo, ayudándome a pensar qué es lo que tengo que hacer, qué es lo que tú me hubieras aconsejado en esta situación. Pero la Tita andaría quién sabe dónde con ese cabrón

que a ti no se te caía de la boca. ¡Ari para aquí, Ari para allá! ¿Qué se le antojará a Ari que le haga de cenar, mijita? Lo que sea, mamá, pero que no salga mi papá con sus cosas. ¿Con mis cosas de qué? Que porque me enojaba que a la hora de la comida guardaran una porción para Ari que venía seguramente en la noche a visitar a la Tita, cansado de trabajar toooooodo el día. Pobrecito Ari. ¿Qué es ese nombre? ¿De verdad querías que tu hija se casara con alguien que se llama Ari? Y luego salieron que el tal Ari se llamaba Arturo y que de una vez me tenía que enterar; porque como yo sospechaba que no se llamaba así, pues dije que el día de la boda seguramente me iba a enterar, porque no creía que el cura le iba a decir Ari, así como a la Tita no le iba a decir Tita. Pero como no se casaron y se fueron así nada más, cuando me enojé con la Tita y me hice de palabras y tú en lugar de apoyarme como debería de ser te metiste para ya no oírnos discutir, pues ella me dijo: Y para que te lo sepas de una vez, Ari no se llama así, y no lo vas a descubrir en la boda porque no nos vamos a casar nunca, y para demostrarte que no nos vamos a casar nunca, de una vez te digo que Ari se llama Arturo, y que le dicen así porque eso de Tury nunca le gustó y le rompió la maceta a un chamaco cuando le dijo así; y entonces los demás le dijeron: ¿Pues cómo quieres que te digamos? Y el Ari, muy bueno para los madrazos pero muy inseguro, dijo que no sabía, que le preguntaran mejor a su hermana Arianna a la que él le decía Ari, y todos entendieron que a él le gustaba que le dijeran Ari, y así de inseguro como es pues ya no quiso decir que había una confusión, porque sentía que iba a pasar por pendejo... (*Breve pausa*) ¿Te das cuenta, Eduviges, qué caprichosa es la vida? Terminó ocupando mi memoria con información de alguien como el Ari, al que odio con toda mi alma.

Eduardo se huele las manos.

Este olor a café impregnado en la piel, me recuerda al Viejo, Eduviges. Así olía, a café impregnado en su piel. Mezclado con un poquito de cigarro. Y fíjate lo que son las cosas. El Viejo me

sentaba en su regazo, y como era mi papá, esa mezcla de olor a café impregnado en la piel con un toque de cigarro, era el olor a los papás. ¡Cómo me hubiera gustado que hubiera una fragancia así aunque sea encapsulada con olor a papá! ¿Y sabes cómo lo descubrí? Sirviéndole un café a Georgina, que vino a visitarte cuando ella se quedó sola. Le dijiste que la ibas a visitar, ¿te acuerdas? Y ella te dijo que si no te importaba que mejor ella viniera a la casa, que no tenía ganas de recibir a nadie en esa sala tan vacía. ¡Vacía! Si la tiene llena de cosas. El caso es que le dijiste que sí, que le ibas a hacer un pay de limón. Yo protesté. El pay de limón me parece una contradicción. Y resulta entonces que como Georgina mostró un leve entusiasmo, casi imperceptible, pues tu me dijiste que iba a ser de limón y no de manzana como yo propuse. La manzana es ácida y la tienes que hacer dulce, me dijiste. ¿Y el limón no? El limón es agrio, no ácido, me dijiste con ese tono que significaba que la discusión se había acabado y que el pastel iba a ser de limón. Tampoco esa vez entendí tu razonamiento. El caso es que vino Georgina, y entonces yo le estaba sirviendo un café en la cocina, y tú en la sala con ella, y ella contándote de como se murió Reynaldo, y de pronto, cuando ya se lo habían llevado a la funeraria para prepararlo, ella te contó, ¿te acuerdas?, que sintió mucho miedo porque vio en el patio, a través de la cortina, la sombra de un hombre. Tú le dijiste que los muertos muertos son, y que no regresan, pero ella te aseguró que era un vivo. Se parecía así como a tu esposo, te dijo. Y tu Eduviges, tosió de repente, y a mí, que en ese justo momento estaba sirviéndole un café a Georgina, se me cayó en el dorso de la mano, y me quemé. No pude gritar, porque me delataba. Mientras me secaba la mano, oí cuando le contaste a Georgina, queriendo cambiar de tema, que yo estaba llevando un régimen alimenticio que me iba a bajar el colesterol, que porque en dos años cumplía 50, y que de una vez me había decidido, a partir de una plática que dieron en la universidad. Ella te preguntó que si qué enseñaba, y tú le dijiste, y ella se sorprendió porque nunca había escuchado de esas materias, y es allí donde yo me di cuenta que no estaba muy preparada que digamos, y luego, con un gesto natural, me llevé la mano a la na-

riz... Y allí estaba... Ese aroma que no había vuelto a oler... Ese aroma a mi Viejo... Y fue allí cuando decidí empezar a hacer la lista... No sabía si iba a ser por orden alfabético, o por cómo se me fuera ocurriendo, o por como los iba a ir atendiendo; pero el caso es que a la primera que puse en mi lista fue a Georgina. Que además causaba muchas contradicciones en mi alma, porque aunque me caía muy mal, gracias a ella había descubierto que si me echaba un poco de café en las manos, tibiecito de preferencia, podía evocar aquel olor. Sé que si alguna vez te hubieras enterado de esa lista, habrías alegado que también tendría que estar Jorge Galván, pero yo no le veía ningún motivo. No se lo había ganado. De hecho, la relación con Jorge Galván se remitía solamente a saludarnos de lejos, y comentar alguna cosa del clima, o del fútbol. También Jorge Galván le iba a los Pumas. En todo caso, quien sí se lo merecía más era Raymundo, hermano de Jorge, ¿te acuerdas de él? Siempre que venía a visitar a Jorge, antes que nada pasaba a saludarnos a nosotros. A mí siempre me pareció que te tiraba los perros. Y te lo llegué a decir, ¿te acuerdas? Pero tú me decías que de dónde sacaba esas cosas. Además, Raymundo está muy feo, me decías. ¿Y entonces si hubiera estado guapo, qué? Porque tú, Eduviges, por algo me conquistaste. Aunque tu siempre asegurabas que yo había sido el que te había conquistado. Y que justamente porque te habías enamorado de mí, resultaba que el amor era inexplicable. ¡Y justamente porque esa frase siempre me retumbó en el cerebro, me preocupaba lo zalamero de Raymundo! Efectivamente, Raymundo era muy feo, pero como el amor es inexplicable, ¿quién te dice que no te ibas a enamorar de él?... Mira qué curioso, hasta ahora puedo articular esta situación. En aquel momento solo atiné a decir... Sí, cómo no, también la putería es inexplicable. Ahora te lo confieso, Eduviges, porque en aquel momento no escuchaste bien lo de “putería”, y me preguntaste que qué había dicho, y yo saqué platica por otro lado. Claro que no lo escuchaste porque yo dije “putería” entre dientes. Así me salió. Yo digo que no fue a propósito, pero así me salió. Creo que el decirlo así me salió del inconsciente porque sabía que esas palabras no te gustaban, porque decías que ofendían a Dios. Nunca

pensé que Dios se fijara en mis palabras. Por lo menos no en aquel momento. Ahora pienso que Dios ya se fijó en mí. Como todos ahora. Por fin me voltearon a ver. Y creo que tiene que ver con que Dios me volteó a ver. Así es el ser humano. Voltea a ver para donde está viendo Dios. ¿Ya viste ese experimento del tipo que se para en una esquina y voltea hacia arriba y al ratito ya hay una serie de gente acompañándolo, viendo también hacia arriba sin saber que es lo que el tipo ve? Pues así ustedes con Dios; y por eso, Eduviges, tengo que estar presentable.

Empieza a cambiarse de ropa. Lentamente. Mientras sigue grabando.

El asunto es que cuando Dios te voltea a ver es porque, dicen algunos, ya te va a llevar. Pero yo no lo creo. No creo que, nada más por mencionar a alguien, que al Ari lo hubiera volteado a ver. ¡Y ya ves! ¿Te acuerdas, Eduviges, que decías que Dios hablaba casi de tú por tú con la madre Teresa de Calcuta? Y esa señora duró como mil años, ¿te acuerdas? Bueno, pues yo no tengo miedo. Cuando uno mismo se rebasa, pues ya no le da miedo. Tal vez sea porque ya no hay esperanzas. Porque dicen que cuando la esperanza se muere se deja de tener miedo. Yo lo que creo es que Dios me ha volteado a ver para que yo reflexione y piense en mí mismo. ¿Y qué crees, Eduviges? ¡Ya empecé a pensar en mí mismo! A ver, ¿Te acuerdas cuál era una de mis asignaturas pendientes en la vida?... Nada complicado, Eduviges. ¡Sólo bailar! Así que ayer fui a una academia de baile. Me recibió una muchachita, Teresa, se llama. Aunque luego me enteré de que no es tan muchachita, anda por los treinta y cinco. Teresa fue muy amable. Me dio confianza, y así, a rajatabla, le dije que quería tomar clases de baile. ¿Ya ha bailado usted antes, señor? Me preguntó con una gran sonrisa. Era chaparrita Teresa, nalgoncita. No, le dije. Bueno, pues nunca es tarde para comenzar, me dijo. Creo que esa frase es lo único que no me gustó de Teresa. ¿A qué se refería con “tarde”? A mí me parece que nunca es tarde, tuve ganas de responderle; pero se dio la media vuelta para darme un formato que tenía que llenar. Nada más ponga su nombre, su

dirección, su edad, y lea bien esa letra chiquita, y su firma. Lo demás en realidad no importa, me dijo Teresa. ¿Sabes qué decía en la letra chiquita? Que la empresa, o sea Teresa y su gente, no se hacían responsables porque me diera un infarto mientras tomaba la clase. En realidad no decía así, pero es obvio que si dice que no se hacen responsables por algún incidente o accidente que suceda durante el transcurso de la clase, ¡pues se refiere a eso! Tuve el impulso de irme, pero cuando le vi bien la cara a Teresa, supe que esa cláusula no se le había ocurrido a ella, así que seguramente la copió de algún otro contrato de alguna otra academia, por lo tanto encontraría la famosa cláusula antiinfartos en todas las academias. ¡Muy bien, señor Montaña! Mire, ¿qué género le gustaría?... Al principio pensé que se refería si me gustaría bailar con una mujer o con un hombre... ¿Cómo? Le pregunté. Teresa sonrió todavía más, con cara de: no me entendió ni madre, ¿verdad? Bastó su sonrisa burlona para que yo entendiera, y entonces sin respirar y a rajatabla le solté. ¡Quiero aprender a bailar tap! ¡Y quiero ser el mejor! ¿Se puede? Si no se puede dígame y busco en otro lugar, yo no vine a presionar a nadie. Si hubieras estado presente seguramente no te hubiera gustado la forma en que le hablé a Teresa. Yo solo creo que tarde o temprano se llega el momento de cumplir tus sueños. Y fíjate qué curioso. Uno se pasa la vida pensando sus sueños, pero no tiene tiempo para buscarlos, pues porque uno tiene que trabajar y ver por la familia. Lo paradójico es que cuando dejé de pensar en mis sueños, estoy a punto de encontrarlos. Me voy a jubilar ya, Eduviges, y después de que aprenda a bailar, voy a aprender a tocar el violín. ¡Así te la pongo, Eduviges! ¡El violín! Y luego voy a hacer las dos cosas. ¿A poco no va a ser algo verdaderamente nuevo? ¿Cuándo has visto a un violinista bailando? O al revés, a un bailarín tocando el violín. Ahora mis obligaciones serán realizar mis sueños. Una vez me dijiste que el mundo no era de los cursis, Eduviges, pues ahora te voy a demostrar que estabas, como en muchas otras cosas, equivocada.

Volviendo a Teresa, pues resulta que después de mi retahíla, se quedó sería, y luego se acordó que yo era al fin y al cabo un cliente. Así que ahora la de la retahíla era ella. Con una voz como de depar-

tamento de salchichonería me dijo. Aquí enseñamos de todo: danzas autóctonas, danza ritual, clásico, neoclásico, contemporáneo, posmoderno, danza folclórica, danza mínima, danza teatro, danza *butoh*, jazz, jazz lírico, jazz contemporáneo, danza urbana, *street dance*, *hip hop*, *funk*, *breakdance*, *shuffle*, *popping*, *C-walk*, bailes de salón, salsa, merengue, cumbia, bachata, rumba, mambo, danzón, tango, cha-cha-chá y hasta no danza. Nos quedamos viendo un segundo. Respiró, y entonces le pregunté... ¿Y tap? Y tap, respondió, ahora sí sin sonrisa, ahora sí con un poco de mal humor. Entonces que sea tap, le dije. Teresa volvió a respirar. No es que antes no hubiera respirado, pero es esa forma de respirar tan especial, como sólo Teresa y tú saben. Bueno, me dijo, ahora tiene que llenar esta otra forma. Sobre todo donde dice que si tiene algún problema físico. ¿Tiene algún problema en las rodillas? No. ¿En la cintura? No. ¿En la cadera?... Hasta ese momento hice conciencia de que tenía cadera. Nunca me había puesto a pensar en eso. No, no tengo ningún problema en la cadera. Muy bien, ¿podemos empezar ahorita? Podemos. (*Empieza a ponerse unos zapatos de tap*) Entonces pase a pagar su inscripción, su mensualidad y sus zapatos de tap. Me sacaron una cuentonón, como que me querían desanimar, pero ellos no me conocen, Eduviges, sobre todo cuando uno ya se decidió a lograr sus sueños. Fui y pagué. Volví ya con los zapatos de tap. Nada más al caminar ya se escuchaba bonito el tap. Tap, tap, tap, (*Hace unos pasos de tap*) Y entonces llegó la hora de la verdad cuando Teresa me pregunto por mi música favorita. José José. Así nada más, se lo dije. José José. Se me quedó viendo. Una vez un alumno me preguntó: Profe, ¿cuál es su cantante favorito? Y yo le dije que José José. ¿Sabes qué me contestó, Eduviges? Que nunca hubiera pensado que a un profesor que enseñaba *Epistemología y Sociología del desarrollo* le gustara José José. Pues, sí, me gusta José José y quisiera bailar tap con una rola de José José. Es usted un chavo-ruco, me dijo Teresa. ¿Y eso está mal, Eduviges? ¿Por qué?, le reclamé a Teresa. Pues porque dice “una rola de José José”. Pero además, me dijo, eso no se puede bailar. ¿Pues aprenda!, le grité a Teresa. Se hizo un silencio incómodo. Creo que de no ser porque

había pagado 8 mil pesos por todo lo que me cobraron, Teresa me hubiera corrido de su academia. Muy bien, bailaremos una rola de José José, ¿cuál?... Pues usted dígame... Yo sólo he escuchado dos o tres. No es de mi época. ¡Eso me dijo la tal Teresa! Y bueno, Eduviges, como comprenderás, me iba a ir. Teresa se dio cuenta, y con colita, me dijo: “En esta empresa garantizamos nuestro trabajo, así que no hay devoluciones”. ¿Sabes qué creo, Eduviges? Que una rola de José José sí se puede bailar en tap. Se lo dije a Teresa, y fue entonces cuando volvió su amplia y amable sonrisa a su rostro. Tiene usted razón, señor Montaña. Lo que quise decir es que una rola de José José es muy complicado. Pero podemos empezar con algo más simple, ¿cómo ve? Me pareció muy bien.

Eduardo empieza a tararear la pieza musical que a continuación va a bailar. Hasta que la música entra, y baila una pieza de tap. Con música para tap, no de José José

Nunca pensaste que sí era capaz, ¿verdad, Eduviges? Una vez Georgina vio mis zapatos de tap. Yo tenía la cajuela abierta de mi carro, y cuando estaba a punto de cerrarla, pasó Georgina por detrás y los vio. ¡Qué bonitos zapatos!, me dijo. ¿Son de tap?... ¿De qué?... De tap... No sé qué es eso... ¿Cómo no va a saber, don Lalo?... ¡Pues no son!, le dije... ¡Qué carácter!... y se fue apurando el paso. Siempre he pensado que Georgina mató a Raymundo.

Pienso que las cosas mundanas son necesarias para equilibrar la vida. Por eso me gustaría que el ejercicio del tap fuera una obligación. No le digo a nadie eso, porque ya los estoy oyendo: ahora resulta que bailar tap es una obligación. Alguna vez tuve el impulso de decírtelo a ti, Eduviges. Por alguna razón ese día pensé que me ibas a comprender. Es decir, a veces, lo bonito entre los esposos es la comprensión mutua sin raciocinio. Pero en ese momento me saliste con que teníamos que hacer algo con la biblioteca, que porque ya no había. ¡Con mi biblioteca!... ¿Y si los donamos?... ¿¡Sabes cuánto me costó armar mi biblioteca!?! Te lo dije, Eduviges, ¿te acuerdas? Y me saliste con que: pues no ha servido de nada. Así que mejor no

te dije el asunto de que lo mundano equilibra. Porque no lo ibas a apreciar... Y en ese momento empecé a desmontar mi biblioteca. Tal vez ahora la recupere. Ari la vio una vez y me preguntó que si no tenía ese libro de *Las sombras de Gray*. ¡No! Fui rotundo. Es que quisiera leerlo ¿sabes, suegro? ¿¡Por qué este imbécil me habla de tú!? ¿Fuimos acaso juntos a la primaria? Creo que puedo agarrar algunos tips que le pueden gustar a la Tita, me dijo. ¿Por qué aguanto a este pendejo?... Algo me pasa con la voz cuando me enoja. Se me vuelve chiquita, casi inaudible. ¿Te vas a casar con ella?... ¿Con la Tita? ¿Tú crees que sea buena idea?... (*Prácticamente inaudible*) No... (*Otra vez audible*) ¿Cómo?... (*Prácticamente inaudible*) No... (*Audible*) ¿Te sientes bien, suegro? Deberías de ir con un doctor. Cuando la ira pasa y decido que quiero decir algo, las palabras me salen a borbotones. Una sola vez me viste así, Eduviges, porque las demás veces que me enojé, me quedé sin palabras. Pero aquí sí tenía mucho que decir. Así que después de un tercer “no” casi inaudible... No... Vino el borbotón de palabras. ¡Yo voy a ir al doctor cuando me vaya a morir!... Silencio... Ari puso esa cara de pendejo que denota extrañeza... Se me quedó viendo, y así sin más dijo: Ya para qué... Evidentemente el Ari estaba evadiendo el tema, y si ya la Tita me había dicho que no se iba a casar nunca ni con el Ari ni con nadie, y el Ari no había podido decir que sí se iba a casar con la Tita, pues pensé que el tema estaba agotado. ¡Adiós a los nietos! ¿Qué hace un viejo sin nietos? Pero además una vez te dije que me preocupaba que la Tita no se casara porque pues el asunto sexual es algo que no se puede dejar así nada más de lado. Y tú, lo único que me contestaste fue: Ay, Lalito, ay Lalito, ni parece que enseñes filosofía... mientras me dabas una cachetada suavcita suavcita, que más bien era una caricia. En ese momento pensé que Ari también tenía que estar en la lista.

No sé si vayas a escuchar algún día esta grabación, Eduviges. A veces pienso que no, y es cuando me animo a decir más cosas. Como por ejemplo, ¿qué necesidad había de que le hicieras tantas fiestas a Raymundo Galván, el hermano de Jorge Galván? Georgina un día pasó así, como le gustaba pasar a ella, sin mucha alharaca, y

me dijo: ¿Ya vio qué repuesto está Raymundo Galván? Yo lo veo igual de jodido que siempre, pensé, pero sólo dije, ¿Quién? ¡Raymundo Galván, el hermano de Jorge! El otro día lo vi en su casa, ¿a poco usted no lo vio? Se me hace raro, porque fue a su casa. Y la única estupidez que alcancé a decir fue: Es que yo no siempre estoy en mi casa... Georgina se me quedó viendo con una sonrisita burlona. ¿Ah no?, me dijo. ¡Pero esa vez sí estaba en mi casa, le dije yo, enfáticamente. Allí lo vi, y sí, se ve muy mejorado. Georgina remató: Le debería de preguntar qué está haciendo para verse tan así... ¿Cómo tan así... Pues tan así, tan bien. Bueno, hasta Eduvigitas lo notó.... ¿Ah sí?... ¡No le dijo?... Sí, me dijo. Aquí entre nos, también me dijo que antes de la mejorada, parecía de 90 años, y que ahora parecía de 70... ¿Ah sí?... Sí... Bueno, pues a mejorarse todo el mundo, me dijo. Sentí que se seguía burlando de mi, la pinchi Georgina, Eduviges. Aunque sólo la vi de espaldas, hasta con ese culo caído tan feo que tiene parece que se está burlando de mi. Me fui casi llorando de la rabia de allí, Eduviges. Te quería matar. ¡Fíjate qué visionario me vi! Pero tú estabas hablando por teléfono. Y bueno, me seguí de largo a la recámara, sólo para pensar que tenía que investigar un poco sobre el tal Raymundo... Así que, mejor sin decirte nada, lo seguí. Era un jueves por la tarde. Averigüé donde vivía, me instalé en un lote baldío como a cien metros de su casa, con unos binoculares. Primera mala señal... El tal Raymundo vivía sólo... Segunda mala señal... Se metió a bañar con tiempo, se rasuró con mucho cuidado, cantaba alegremente. Se perfumó, y como a eso de las ocho de la noche, salió de la casa. Tenía un carro de esos viejitos pero arreglados. Apenas alcancé a subirme a mi carro, y a seguirlo. Se detuvo en una florería. Se bajó contento, silbando. Evidentemente no iba a comprar una corona de muertos. Rosas rojas, doce, grandes, caras. Subió al carro y le dio rumbo a la casa. ¡Mi casa! Debo de confesarte, Eduviges, que sentí un calor que me subía desde los pies hasta la coronilla. No sé si era el coraje por la posible confirmación de que sí me engañabas con Raymundo, o si nada más me daba coraje que me importaras. Iba tan abstraído en mis pensamientos que estuve a punto de chocarlo por alcance en

un alto. Él ni cuenta se dio, iba feliz. Tomó la calle Casiopea. ¡Tú cinismo no tenía límites, Eduviges! ¡Mira que citarlo en la casa!... Cuando Raymundo dio vuelta en la calle de nuestra casa, me frené en la esquina. Pensaba que era mejor que no viera mi carro. Así que me estacioné y me bajé para acercarme sigilosamente. Lo iba a dejar entrar, para así poder agarrarlos en la maroma. ¡Qué manera de decirle a la infidelidad!... De pronto, el carro del traidor bajó la velocidad, tosió dos veces, echó una bocanada de humo, y siguió de largo... ¿Por qué? ¿Me vería?... Seguramente... Me daban ganas de hacerle señas para que no se fuera... ¿Por qué el cambio de planes? Sí, seguramente me vio. ¡Carajo! ¡Íbamos a alargar esta agonía!... Regresé a mi carro. Creo que iba más furioso que antes. Llegué a la casa, y te encontré toda fodonga, ¿te acuerdas? Fue cuando te pregunté qué hacías en fachas. ¿Y ahora?, me dijiste. ¿Esa es una forma de recibir a las visitas?, te reclamé.... ¿Cuáles visitas?... Pues, ¡las visitas que vienen a la casa!... ¿Ahorita?, ¡y yo en estas fachas!... ¿Y qué es lo que estoy diciéndote?... ¿De qué hablas, Eduardo?... En ese momento me cayó el veinte de que te estaba haciendo una escena de celos, ¡y me enojé todavía más!, ¿te acuerdas?... Te quedaste absorta cuando te grité: ¡Si lo van a engañar a uno que por lo menos sea con clase!... Y me subí a mi cuarto... Pero esto no se iba a quedar así, porque yo seguía convencido de que el tal Raymundo me había visto... La calle donde vivíamos nosotros no era de paso... ¿Por qué entonces tuvo que pasar por allí? Claro que luego que me enfrié pues me acordé que Raymundo Galván es hermano de Jorge Galván que vive a un lado de nosotros. Pero de cualquier manera me parecía muy extraño, así que volví a mi puesto de vigilancia la tarde siguiente. Era viernes. Antes de salir de mi casa me encargué de que te quedara bien claro, Eduviges, que ese día iba a llegar tarde... A mí me hubiera gustado que me preguntaras a dónde iba, solo para mentirte, pero nada más encogiste los hombros, Eduviges. La oportunidad era perfecta. Así que me fui, confiado en que esta vez sí tendría la evidencia. Me aposté en mi trinchera. A cien metros de la casa de Raymundo. Entre los matorrales. Llevé un par de sándwiches comprados, para que no sospecharas. La paciencia es

la mejor virtud para la venganza, pensaba. Así que estaba dispuesto a esperar el tiempo que fuera necesario... Y de pronto, sentí una presencia extraña. Alcanzaba a ver de reajo un bulto nada más. Sabía que no podía voltear rápidamente, porque los procedimientos decían otra cosa. ¡Imagínate, yo tenía la mente clara incluso para pensar en los procedimientos! Claro en lo inmediato, pero turbio en lo importante. Tardé más de lo necesario en voltear, y de pronto vi, de reajo también, una luz acompañada del sonido del cerillo que raspa la lija. (*Lo imita*) El ente había prendido un cigarro... Una bacha, me enteré después... Y entonces sí, llegó el momento de girar sobre mi propio cuerpo y quedar en el piso boca arriba, con la escopeta en la mano. Vicente Guerrero me vio de soslayo, más concentrado en que la bacha no se le apagara. Mucho gusto, me dijo, soy Vicente Guerrero... Luego un silencio de tres segundos, como para que yo reaccionara. Así me pusieron. Cuando alguien le preguntó a mi mamá que por qué me había puesto Vicente, les dijo que por un hombre muy bueno que había conocido fugazmente. No, no va por donde piensas. El hombre una vez llegó al ejido donde vivía mi mamá, que era de los más grandes, y la gente se estaba muriendo de una epidemia de viruela del mono. Vicente, mi tocayo era algo así como entre médico, curandero y boticario. El caso es que atendió a varios, entre ellos a una trillizas que ya iban en gemelas y que dicen que la mamá de las gemelas, aunque no pudo salvar a las tres, estaba tan agradecida que esa si se lo benefició, y además promovió una capilla a San Vicente. Y por eso me pusieron así. Dicen que el cura le dijo a mi mamá: Oye, Paula, ¿estás segura de que al niño le quieres poner Vicente?... Sí... Se va a llamar Vicente Guerrero... Sí... Se van a burlar de él... ¿Por qué?... Porque Vicente Guerrero es el nombre de un héroe mexicano... Pues por eso... ¿Por eso, qué?... Va a llevar el nombre de dos héroes, el tal Vicente Guerrero, y nuestro Vicente, así que póngale como le digo... Yo seguía en el piso, boca arriba, con la escopeta lista para volarle los sesos a Vicente Guerrero... ¿Y siempre das esa explicación cuando te presentas? No, me contestó, sólo cuando se me quedan viendo así, y señaló la escopeta. El tal Vicente Guerrero

resultó ser un tipazo, Eduviges. Vagabundo, sí, pero un tipazo. Culto el Vicente. Hablaba con facilidad de literatura. No nada más había leído a los clásicos. Ahora estaba con los contemporáneos. ¡Un indigente leyendo, Eduviges! ¿Y por qué, le pregunté a Vicente Guerrero? Pues porque en este país, me dijo, es más fácil conseguir un libro que un plato de sopa. El caso es que Vicente me hizo la espera más pasable... Le compartí unos de mis sándwiches... No vengo por eso, me aclaró, pero debo reconocer que me va a caer muy bien. A eso de las diez de la noche, por fin Raymundo Galván salió de su casa. Era momento de seguirlo. Pero esta vez se fue caminando, no se subió al carro. Vicente Guerrero y yo lo seguimos a una distancia prudente. Raymundo caminó unas cuatro cuadas. No iba elegante, tampoco fachoso. Simplemente iba, con paso desenfadado, y de pronto se metió a un callejón. Oscuro como su propia alma, Eduviges, y allí se encontró con alguien más. Otro tipo, también desenfadado. Lo he visto, me cuchicheó Vicente Guerrero, es un hijo de papi drogadicto que ya no le dan para sus dosis, y las anda buscando en las calles. Se llama Marcelo. Raymundo se acercó a Marcelo. Aunque no se saludaron, tuve la impresión de que ya se conocían. Intercambiaron algunas palabras mientras caminaban en círculos, pero de frente, como midiéndose. Antes de perderse en la oscuridad del callejón, se dieron un prolongado beso. Me quedé paralizado por un momento. Vicente Guerrero encontró una bacha, le quitó el exceso de lipstick, y la prendió. Su mirada iba entre la bacha, mi mirada atónita, y el hoyo oscuro que se tragó a los amantes. Estaba muy avergonzado, Eduviges. Sobre todo con Vicente Guerrero, que pacientemente escuchó la triste historia de un hombre engañado cínicamente por su mujer, y que a la hora se dio cuenta que al sujeto, objeto de las pasiones bajas de su adorada esposa, resultó que le gustaban los yonquis, y sobre todo del sexo masculino. ¿Te das cuenta, Eduviges, el escándalo? Vicente Guerrero me dijo que con unos tacos él se podía fácilmente olvidar de todo el asunto. Y así fue. ¿Te acuerdas esa noche, Eduviges? Fue cuando me dijiste al oído que te gustaba mucho que fuera cariñoso, que por momentos como esos, —acabábamos de hacer el amor,

despacito—, que por momentos como esos estabas dispuesta a aguantar el mal humor casi permanente con el que yo vivía. Odié todavía más a Raymundo Galván, sobre todo cuando tres días después de esa noche, Vicente Guerrero me encontró de regreso a casa, y me dijo que creía que todo había sido un montaje para hacerme creer que Raymundo y tú, Eduviges, no eran amantes. Le dije que cómo lo sabía, y me platicó que casi estaba seguro que te había visto en el mismo callejón, con Raymundo Galván... Y otra vez me abordó la duda... Le terminé dando cien pesos a Vicente Guerrero y me fui a la casa.... Cuando llegué, malhumorado como casi siempre, por lo mismo ni siquiera me volteaste a ver. Entré a la cocina, me serví una taza de café y por un minuto metí las puntas de los dedos. Después olí mis yemas, y me tranquilicé. Quería ir a hablarlo contigo... ¿Pero qué te iba a decir? ¿Que sospechaba que te acostabas con Raymundo Galván y que para comprobarlo lo seguí y que descubrí que se besaba con un hombre y que después un indigente llamado Vicente Guerrero me convenció de que era un montaje de los amantes para despistar al enemigo? ¿Qué tal se oye eso? ¡Muy convincente, ¿verdad?! Raymundo no podía dejar de estar en la lista.

Eduardo sigue cambiándose de ropa.

Fíjate, Eduviges, cómo los caminos del amor son insospechados. Te lo voy a decir, por primera vez y tal vez por última, pero te lo voy a decir. Me parecía muy emocionante pensar que eras mi amante, a pesar de que estábamos casados por todas las leyes. Y más cuando una vez, ¿te acuerdas, Eduviges?, quedamos en que la palabra amante no necesariamente tenía por qué estar relacionada con lo prohibido. El amante es el que ejerce el amor. Y fíjate, qué curioso, poco a poco dejamos de ser amantes, por diferentes razones. Me dijiste que habías visto una película en la que los esposos jugaban a ser amantes y se veían clandestinamente en un hotel para salvar su matrimonio. Francamente me pareció una estupidez, Eduviges, pero no dije nada, como siempre. A lo mejor era una

propuesta y como yo no dije nada, pues lo tomaste como si yo la estuviera rechazando. Pero más que nada donde ya se fue abriendo un espacio enorme entre nosotros, fue con la llegada de la Tita. ¿Por qué esas cosas no se dicen en los matrimonios? Pues porque se cree que si uno se queja de los hijos, los demás van a pensar que no los quieres. Fíjate, Eduviges, no hay una sola razón por la cuál querer a los hijos. Nos quitan el sueño, nos quitan el dinero, nos quitan la tranquilidad para siempre, y luego ni siquiera nos voltean a ver. El que los queramos es un milagro de Dios. Y luego la Tita, que salió supongo revueltita, pero sobre todo a tu familia, Eduviges. Tan salió así, que me llevó a esa reflexión de que no tenemos por qué quererlos, y luego pensé en los homosexuales, Eduviges. Ellos no tienen ese problema, supongo. Duermen bien tranquilos, y todo el dinero que ganan es para ellos. Claro que no tienen las alegrías que dan los hijos, ni la posibilidad de que lo cuiden a uno. ¿Pero sabes una cosa, Eduviges? ¿La Tita nunca me dio una alegría! ¿Y tampoco me va a cuidar cuando yo sea viejo! La Tita dio la primera palada para que se abriera un hoyo oscuro entre nosotros, Eduviges. Ya te estoy oyendo... ¿De dónde sacaste eso de los hoyos oscuros? ¿También eres poeta? Pero esa fue la sensación que me dio. ¿Te acuerdas que una vez te dijo que cómo me aguantabas siendo así, tan... timorato? Usó otra palabra. Pero algo similar dijo. ¿Será que dijo algo así que cómo me aguantabas teniendo yo tan pocos huevos? Los escuché, por supuesto por casualidad, porque una cosa que aprendí contigo, es que si buscaba, luego iba a encontrar, y no me iba a gustar. Cuando escuché eso fui a preparar café, y luego a entibiáarlo, y luego a llevarme una taza a escondidas al baño para lavarme las manos. También la escuché cuando te animaba a dejarme, con el argumento de que había muchos hombres mucho más interesantes que yo. ¿De dónde sacó esas cosas, Eduviges? Tú dirás que ella misma sacó esas conclusiones. Y lo peor es que, nunca te lo dije, pero se te veía en la cara la duda. Y tampoco me lo dijiste. Una buena manera de abrir un hoyo oscuro entre dos personas es el silencio. Y para serte muy sincero, Eduviges, el Ari de entrada me caía mal, sólo por el hecho de ser el novio de la Tita. Así me

hubiera traído de novio al muchacho más decente y más amable, de todos modos me hubiera caído mal. Por eso la Tita está en la lista. Fue muy doloroso para mí. Sabía que tenía que trabajarlo de alguna manera. No es ni con psicólogos, ni con curas como se arreglan estas cosas. ¡Es con muchos güevos! Es por eso que decidí tomar clases de danza. Primero sacar los malos espíritus a través del sudor. Pero además cumplir aquel sueño que tuve de adolescente. Te voy a confesar algo, Eduviges, pero no puedes andarlo diciendo por allí. ¡Yo quería ser bailarín de *ballet*! Pero vivía en un pueblo que no hubiera podido entender mis gustos sin acusarme de una perversión irreversible. Sin compadecer a mis padres, a mis hermanos, a mi familia entera. Mi único consuelo era ir a ver las clases de *ballet*. Margarita, se llamaba la maestra. Se veía que era de toda la vida su pasión por el *ballet*, pero que justamente la vida se le había ido en eso. ¿Te sorprende, verdad, Eduviges? Imagínate cómo se veía que un chamaco de catorce años se asomara por las ventanas de arriba de la clase de *ballet* donde estaban niñas de cinco años... Después se veía un poco menos mal... entraban las de siete años. Logré ver esa maestría de Margarita transmitida a las inocentes niñas. ¡Ya desde esas edades se nota, Eduviges, quién trae talento y quién no! Estuve así casi por seis meses, hasta que me cacharon. Y por supuesto, como es en esos pueblos, me trataron de pervertido. Mi única explicación era que me gustaba mucho el *ballet*. ¿Tú lo hubieras creído Eduviges? Pues yo tampoco, así que decidí no decir nada, porque de todos modos no me iban a creer. Les dije que había sido casualidad, que andaba jugando en el árbol desde donde me tenía que subir para ver la clase, pero una niña fresa me acusó que todos los días me subía a ese árbol, y que me quedaba lelo viendo niñas en mallitas. ¡Imagínate, Eduviges! Si la que me volvía lelo era la maestra Margarita. Me encerraron en un cuartito hasta que vino mi papá. Primero lo pasaron con un psicólogo, para recomendarle que no me agrediera, que era todavía más peligroso si lo hacía. Así que mi papá entró al cuartito, suavcito. Iba acompañado del psicólogo. Lo único que atinó a decirme fue... ¿Qué te falta?... Eso lo dijo después de verme por unos segundos

que a mí me parecieron eternos. Me faltan clases de *ballet*, quise decirle, pero sólo dije: Nada... No me falta nada. El psicólogo, que se veía muy emocionado por el caso, —como comprenderás nunca pasaba nada en el pueblo—, me preguntó: ¿qué sientes? Y yo, ¿de qué?... De ver a las niñas así... Yo no veo a las niñas, le dije. Veo a la señorita Margarita. Suficiente para que el psicólogo disparara su diagnóstico. ¡Estamos ante un caso clásico de gerontofilia! Mi padre y yo nos volteamos a ver, sin entender si eran buenas o malas noticias. El psicólogo tuvo la oportunidad de su vida para demostrar todo el conocimiento que tenía: es cuando alguien tiene atracción sexual por los ancianos. Mi padre protestó: Pero si la señorita Margarita debe de tener cuando mucho cincuenta y cinco años... Pero para un niño de catorce, resulta ser una anciana, dijo el psicólogo, con el rostro transformado de alegría. Y luego, con un aire que el mismísimo Freud hubiera envidiado, dijo: señor Montaña, me gustaría mucho que me permitiera estudiar el caso de su hijo. Sin duda los resultados podrían ayudar a resolver otros casos como este. Ante la duda de mi padre, el psicólogo reforzó sus argumentos: Por supuesto que antes de publicar el libro, podremos llegar a un acuerdo económico, señor Montaña. Mi padre, que estaba con el rostro desencajado, endureció el gesto y dijo: ¡No! Me agarró del brazo, y me sacó de ese improvisado cuarto de interrogatorio. Mi padre estaba dispuesto a quitarme esa terrible patología que era la “gerentefilia”. Aunque no podía decir correctamente el término, sabía que el mejor tratamiento era, a los catorce años, enseñarme las mejores revistas pornográficas. Esa es otra historia. Pero bueno, ahora con Teresa, ¿te acuerdas? La maestra nalgoncita con la que voy a bailar tap, todo eso va a salir, Eduviges. Ya verás que voy a terminar siendo un hombre nuevo. Me voy a reinventar, como tú me pedías a gritos, cuando nació la Tita, ¿te acuerdas? Me aburro, me decías. Ser mamá es la aberración más hermosa que conozco, me decías. Pero para eso estás tú, para que me lleses a lo nuevo, a lo misterioso. ¡Qué difícil es crear misterio en lo conocido, Eduviges! Nos conocíamos todos los rincones, ¿cómo ser misterioso con eso? Esa respuesta seguramente ni el psicólogo del pueblo la tenía,

Eduviges. ¡Como me hubiera gustado incluirlo en la lista!, pero no tenía caso, porque pues no iba a volver al pueblo para matarlo.

La primera en la lista era Georgina. Fue fácil embaucarla. Me hice la víctima, Eduviges. Me encontró “devastado” en un parque. Sentado al pie de un árbol. Yo sabía de sus largas caminatas, y que además, no las cambiaba por nada. Como a unos cincuenta metros del árbol a un lado del camino, improvisé un pequeño tinglado de madera. Contaba además con la curiosidad de Georgina, para que se acercara a mí. ¿Qué tiene, don Lalito?, me dijo, encajándose los acicates del diminutivo en las costillas. No, nada, doña Georgina. Sólo pensaba. Pero no se ve usted bien, don Lalito. ¿Se me nota mucho? ¿Le puedo ayudar en algo? Allí fue cuando ya no pude contener el llanto. Antes de abrazarme, Georgina volteó para todos lados. Y me consoló entre sus grandes pechos. ¡No llore, don Lalito!, Si algo me mata es ver a un hombre llorar. Es que no puedo más Georginita —decidí vengarme con el diminutivo—. Es Eduviges... ¿Qué pasa con ella?... Me quiere dejar... ¿Y sabe por qué?... Perdón, Eduviges, por utilizarte, pero créeme, tu honor quedó salvado. ¡Sí!... Y era mi última oportunidad de vengarme de Georginita... ¡Porque dice que soy insaciable!... Se hizo un gran silencio, Eduviges... Sólo se oyeron algunos pajaritos a lo lejos... ¿Y? Me dijo. Pues... sí... le dije. Y la única manera en la que se me quita es bailando con ella... ¿Con ella?, me dijo... Con el objeto del deseo... Georgina no sabía ya qué hacer, Eduviges... Sólo me alcanzó a decir, casi susurrando: ¿usted sabe que Eduviges es mi mejor amiga?... Y yo solamente le contesté: ¿Bailamos? Le estiré la mano, y la introduje al tinglado. Ella se dejó conducir, Eduviges. Tu mejor amiga estaba dispuesta a hacer todo para salvar tu matrimonio. Así que ya estando en el tinglado, empecé a hacer mis mejores pasos de tap, hasta que, con todas mis fuerzas, le pisé el empeine, causándole tal dolor que se tiró al piso, y allí seguí bailando tap, con todas mis fuerzas, muy cerca de su rostro, hasta que bailé sobre sus neuronas, Eduviges, a ver si así reaccionaban y controlaban sus hormonas. ¿Sabes que todo está en la cabeza? Bastaron dos compases para que Georgina se quedara calladita, Eduviges. Inmóvil, sin

darse el tiempo de entender lo que había sucedido. Tampoco tenía ya sentido explicárselo. Solo quería decirle que los zapatos con los que baile en esta ocasión con ella, eran los mismos de los que ella se burló cuando los vio en la cajuela de mi carro.

Seguía Raymundo Galván. Aunque me parecía que ya era inútil, ya estaba en la lista. Y ya me conoces, Eduviges, lo sistemático que soy. Si ya lo había puesto, tenía que cumplir. Así que lo fui a buscar. Se sorprendió cuando me vio. ¿Cómo supiste dónde vivía?, me preguntó. Preguntando. Y la verdad, le dije, me urge hablar contigo. Mira, Ray, —le dije Ray, como si le tuviera la más mínima estima—, mira, Ray, la verdad es que estoy haciendo una toma de conciencia y quiero perdonarte... ¿A mí?... Sí, a ti... ¿Y cuándo te ofendí?... Tragué gordo. En realidad tenía razón. La que me había ofendido era mi puta inseguridad. Y fue entonces cuando de esa misma mente me saltó la solución. Escúchame, Ray. En realidad tú no me ofendiste, yo me sentí ofendido porque lo sé... Raymundo hizo el intento de hablar, pero yo le puse mi dedo índice en los labios, Eduviges. Esa era la prueba que faltaba para estar seguro que Raymundo era homosexual. Si un hombre le pone el dedo índice en los labios a otro, y este no reacciona, ¡pues evidentemente es joto! Y no tienes por qué avergonzarte, mi querido Raymundo, te entiendo perfectamente. Ahora sí abrió los ojos del tamaño de un plato... (*Muy pausado*) ¿Tú también?, ¿Y Eduviges?... Yo nada más la mitad... O sea, ¿eres activo?... Sí... Yo también, me dijo. Y luego, después de vernos por un largo momento, me dijo... ¿Qué hacemos?... Invítame a entrar, le dije. Raymundo, solícito, me abrió la puerta. ¿Quieres tomar algo?, empezó Raymundo. ¡No sé por qué cuando un homosexual descubre a otro, empiezan a jotear! ¿Recuerdas a aquel escritor que se provocaba asfixias mínimas para provocarse orgasmos?, le dije... Evidentemente Raymundo no tenía la menor idea de lo que estaba hablando. Es muy fácil, mira, te las causas con una nuez. Saqué de la bolsa una. Raymundo empezó a temblar: ¿Tienes miedo?... No, eso me pasa cuando me emociono. Muy bien. Sólo uno, y después de eso, me vas a entender. Confía en mí. Siéntate en ese sillón y echa la cabeza para atrás.

Abre la boca, y relájate. Raymundo me vio durante unos segundos, pero era evidente que le gustaban los misterios sexuales, lo oscuro de los amantes, así que se puso en posición. Saqué una nuez. Le hable: Será muy suave, no te preocupes, yo te voy a cuidar. Sonrió, un poco más relajado. Solté la nuez en su boca. Evidentemente su lengua lo protegió, así que empujé con más fuerza, hasta meterle la nuez en la garganta. Se atragantó, y empezó a manotear. Fue allí cuando saqué otra nuez, y otra, y otra y cinco más y se las empujé en la boca. Luego también metí mi puño cerrado, y me senté en Raymundo. Prácticamente no podía moverse, sólo se ponía morado. Hasta que soltó el cuerpo, se relajó... Estaba muerto... ¿Y qué crees, Eduviges? Pues que no tuvo un orgasmo. A mí se me hace que ese asunto del escritor que se provocaba orgasmos con asfixia, es puro mito.

En la lista sólo me quedaban tres, Eduviges. Así que fui por el Ari. Le dije que ya me había caído el veinte de que el amor que le tenía la Tita iba a ser para siempre, así que lo mejor era que nos lleváramos bien. Por supuesto que el chamaco baboso no me lo creyó. ¿De veras?, me dijo... Claro. Es más, nunca te voy a decir Arturo. ¿Cómo ves?... Entonces va en serio, me dijo... Y para demostrártelo, te tengo una sorpresa... ¿Qué es?... No sería sorpresa si te digo... Entonces no la quiero, me dijo. No me gustan las sorpresas. Mas bien se trataba de desconfianza, porque ¿a qué inútil no le gustan las sorpresas? ¿A todos!... Bueno, le dije para aflojarlo, te voy a decir una parte de la sorpresa: ¡Es una despedida de soltero!... A ver, suegro, me dijo. Yo no necesito una despedida de soltero, porque como usted bien sabe la Tita y yo no nos pensamos casar nunca... Eso ya me quedó claro, querido yerno —primera vez que le decía así—, y por eso no me parece justo que no tengas una despedida de soltero. La mirada se le fue al Ari, así como cuando no entiende uno ni madre. Lo mejor de casarse, Ari, es la despedida de soltero. Así que, aunque no te cases, te organicé una. Y figúrate, Eduviges, la frase que lo terminó de convencer fue: esto es nada más para mostrarte que te acepto en mi familia, y que tengo toda la voluntad para que vivamos en armonía. El Ari se dejó llevar. Lo

llevé a un motel del centro. Previamente había contratado a dos chicas, sólo para que se vistieran con antifaces y látigos. Pero sin sexo, ¿verdad, señor? Porque eso le va a costar más, me dijeron con palabras filtradas por un chicle. Sin sexo. Sólo se tienen que olvidar de todo en cuanto salgan de ese cuarto, y les voy a pagar como si sí hubieran tenido sexo. No terminaron de entender, pero les pareció bien el acuerdo. Así que cuando el Ari entró allí, ya lo estaban esperando. Regreso en una hora, le dije. Regresé en realidad a los 5 minutos, con un antifaz y un látigo. Ya lo tenían encuerado y esposado a la cama. ¿Y de esa cosa se enamoró mi hija?, pensé... ¡Váyanse!, les dije a las chicas... ¿Ya? Me dijeron. Que conste que no hay devolución de dinero... ¿Qué pasa?, dijo el Ari... Y fue lo último que dijo. Le di un latigazo en el rostro, al primero cayó inconsciente. Eso terminó de convencer a las chicas, que salieron corriendo con sus ropas en la mano. Lo de menos iba a ser vestirse. El segundo latigazo se lo di en los huevos, Eduviges. Perdón por el lenguaje, pero hablando de ese tipo no hay otra manera de decirlo. Allí despertó, pero no alcanzó a decir nada, porque el tercer latigazo se lo di en el torso, y se lo abrí. Dos o tres estertores... tal vez cuatro, y allí quedó el Ari. Esperé como media hora a que se muriera bien él solo. Eso sí lo hizo bien. Lo metí a una gran maleta, y me lo llevé a un lugar en el que no lo van a encontrar pronto, Eduviges. Fíjate que poca cosa era el Ari, que sus últimas palabras fueron: ¿Qué pasa? (*Breve pausa*) Y ya.

Eduardo ha terminado de vestirse.

En la lista sólo me faltan la Tita y tú. A veces pienso que esa lista está en mi imaginación, y que lo que les hice a los tres primeros nada más está en mi mente. Eso sería fabuloso, Eduviges. Y ahora que sigue la Tita, pienso en ella todo el día. ¡Cómo nunca la había pensado! La vida tiene sus caminos misteriosos para llegar al amor. Hemos aprendido a querer a los chamacos así, sin motivo alguno, y ahora que según yo fui diferente porque desaprendí a quererla, valga la expresión, siento que al pensar todo el día en ella, no voy a

poder completar la lista. ¿Será cierto eso que dicen que cuando se te muere un hijo es como si te mutilaran? Pienso que el que acuñó esa frase no tuvo un hijo como la Tita, Eduviges. Sin embargo... No puedo... Se me vienen a la mente los poquísimos momentos agradables. Como cuando participé en su festival navideño a los seis años. A esa edad todavía la maldad no se acuña. Extraño aplaudir, Eduviges. Aplaudir es una manera de sacar las emociones. Hace mucho tiempo que no lo hago. ¿Te podré aplaudir a ti algún día? ¿Le podré aplaudir al policía que me detenga? ¿Le podré aplaudir al juez que me condene? ¿Le podré aplaudir a la Tita cuando me vea, y mueva la cabeza como diciendo: Sabía que ese señor que es mi padre era un psicópata?

Eduardo empieza a lavarse las manos con café.

Y tú, ¿qué vas a hacer, Eduviges? Tu y yo teníamos una gran historia de amor. Teníamos todo para ser felices. Pero en algún momento desconocido, esta historia tomó un rumbo desconocido. Todo se volvió necesidad inmediata. Todo se volvió oscuro. Voy a planear todo para que escuches esta grabación antes de irte. Así que si ves que no te dirijo la palabra, aunque me grites que te deje, que te suelte, que estoy loco, es porque no me atrevo a decirte todo esto en persona. Así soy yo, ¿Qué le vamos a hacer? Lo único que voy a extrañar, es la lucidez que teníamos después de hacernos el amor. ¡Lástima, Eduviges! Y quiero que sepas que aunque te tienes que ir, fuiste el amor de mi vida.

Eduardo termina de lavarse las manos con café. Apaga la grabadora. Prende un reproductor musical, y se escucha la música para que baile tap. Lo hace durante un par de minutos, mientras se hace el

OSCURO FINAL.

Laberíntica Sofía

Personajes

Sofía

Joaquín

Vagón de tren

Sofía: Soy actriz. Descubro el universo a través de la poesía que lo impregna. Solo con respirar, transpiro. Puedo hacer una obra con sólo pararme en el escenario, y parpadear durante 48 minutos con el ojo izquierdo, y a los 49, cambiarle al ojo derecho. No hay que pensar en el escenario, porque el público se puede confundir. No hay que contar una historia, porque la esencia esta en la epidermis. Aquí venimos a echarles a andar los sentidos. Antes me gustaría decirles cómo es que llegué hasta aquí. No hablo del espacio físico, sino del espacio que me tocará ocupar en la historia de la teatralidad mexicana. Así que lo primero que hay que saber es que esta fábula comenzó en un tren. Yo iba rumbo a Mérida, donde decían que Mel Gibson ahora sí iba a filmar una película en México. Bueno, no sería la primera película que Mel Gibson filma en nuestro país, pero a lo que se referían es que ahora sí iba a filmar una buena película en México. Se decía que iba a filmar algo así como una historia shakesperiana mezclada con los mayas. Todos temían que otra vez quisiera hacerla de Hamlet, y muchos lo criticaban: ¿Qué le pasaba

a ese pendejo? ¿No había aprendido la lección? Ese pendejo que tenía no sé cuántos millones de dólares en el banco... ¿Del mismo pendejo estamos hablando? Pero además todos esos pendejos que lo criticaban, corrían, como yo, a hacer el casting para la película. Decían que había un papel para una chica con rasgos mexicanos. En los tiempos de la igualdad, el rasgo mexicano significa nada más que hayas nacido en México, de papás mexicanos, y de preferencia de abuelos también mexicanos. Cuando mucho, de abuelos españoles, pero de preferencia no. Lo más complicado era que el acento en inglés no se notara muy inglés... ni muy gringo. Querían que sí tuviera un acento mexicano. También era necesario que supiera cantar. Nada potente, nada como Ariana Grande, pero que una fuera entonada. Otro plus, era que ese personaje, para el que yo iba a hacer casting, todo el tiempo interactuaba con Mel Gibson. Ya está muy viejito, me dijo Aníbal.

¿Y qué chingados, dije yo? A esos viejitos nunca hay que hacerles el fuchi.

El caso es que yo cumplía todos los requisitos cabalmente, así que me embarqué. No tenía mucho dinero, por eso decidí irme en tren. Eso me iba a permitir ahorrar un poco de dinero por si me tenía que quedar en Mérida para el *callback*, que es cuando pasas a una segunda ronda. Que te llamen a *callback* siempre son buenas noticias. Pero no hay que adelantarse, pues. Si bien, llegar en tren me iba a llevar por lo menos unos tres días, porque además en la ciudad de México tenía que hacer un transborde, tampoco tenía mucha prisa por llegar, porque... el tiempo... se va... haciendo lento... Percibo un aroma... Espeluznante... Hermosamente espeluznante... No quiero voltear la cabeza... Tampoco quiero que el dueño de ese aroma sea el señor calvo de 50 años que está en dos asientos frente a mí, leyendo un libro de Og Mandino. No quiero que sea el boleterero del tren, un viejo, guapo eso sí, pero viejo. Tampoco quiero que sea la mujer esa caída en desgracia con dos niños como de siete y cinco años, que parece que lo que le urge es pasar por el desierto para poder tirar a esos chamacos por la ventana. No, por favor, que no sea ella. Detrás de mí se escucha una puerta que

se cierra. Entonces tengo que sacar cuentas. Es decir, si antes no había percibido ese aroma, y su llegada coincide con el sonido de la puerta que está a mis espaldas, pues entonces el dueño —que sea bato, por favor— de ese aroma está detrás de mí. El reajo no me da para verlo. Tengo que necesariamente voltear la cabeza. Y eso me da miedo. ¿Y si me quedo con el aroma metido en lo más profundo de mi tabique nasal? Porque podría ser como cuando conoces a los locutores del radio. Tienen una voz muy potente, muy modulada, que con un “mi amor” pueden mandarte a la luna directamente, pero que cuando los conoces, resulta que diosito se encargó de descompensarlos con el físico. Sobre todo con los cuerpos. Panzones y desnalgados. Es una constante. Y bueno, la panza, pues se trabaja, ¿pero las nalgas? En ese momento le vi las nalgas al viejito guapo recoge boletos, y cerré los ojos para disfrutar de ese aroma especial.

¿Cuánto tiempo nos falta para llegar a la siguiente ciudad?

Dos horas, me dijo el viejito guapo recogeboletos desnalgado.

¿Y si el aroma se baja con todo y cuerpo del que la trae puesta en esa ciudad que está a dos horas de aquí? Bueno, tengo dos horas para descubrirlo. El cuello se me pone tenso, empiezo a sudar un poquito, y entonces puedo imaginar el olor de mi sudor, mezclado con ese aroma espantosamente hermosa. La sangre se me acelera. El cerebro también, e imagina las cosas más fantásticas que pueden suceder en un tren rumbo a Mérida si el dueño de ese aroma está, no guapo, ¡pasable! Con que no tenga los dientes de granos de pozole, todo marchará sobre ruedas. Me queda una hora cincuenta y cinco minutos para averiguarlo. ¡Y de pronto todo oscuro! El ruido ensordecedor que causa pasar por un túnel. ¡Qué barbaridad! El olor de pronto se esfuma, y el de mi sudor aumenta. Es por un reflejo involuntario que me hizo cubrirme la cara con mi blusa. Y de pronto la luz. El aroma ahora viene del sujeto que está sentado dos lugares frente a mí. Por eso lo veo de espaldas. Porque si estuviera sentado un lugar frente a mí, estaría de frente. Así que solo le veo la cabeza. Pelo abundante sin canas, lo que me hace pensar que no es viejo. Alcanzo a ver sus hombros y sus paletas, lo que me hace pensar que no es chaparro. El recogeboletos guapo viejo y desnalgado viene

de frente a él. Allí podré ver por lo menos su perfil, que imagino griego. Pero la vida es cabrona, ¿ya se los había dicho? Y si no se los había dicho seguramente ya lo sabían, porque el recogeboletos, se sigue de largo. ¡Caray! Empiezo a pensar que tengo que hacer algo, porque ya queda una hora con cincuenta minutos.

Joaquín, está sentado de espaldas al público.

Se gira.

Joaquín: Uno, dos, tres puntos en el horizonte. Como si fueran estrellas. Si me concentro, en lugar del traqueteo del tren, puedo escuchar una tersa música, como si los dedos firmes de Olga Scheps se pasaran por mi nuca, queriéndome tranquilizar en este viaje que nadie quisiera hacer. Tengo que concentrarme muy bien para definir si tengo un destino, o tengo un punto de partida. Si voy a volver, o si el motivo es no regresar. Me llamo Joaquín. (*Pausado*) Pero me dicen Alberto, pero a mí me gustaría que me llamaran Gonzalo, como mi padre, que se llamaba Alberto, pero le decían Gonzalo, solo porque su hermano mayor, que no se llamaba Gonzalo, pero que tenía un gran amigo que se llamaba así, quería que le pusieran ese nombre.

En realidad no importa cómo me llamo. Porque en este momento no tengo percepción de la realidad. Parece que viajo dentro de una lavadora, porque todo gira, y al mismo tiempo todo va para adelante, y yo, sentado como estoy, voy hacia atrás. Voy a Guadalajara, a una supuesta convención financiera, a la que no pienso asistir, porque no me da la puta gana y punto. En realidad no voy a ir, porque el desanimo es tal, que no atinaría siquiera a registrarme en las pomposas mesas para que al final llegue la constancia de asistencia. Y entonces pienso que mi destino será deambular por las calles, buscando un lugar para cenar, que me satisfaga. Pero sé de antemano que no lo voy a encontrar. Y por eso, si cierro los ojos, tengo la imagen de una gran calle sin final, llena de restaurantes, cuyas luces se van apagando cada vez que avanzo por el empedrado de la misma. Son las dos de la mañana, y me cuelgo del reloj de

la catedral para que no pase más tiempo. Porque el sol enturbia la mañana. ¡Es el peor momento del día! Hay que levantarse, hay que bañarse, hay que tomar por lo menos un café, y hay que trabajar. Es ya la mañana y huelo a sudor. No soy yo, pero el olor me regresa al vagón de tren que traquetea como si fuera mil novecientos. El desaliento está a punto de llegar y sentarse a mi lado. Lo busco. Hay un señor calvo, que es un buen estereotipo. Una madre amorosa con sus dos hijos y el revisor del tren. Más allá una mujer joven, que no alcanzo a ver bien, porque está justamente tras de mí. Espero que ese desánimo tarde en subir, mientras tanto cierro los ojos, y veo más que con los ojos abiertos. Los tengo que abrir inmediatamente, porque ese desánimo se disfraza de mil figuras que vienen a seducirme el alma. ¡El puto frío que no ayuda, carajo! Mil figuras deformes, dispuestas a joderme, a empujarme debajo de este tren para que sus ruedas tenaces me aprisionen cada célula y me hagan pedazos. Y las buenas imágenes son de poco fiar, porque se disfrazan de las imágenes que quiero ver. Mi mamá, mi papá, mi gemela. Sonrío, porque me acuerdo de cuando descubrí que yo no tenía que encontrar —por lo tanto ni siquiera buscar— a mi alma gemela, porque ya tenía... Y entonces el pensamiento, que salta de un lugar a otro, me trae de regreso a la tarde que cae mientras el tren avanza con gran ímpetu, queriendo ocultar su vejez... ¡Tanto qué vivir y tan pocas ganas de hacerlo! Voy a intentar poner mis sentidos en blanco, porque finalmente son los que le dan forma al pensamiento, ese que no se está quieto. Allí viene el revisor del tren. Mejor, porque así ya no tengo que darle los boletos más adelante. ¿Por qué todos son señores mayores? Con cara afable, con caminar pausado. De todos modos no tengo ganas de que ningún señor con cara de Santoclás venga a sonreírme mientras cumple con su obligación... ¡Y de pronto pasa de largo, chingado! Estoy empezando a creer en ese rumor de que los revisores de los trenes esperan a que los pasajeros se duerman para pedirles sus boletos. Y nuevamente la tarde se oculta tras la ventana que desdibuja con la velocidad del tren los paisajes alternos. Es decir, sólo la tarde se puede ver con claridad. Las diminutas partículas de tierra se quedan suspendidas en el aire,

como si de una coreografía se tratara. Y de fondo el atardecer, rayado en colores cálidos. ¿Por qué hay que llegar a estos confines para poder apreciar lo que la vida nos azota en la cara? Hay un color beige dando un toque al paisaje. Me obliga a seguirlo, me obliga a voltear la cara. Me obliga a ver a la mujer que está detrás de mí. Está dormida. Sonríe. De entrada es maléfico que alguien que duerme, sonría. O tal vez finge que duerme. ¿Para qué fingirá? Pero sobre todo, habrá que decirle que hay una araña que baja por su telaraña hacia su mollera. No es grande, pero tampoco es pequeña. No la alcanzo a distinguir, aunque parece que no es venenosa. Tampoco se ve inofensiva, pero no hay araña que se vea inocua. Tengo dos opciones. Gritarle para que se despierte y que ella misma mate a la araña, o pararme sigilosamente, e intentar matarla sin que ella se dé cuenta, o que se dé cuenta hasta que el animal haya sido aplastado. Esto tiene sus contras. Si le grito, no va a entender a la primera de qué se trata, y le tendré que explicar que tiene que subir sus manos sobre su cabeza, como una especie de diosa antigua, y luego aplastar al temible arácnido. Para esas alturas ya lo veo temible, porque aunque lentamente, cada vez está más cerca de la mollera de la mujer. Tal vez el método no sea lo más efectivo para acabar con la araña, porque, en la confusión, puede que el bicho caiga más pronto.

El inconveniente de la segunda opción es que, a pesar de que llegue a tiempo y mate a la araña, ella se va a despertar, y la primera visión que va a tener es a un desconocido casi arriba de ella, que aplaude como foca ante un hecho que no hay que celebrar.

Sofía: Sueño. Profundamente de seguro. Porque no me puedo mover, a pesar de que una araña está bajando por su telaraña hacia mi mollera. No se ve inofensiva. ¿Cuándo una araña se ha visto inofensiva? Tampoco se ve temible, pero no quiero que haga nido en mi cabeza. ¡La mujer de las telarañas en la cabeza, me dicen! El tipo se voltea, lo veo, es guapo, aunque no estoy segura si es el efecto del hermoso aroma el que me hace verlo bello. Me ve, ve a la araña. Es mi única salvación. ¡Otra vez estoy en las mismas! ¡Carajo! Pensando que un hombre es mi única salvación. Pero ahora sí lo juro que lo es, porque de verdad no me puedo mover. El hombre, al que me

gustaría ponerle un nombre, observa alerta. Le voy a poner Francisco, por lo pronto. Será un nombre momentáneo. Si de plano se llama Francisco, pues a lo mejor allí me estaciono.

¡Francisco, tú que todo lo puedes, mueve el culo y mata ese asqueroso bicho que está a punto de quedarse a vivir en mi cerebro!

No se mueve. Su olor es más penetrante. Volteo hacia arriba y veo que la araña voltea a verlo, olfatea. Esto sólo es creíble en un sueño. ¡Y si este cabrón oloroso le tiene fobia a los insectos ya me llevó la chingada! Aunque ve a la araña con determinación, como estudiándola. Su actitud no es de temor. Se agazapa, como si fuera un depredador, como un tigre, o un gato montés. ¿Pero cuándo se ha visto que un felino aceche así a un insecto? La araña lo ve, está desconcertada, pero en sus ojos se ve que estudia todos los escenarios posibles ante ese inminente enfrentamiento a muerte. ¡Lo que significa entonces que si el enfrentamiento es a muerte, el veneno de este bicho es mortal! La volteo a ver, y sí, se le ve la panza roja, como si fuera una cabaretera clichetera. Pero esta araña es inmundita. Francisco entonces no la acecha como un felino, sino como un batracio. La imagen de Francisco convertido en batracio difumina inmediatamente su aroma de otro mundo. Por lo tanto, hay que cambiar de atacante de arañas. No hay posibilidad de que sea un zorrillo, pero sí un ave. ¡Un águila! No, no, no, es demasiado para una araña. ¡Un mono! Ellos se los comen como si fueran cacahuates, ¿no? ¡Tal vez un cangrejo! No son rápidos, pero son confiables. Y entonces me quedo pensando en la velocidad del mono y en la inmortalidad del cangrejo, cuando de pronto, ¡Zas! El tipo con cuerpo de mono, cara de cangrejo y olor a ángel celestial salta hacia donde estoy yo, da un giro en el aire, como si fuera un ninja, mueve las manos con una pericia digna de un cuchillero, y aplasta con sus dos manos a la imberbe araña —porque peluda no era—. Y yo despierto.

Allí está, a centímetros de mi nariz, no es tan guapo como lo construyó mi imaginación a partir de su olor. Pero tampoco ando buscando al padre de mis hijos. Así que sólo sonrío, amodorrada, agradecida porque me sacó de ese sopor exasperante. Alcanzo a escuchar de manera distorsionada que me pregunta si estoy bien.

Sí... Estoy bien... ¿Por qué no iba a estarlo?

Y entonces recuerdo cuando conocí a Aníbal, mi novio, que me preguntó lo mismo, y pienso que es una estrategia para seducirme y no dejarme ir del tren. Me liberé de una araña, pero ahora estoy a merced de su depredador.

Sólo atino a contestar que no le voy a decir porque no lo conozco, gesto que en el fondo me parece de pésimo gusto, porque lo que Francisco requiere es una respuesta muy sencilla: un sí, o un no.

Así que sonreí y le aseguré que era una broma.

Ahhhh, le dije, espero que no te lo hayas creído, Francisco.

Y entonces me dijo que no se llamaba así, que se llamaba Joaquín, porque su mamá quería que le pusieran asá, y su papá más asá, y resultó que se pelearon en pleno bautizo, y le pusieron Joaquín como el padre del cura que lo bautizó. ¿De verdad me importaba cómo se llamaba este cabrón? En ese momento ya tenía ganas de tener sexo con él, por lo tanto sí debía de saber cómo se llamaba, por dos razones: una, para registrarlo en mi contabilidad personal. Dos, para que cuando termináramos, no tenerle que preguntar el molesto “¿cómo te llamas?”. Y allí es cuando escuché una voz interior que siempre me dice cosas como: Sofía, no vale la pena; o Sofía, toma tus cosas y vete; o Sofía, ve con todo por él... siempre y cuando no lo quieras para el padre de tus hijos.

Platicamos por casi una hora. Nos pusimos al día, aunque nunca nos hubiéramos visto antes. Él era de Hermosillo, y viajaba a Guadalajara. Por lo menos no se iba a bajar en las próximas dos horas. Era administrador de empresas, y estaba abrumado por el trabajo que tenía. Lo acosaba su jefe. Sexualmente. Eso lo perturbaba. Decía que no quería hablar de eso, pero terminaba siempre hablando de lo mismo. Si yo le contaba alguna cosa de mi carrera, él terminaba interrumpiéndome y llegaba al punto del acoso. Le pregunte dos cosas importantes. No creí las respuestas que me dio. La primera fue: ¿por qué no renuncias?

Me dijo que porque era un muy buen trabajo, y que no quería perderlo. Que aunque el sueldo no era tan bueno, tampoco era malo, pero lo mejor de todo era la posibilidad de crecer.

La segunda pregunta fue: ¿qué loción usas?

Me dijo que ninguna.

Y luego agregó un triste: ¿por qué?

Fue cuando me di cuenta de que este tipo es de cuidado. No hay que confiar en él. Habrá tal vez que hacerle caso a la voz interior, aunque sigue quedando claro que no lo quiero para padre de mis hijos.

Joaquín: Efectivamente, me pusieron Joaquín porque el pleito entre mi madre y mi padre por mi nombre fue tan descomunal, que el cura que me bautizó decidió por fin ponerme Joaquín, como su padre. ¡Fíjense nomás qué cosas! Ahora resulta que me llamo como el padre de un cura que no volví a ver. Y como el parecido con mi papá es asombroso, pues me dicen Alberto.

Ella me veía con ojos escamados. No me creía mucho lo que le estaba diciendo, todo ese rollo sobre mi nombre, así que le tuve que inventar que tenía un jefe que me acosaba sexualmente.

Eso como que da caché con las mujeres, porque se empiezan a preguntar por qué un tipo va a acosar a otro. ¿Será que ya le vio el miembro en el baño? También hay el mito de que los gays tienen mejor gusto que las mismísimas mujeres. Platicamos de lo crueles que son los homosexuales para eso de la belleza física, o más bien de la fealdad. ¡Verás muchas mujeres bellas emparejadas con batos medio feos! ¡Pero nunca un gay guapo con uno feo!

Ella me vio, y así, aparentemente sin pensarlo, pero por supuesto que muy meditado, me soltó la pregunta: ¿eres gay?

La reacción natural es soltar la risa. Si es que hay una reacción natural a una pregunta tan infrecuente. Porque esas cosas, de acuerdo a la moral y las buenas costumbres, no se preguntan. El caso es que no me reí.

Muy serio le dije que no.

Y ella entonces me creyó, y le brillaron los ojos. Me gustaría que le hubieran brillado de amor, pero no. Bueno, la verdad es que no es cierto, esa es otra de mis mentiras. Pero sí relajó la mirada. Me puse de mucho mejor humor. Me distrajo la araña que bajaba a poner sus huevos sobre la cabeza de ella. Me puso alerta, me hizo,

instintivamente, pasar la mano sobre su mollera y darle en la madre a la arañita que la asolaba... Es un decir.

Ella me preguntó sobre mi loción.

Soy alérgico, me salen grandes ronchas, pero otra vez vi cómo volvía la incredulidad a su mirada.

Me contó que era actriz, y allí si no le creí nada, aunque luego me dijo que de teatro, y yo he ido cuando mucho tres veces al teatro en mi vida.

¿No haces cine? ¿Televisión? ¿Radionovelas?

Había un mecánico que todas las tardes escuchaba una radionovela que se llamaba “Arroyo de sangre”. Diosdado Aldaco, se llamaba, y yo recordaba como Diosdado no le hacía caso a quien osara llegar al taller a la hora de la radionovela. Yo iba con mi padre, en las tardes, que era a la hora que él podía ir. Pero Diosdado estaba ido, y nunca le resolvía nada. De lo poco que me acuerdo, es de la voz del narrador, y de la protagonista. Sofía podría tener esa voz.

Le pregunté sobre “Arroyo de sangre”.

¿Qué?

Sí, ¿de casualidad no trabajaste allí?

Y me di cuenta que, a menos que Sofía hubiera empezado muy joven como actriz, sería imposible que fuera ella.

Los que hacen las radionovelas también son actores o actrices, ¿no?

Sí, me dijo, pero ya no se hacen. ¿Quién va a querer escuchar radionovelas? Se burló un poco.

Los viejos, dije. Diosdado Aldaco, el mecánico del que te platicué.

Pero resulta que no le había platicado nada. Tal vez si yo le hubiera contado todo lo que esa historia cursi transmitida por un radio viejo, con fidelidad cuestionable, causaba en un grupo de hombres recios y reacios al amor en la vida, se hubiera entusiasmado por hacer una radionovela. Pero en lugar de eso, se burló de mí, asegurándome que lo que había hecho mucho, eran fotonovelas.

Mejor cuéntame por qué hueles así, me dijo.

Nunca nadie me había dicho que olía bien. A decir verdad tampoco me dicen que huelo mal. Mi olor es tan indiferente que pocas veces reparo en él.

Pero ella insistía en mi gran aroma, y yo le insistía que si alguien me rozaba la mano y me transfería una partícula de perfume, me podría enronchar. No se me cerraba la garganta, ni nada de esas cosas macabras, pero una vez mi hermano, enojado, me echó unas gotas de su loción, y...

Ella insistía tanto, que llegué a la conclusión que lo que olía bonito, era el interior de las fosas nasales de Sofía.

A ver, a ver, ¿entonces se supone que cada vez que estornudas, rocías de aromas bellas por todos lados?

Ella me aseguraba que, nada más entré yo al vagón del tren, y la fragancia la inundó. De plano me confesó que la excitó tanto, que aunque yo estuviera feo, ella se hubiera ido a la cama conmigo. No supe si tomarlo como un elogio, o como una ofensa. Pero sentí bonito. No amor, insisto, pero sí algo especial. Para entonces ya estábamos muy cerca de Navojoa.

¿Y si nos bajamos en Navojoa? Le propuse súbitamente, sin pensarlo, por supuesto. Ella iba dizque a una audición con Mel Gibson, para el personaje femenino principal. ¡Con más razón quería bajarme en Navojoa! Imagínense, si lograba lo que todos estamos pensando, nadie me lo iba a creer en unos años.

Sofía: ¿En Navojoa? ¿Qué hay en Navojoa?

Joaquín: Pues... hay un estadio de béisbol... Y algunos restaurantes... y hoteles.

Sofía: Eso hay desde San Quintín, hasta Mérida. ¡En todas partes!

Joaquín: ¿Qué te gustaría que hubiera?

Sofía: Pues... Por supuesto que un teatro.

Joaquín: ¡Hay una casa de la cultura!

Sofía: ¡Y seguramente también hay una catedral!

Joaquín: Está la laguna de Náinari... ¡Y entonces me lo soltó así como cuando me preguntó que si era gay!

Sofía: ¿Quieres coger?

Cuarto de un hotel de paso

Sofía: Aquí no es Navojoa. Aquí es Mazatlán. Nos fuimos de paso. Terminamos aquí porque se nos pasó una ciudad, y otra, y otra, y aunque las ganas de coger, esas sí no se nos pasaron, decidimos, por fin, bajarnos aquí. Él ya estaba muy cerca de su destino, y a mí me faltaba más de la mitad. Hacía mucho calor, de los dos calores, pero era claro que ambos calores con un vaso de agua fría se quitaban. A menos que viniera el amor a echarlo todo a perder. Pero a mí me cuesta mucho enamorarme de dos al mismo tiempo, y en ese momento, mi gran amor sin duda era Mel Gibson. ¡La verdad es que el aroma de este cabrón me traía muy estúpida, y la otra verdad es que yo no soy muy fanática de los viejitos. Así que Mel era nada más interés profesional.

Reconozco que lo más que me gustaba de Joaquín era su aroma. Me refiero a lo corporal, a lo verdaderamente animal, porque por otro lado también fue amable. Hubiera estado muy bien que tuviera un poquito más de sentido del humor, pero no se puede todo en la vida. Es bueno para el sexo, tampoco nada del otro mundo, y pasó algo que les tengo que contar, que es casi mágico:

Cuando estaba con Aníbal, del que no les he contado mucho, porque hasta la fecha me duele hablar de él, resulta que por las noches, en su casa cuando daban las 11:56 pm, sonaba una alarma de reloj. Muy despacito. El papá de Aníbal fue relojero, un tipazo, el viejo, y entonces en esa casa iban y venían los relojes.

Un día, Aníbal llegó con una bolsa de relojes que le regaló su papá. Relojes Casio, de esos de batalla, nada del otro mundo. Por lo tanto, Aníbal guardó la bolsa en quién sabe dónde. El caso es que todas las noches una de las alarmas sonaba a esa hora: Las 11:56. A veces, en plena acción sexual, sonaba la alarma, y nos daba risa. Aníbal prometía que iba a buscar la bolsa de relojes para desactivar la alarma, pero la verdad es que no era molesto... ni tampoco buscó nunca la bolsa...

Hasta que aquello se acabó. Me refiero a la relación. Valió madres por situaciones que no voy a contar ahorita. Sobra decir que

cuando estaba bien con Aníbal, yo me sentía muy segura. A tal grado, que cuando ya no estaba con él, y tenía miedo, juro que, a las 11:56 pm escuchaba una alarma de reloj igualita a la de la casa de Aníbal... ¡De veras! Suena muy fantástico, y lo es. Una vez me pasó en el centro de Tijuana. Me equivoqué y me bajé del taxi en un lugar que no era. Ya era muy tarde, así que tuve que caminar para llegar a la avenida Revolución y así poder tomar otro taxi. Pero cuando me faltaban un par de cuadras para llegar, en la esquina había cuatro cabrones metiéndose quién sabe qué cosas en el cuerpo. Se veían malandros. Estaban muy acelerados. Yo no tenía otra opción más que pasar por allí, o regresarme por donde venía, aunque esa posibilidad se esfumó rápidamente porque me vieron de lejos.

Dos de ellos empezaron a caminar hacia mí. De pronto me detuve. Paralizada. Sin siquiera parpadear. Llegaron hacia donde yo estaba, y uno de ellos me dijo: ¿Qué traes, morra, te podemos servir en algo?

Y en ese momento, empecé a escuchar la alarma.

¿Me puedes dar la hora?, dije sin titubear.

Van a ser las doce.

¡Exactamente, cabrón!, le reclamé.

El otro se empezó a reír por lo bajo.

¿Y tú de que vergas te ríes? ¡Ayúdale a este imbécil!

Ya, pues, ya. Relájate, morra, son las 11:56...

¡Pues a chingar a su madre, que ya es muy tarde!

¡Y los malandros se hicieron a un lado! Estaban totalmente desconcertados.

Todavía me faltaban dos por librar, pero esos ya nada más me voltearon a ver. ¡Ni un solo comentario! Llegué sin problemas a mi casa. También llegué sin sustos, tranquila.

Pues esa chingadera se me activa cuando tengo miedo, o cuando voy a tener miedo y todavía no lo sé. Y con la novedad que se activó esa alarma en Mazatlán.

Habíamos pasado una travesía para llegar al hotel.

¿Y por qué de paso?, le pregunté a Joaquín.

Pues porque no hay de otros.

Al principio no nos querían dejar entrar, porque para empezar, veníamos a pie, y para terminar, traíamos maletas. Y al final, ya se relajaron, y hasta pudimos negociar que nos rentaran por más tiempo el cuarto. Doce horas. Entre el cansancio, la calentura, el aroma hermosa de Joaquín, y el temor de tener sexo con una persona por primera vez, se nos fue el tiempo volando.

Ni siquiera desayunamos. Planeamos que al día siguiente, yo me iba a la estación de tren a seguir mi viaje, y él a la de autobús para irse a Guadalajara. Amanecemos de muy buen humor. El buen amor provoca buen humor. Y nos dimos cuenta que no habíamos intercambiado datos. ¡Qué curioso! ¡Intercambiamos fluidos, pero no números telefónicos!

¿Sabes que siempre supe que la Laguna de Náinari no está en Navojoa, sino en Ciudad Obregón?

Joaquín: ¿Y logré impresionarte?

Sofía: Más impresionada que con tu aroma, imposible. ¿Me vas a decir?

Joaquín: ¿Qué?

Sofía: El perfume.

Joaquín: (*Vacía la maleta*) Mira. No hay perfume, ni siquiera un triste desodorante.

Sofía: Pues entonces yo estoy loca.

Joaquín: Pues tal vez.

Sofía: ¡En la madre! ¿Escuchas?

Joaquín: No.

Sofía: Es una alarma.

Joaquín: Ni escucho alarmas, ni huelo aromas de otro planeta.

Sofía: ¡Bueno, ya vámonos! ¿Qué hora es?

Joaquín: Las 11:56.

Da igual Navojoa, Los Mochis o Culiacán. Incluso en el mismo tren, si fuera uno de esos antiguos, con dormitorios. Pero fue en Mazatlán. En la perfecta manifestación del sofoco. Es increíble cómo una acción tan sublime con el sexo —y no hablo de amor—, se llena de una cotidianidad pasmosa que apunta a una relación estable, porque pues había que conseguir un hotel, y ella quería uno de lujo, no uno de paso. Mi padre decía que para la luna de miel,

había que conseguir el mejor hotel, más que la mejor playa, porque es en el cuarto de hotel donde uno se la pasa todo el tiempo. ¡Pero esto tampoco era una luna de miel! ¡Y luego ella queriendo saber a cada instante a qué huelo!

Llegamos muy noche y el taxi nos dejó en el malecón.

Antes el taxista me dio dos o tres recomendaciones de hospedaje.

Me dijo que me fijara muy bien en las condiciones del abanico de techo de la recepción. Y que eso me daría una idea de cómo estaban los cuartos.

Siempre va a estar peor el de los cuartos que el del *lobby*. Ya si este está muy jodido, yo le recomiendo que no llegue.

A esas alturas poco me interesaban los abanicos. Lo que yo quería era donde posarme con Sofía, y luego dormir. Dos hoteles estaban llenos, y el otro era muy caro para los efectos de uso que le íbamos a dar.

Entonces lo que usted busca es un hotel mugriento, me dijo el tipo del hotel caro.

No.

Uno de paso.

Sí, como todos los hoteles.

Qué gracioso.

Barato, de paso, pero no mugriento.

Caminamos por una lomita para llegar a una especie de hotel-hostal. Lo de hostal era el pretexto para darle un maquillaje de posada decente, pero el jabón en el baño los delataba. También tenía una opción de luz de color morado, que le daba un toque seductor, supongo, pero desagradable para la pupila. Tal vez era una manera de obligar a los amantes a cerrar los ojos, para que la actividad sexual pareciera provocada por el amor. Que uno descubra que el amante cierre los ojos, da una sensación de seguridad. Falsa, eso sí, porque para imaginar otros escenarios amorosos, con otros protagonistas, basta justamente con eso, con cerrar los ojos.

¿A qué hueles? Me dijo.

Yo ya no le contesté. En el hostal se les hizo sospechoso que llegáramos caminando y con maletas.

No son de aquí, ¿verdad?, me preguntó el recepcionista-guardia-conserje.

Si fuéramos de aquí no buscaríamos un hotel, le contesté.

Mi respuesta me parecía realmente brillante, pero él sonrió con ganas de preguntarme si me acababa de caer de la cama.

Bueno, a lo que me refiero es que nadie busca un hotel en su ciudad con maletas en mano.

Me dijo que a más tardar nos teníamos que salir a las cuatro de la mañana. Que si estábamos conscientes de eso.

Yo quería salir a las doce del día, por lo menos.

Él me dijo que entonces tenía que pagar tres veces, porque me aseguró que doce entre cuatro era tres.

De todos modos, pagando eso, me salía más barato que en el hotel en donde el recepcionista se ofendió.

Te pago el doble por las doce horas, porque además aquí en la recepción no tienes abanico de techo, y no puedo saber la calidad de tus habitaciones.

No sé si lo de los abanicos en los techos sea un código común en Mazatlán, porque el tipo accedió a cobrar dos por tres sin alegar más. Nos dio instrucciones precisas y de memoria: aquí tienen dos toallas el agua caliente está del lado izquierdo no está permitido poner música ni siquiera bajita la luz morada es el último apagador del lado izquierdo el control de la televisión está en el cajón de abajo del buró el *jacuzzi* está fuera de servicio si quieren ver una película tienen que pagar por ella porque sólo son gratis las de Golden Choice y no se permite que entren más de dos personas.

Lo que me quedó claro, es que en Mazatlán no son muy amantes de los tríos. El tipo preguntó tres veces prácticamente sin respirar si teníamos alguna duda. Como que le urgía que ya nos retiráramos a nuestros recién rentados aposentos.

Sofía se veía también cansada, pero alerta, con unos ojos como de plato, y las aletas de las fosas nasales en una actividad constante. A mí me empezó a embargar cierta emoción. Ella me gustaba mucho, y el inminente sexo que me esperaba me hizo que temblara un poquito, y que no pudiera abrir la puerta del cuarto.

¿Tú gritas mucho? Me preguntó Sofía.

Pues así de que salga a gritar cada cierto tiempo a la calle, o a la plaza, o al campo, pues no.

Ella se rió. Me gustaba que se riera. Manifestó preocupación por la prohibición de poner música. Y entonces yo le devolví la pregunta:

¿Gritas mucho?

No sé, me dijo, porque nunca me oigo en esos momentos.

¿Entonces eres de las que cierran los ojos? Porque si es así, la luz morada no va a ser necesaria.

Entramos. Ella se fue directo al baño, me senté en la cama. Vi la tele, y sin prenderla, pensé si Golden Choice sería suficiente para excitar a los amantes constantes... o a los añejos. Esa noche yo no iba a necesitar absolutamente nada, a pesar del cansancio. Prendió la regadera, y me pregunté si ese era el momento apropiado para meterme yo también a bañar, pero pensé que no era muy buena idea esta cosa de meterte a bañar con alguien, cuando no has tenido sexo con ella. Como que el baño en pareja es para viejos conocidos.

Y entonces el pensamiento me jugó una mala pasada, y me fui a otros lugares, a otros tiempos, con otras personas, pensando en otras primeras veces, hasta que la presencia de Sofía me trajo a la realidad: Mazatlán, en un hotel de paso rascuache. Ella estaba recién bañada, con el pelo todavía mojado, en pijama.

Sofía: ¿Te decepcioné?

Joaquín: ¿Por qué?

Sofía: Porque me esperabas en negligé. O por lo menos en calzones.

Joaquín: En realidad la esperaba sin calzones, pero a esas alturas de la relación, como fuera.

Me voy a bañar, le dije. Ella se interpuso.

Sofía: ¡Hueles delicioso!

Joaquín: Me empezaba a preocupar esa enfermedad que tenía metida en la nariz.

Voy a oler mejor si me baño. Además, me voy a sentir como más... como más...

Sofía: ¿Dispuesto?

Joaquín: Más echado pa' delante. Eso lo pensé. Pero en realidad dije que iba a sentirme más seguro de mí mismo.

¿Más dueño de la situación?

Sofía: Como que el tipo habla correcto, pero antinatural.

Joaquín: Busco las palabras. Es una tradición familiar.

Sofía: ¿No estaría mejor que de vez en cuando dijera *verga*?

Joaquín: ¡Puros putos miedos escondidos tras la corrección fingida! ¿Y si hoy me desfogo?

Sofía: A la mañana siguiente me confesó, veladamente como es que esa noche se desfogó.

Joaquín: Fue una relación sexual hermosa.

Sofía: Fue una cogida bonita.

Joaquín: Tímida, por ser la primera vez, pero luego nos soltamos.

Sofía: Lo bueno es que somos adultos, y aunque empezamos chiveados, después le dimos vuelo a la hilacha.

Joaquín: Me hubiera gustado hacer alguna locura, pero me dio pudor.

Sofía: Eso sí, una hilacha muy decente. Casi llegamos al sexo oral.

Joaquín: Y luego nos quedamos abrazados, como sin fuéramos viejos amantes.

Sofía: Y luego yo me acurruqué con él.

Joaquín: ¿Hasta dónde debes de mostrar confianza en la mañana siguiente de una noche sexual con una mujer que conociste en un tren? Porque la confianza dice muchas cosas. La confianza genera un placer *dis-gustoso*. Y la desconfianza también. Estamos en ese momento en el que ni para atrás ni para adelante.

¿Y por qué me imaginaste como Francisco?

Sofía: Ni duda que hablaba raro, para ser un licenciaducho en administración de empresas. ¿Será gerente de la Coppel?

No te imaginé como Francisco, sólo fue el primer nombre que se me vino a la cabeza.

Joaquín: ¿Eres muy religiosa?

Sofía: Es clarísimo que las muy religiosas, solemos hablar de Francisco cuando cogemos en un hotel de paso de Mazatlán con un güey que acabamos de conocer en el tren, y que huele delicioso.

Sí. Por eso lo de Francisco.

Joaquín: Pero yo podría ser un psicópata.

Sofía: Son los calvarios que nos toca vivir a las muy católicas como yo.

Le quería decir que yo pensaba que los psicópatas también tienen su corazoncito, pero podría entonces parecer yo la desquiciada.

Joaquín: Ya dime.

Sofía: ¿Qué?

Joaquín: ¿Sigo oliendo bien?

Sofía: Sí...

Joaquín: ¿Tu idea de oler bien no es el olor a incienso? ¿O el aliento a vino del cura? Eso le quise decir, pero ya hubiera sido, además de descortés, desequilibrante... O no... Mejor sin preguntas:

Es el mejor halago que me han hecho.

Sofía: Sí...

Joaquín: Tengo muy buen olfato, pero yo no percibo nada.

Sofía: Será un bonito recuerdo.

Joaquín: ¿Y el acostón?

Sofía: ¿Qué tiene?

Joaquín: Nada...

Sofía: Estuvo bien.

Joaquín: Mmm.

Sofía: ¿Por qué le dices acostón, y no... digamos... cogida.

Se quedó mudo.

Sofía: ¿Te decepciona?

Decidió no decir nada. Como que sentíamos la obligación de hablar de lo que había pasado. En realidad no fue nada espectacular la cogida, pero tampoco estuvo mal. Lo necesario.

Joaquín: ¿Qué le digo? Porque así que digas tú, que maravilla de sexo, pues no.

Sofía: Yo te voy a recordar por tu olor. ¿Y tú?

Joaquín: Por la mujer misteriosa del tren con la que pasé una noche en el *bungalow* mazatleco... ¿De qué te ríes?

¡Como una verdadera desquiciada, así se puso con mi frase! Pinche pensamiento, me volvió a traicionar.

Tienes que revisarte la pituitaria. ¡Porque yo a veces huelo a mierda!

Sofía: La pituitaria es una glándula que tenemos en el cerebro que tiene que ver con lo que olemos. Esa despedida era perfecta. Y de pronto, ¡una alarma de reloj!

¡En la madre! ¿Escuchas?

Joaquín: No.

Sofía: Es una alarma.

Joaquín: Ni escucho alarmas, ni huelo aromas de otro planeta.

Sofía: ¡Bueno, ya vámonos! ¿Qué hora es?

Joaquín: Son casi las doce.

Sofía: ¡Exactamente!

Joaquín: Las 11:56.

El camino hacia donde no nos volveremos a ver

Sofía: El camino se veía diferente a la noche anterior. Tal vez era la noche, o la urgencia de tener sexo con mi novio oloroso de una noche llamado Joaquín, pero que en realidad yo le había puesto Francisco. Él se quedó un poco atrás. ¿Me quería ver de lejos? ¿Me quería ver las nalgas? La actriz que haga mi vida, tiene que ser nalgona, como yo. Eso será para un biodrama, porque hay que reconocer que mi vida es intensa e interesante.

¿Qué ves?

No oigo, me contestó.

No oyes, pero ves, y eso será suficiente.

Me desespero cuando no oigo, me dijo, mientras me alcanzaba. Pienso que sí deberíamos tener la posibilidad de comunicarnos, de saber el uno del otro. Me gustaría saber cómo te va con Mel Gibson. Me gustaría verte en el cine, me gustaría ver la película contigo, aunque ya sé que vas a estar rodeada de felicidad.

Y entonces allí estoy, pensando en que si la felicidad de la actuación es tan efímera e intensa como la felicidad del orgasmo.

Distintas, diría Joaquín Francisco.

Pero no dijo nada porque no le pregunté. El pudor del poscoito me frenó. El cuerpo es sabio, porque a pesar de haber sido manoseado por prácticamente un extraño, se refugia en el pudor para pintar la raya con el invasor.

Alargué los pasos para quedar otra vez frente a él. Mientras seguíamos caminando para llegar a una avenida principal de Mazatlán. La vida que le daba la mañana a la colonia, reveló que era de mala muerte. Así que yo prefería ir adelante.

Joaquín: ¿Por qué se adelanta?

Sofía: ¿Por qué se queda atrás? Lo veo por el olor. Temo que me estoy volviendo loca. O cuerda. Percibo una transformación que no estoy segura si debo dejar que llegue. Debo de pensar, en cuanto lleguemos a una calle principal —¡Carajo!, ¿cuántas calles principales tiene Mazatlán?— y cada quien tome su taxi, en lo que le voy a mostrar a Mel Gibson.

Debo de pensar que todo esto que me sucedió antes de llegar a Mérida, es una premonición de que, después de conocer a Mel Gibson, mi vida ya no será igual.

Será lo suficientemente sensible para entender la emoción de mis poros al generar una liminalidad absoluta. Eso no se lo puedo decir a Joaquín, porque no habría tiempo para explicárselo: ¿qué piensas de la liminalidad absoluta?

¿Mande?

¡Lo que ya sabía que iba a pasar! ¡Se aturdió!

Joaquín: Yo creo que sí está loca. Tengo que contestarle una pregunta que ni siquiera sé a qué campo se refiere.

¿Es una pregunta de filosofía o de ingeniería civil?

Su rostro mostró decepción disfrazada de no-importa-no-te-preocupes-tú-no-tienes-la-culpa-de-moverte-en-el-limitado-mundo-de-las finanzas.

Las finanzas, aunque no lo creas tienen su complejidad. Por ejemplo, ¿cuánto te va a cobrar el taxi de la calle principal a la estación de tren?

Sofía: ¡Definitivamente su aroma lo salvaba! Y ya iba siendo hora de que pusiera en una balanza ese olor perfecto, con la idea de que era administrador de empresas.

Joaquín: Creo que la impresioné. Porque ya no dijo nada en todo el camino. Se subió a un taxi. Yo me quedé aturdido durante unos minutos, y luego pensé que podría quedarme un día más en Mazatlán. En ese mismo hotel, en nuestro *bungalow*.

Sofía: El tipo sí está bien pirata. Alcancé a ver cómo se regresaba, y subía caminando por la calle. ¿Se le olvidó algo?

Joaquín: Tuve la sensación de que había olvidado algo en el hotelucho de paso, por eso volví, sólo para enterarme de que no, en lo absoluto. Así que renté el mismo cuarto y me metí a la cama, entre sábanas sucias, películas porno-*light* y una luz que acentuaba mi deseo de salir corriendo a buscarla al aeropuerto, librar todos los filtros, y lograr subir al avión sin pase de abordar, para gritarle enfrente de todos:

Sofía, ¡te amo, aunque tu pituitaria no te funcione!

Pero no.

Esto no era una película, y además ella se iba a ir en tren, no en avión.

Así que me dormí.

Sofía: Creo que el tipo no me merecía. Nunca valoró el alboroto que provocaba en mis fosas nasales. Así que llegué a la estación de tren, esperé más de la cuenta, me subí finalmente, y recargué mi cabeza, que me punzaba.

¡Es hora de tirar a la basura las últimas treinta y tantas horas de mi vida! ¡Ahora sólo está en mi horizonte Mel Gibson!

Mel Gibson y Mérida

Sofía: ¡Ya llegué!

Nadie me volteo a ver.

¿Dónde está Mel Gibson?

Inmediatamente se me acercaron dos tipos como de dos metros y con cara de pocos amigos.

¡Go away!

Soy actriz.

¡Go away!

Grité con toda la fuerza de mis pulmones.

¡Soy actriz! ¡Vengo a ver a Mel Gibson!

Ellos se paralizaron. Debíó de haber sido mi inglés, porque parpadearon extrañamente.

¿What is your surname?

Eso a ti no te importa, quiero ver a Mel.

Si les importaba, porque no me dejaron en paz, hasta que verificaron en una lista que estuviera mi nombre. La lista era muy larga. En el inter, puedo contarles que llegué con bien a Mérida. No hubo ningún otro oloroso que se haya atravesado en mi camino. No pude conocer Mérida porque inmediatamente me subí a un autobús lleno de mujeres como yo. Hasta paradas iban. Todas a la audición con Mel Gibson.

¿Eres actriz? Me preguntó una.

La duda ofende.

Es que parece, me dijo.

En este caso, la duda halaga. Todas aquí somos actrices, seguramente.

No, me dijo, yo no. Yo voy porque también andan buscando asistentes para el Sr. Gibson.

¿Y hablas inglés?

¿Será necesario? Lo preguntó en serio.

Yo tenía dos opciones, o la ilusionaba más, o la seguía hundiendo. Adivinen cuál escogí.

¿Estudiaste cine?

¿También era necesario?

Mira, no es por desilusionarte, pero no creo que tengas ninguna posibilidad.

¿Tú estudiaste cine?, me soltó la pregunta con actitud de “a ver, a ver, ¿cómo vas a salir de esta?”.

No...

¿Hablas inglés? El sopor se acentuó. El calor del exterior aunado al amontonamiento de mujeres ilusionadas por trabajar con el gringo pendejo-millonario ese, quemaba la garganta. Me mareé levemente, y apenas alcancé a contestar que no era necesario, que lo que querían era que habláramos en español. Pero que de todos modos yo sí hablaba inglés. Con acento mexicano... pero hablaba.

¿Y cómo sabes que no van a querer que también las asistentes hablen español? A lo mejor Mel quiere practicar su español.

El argumento me dejó muda. ¿Qué podría contestar ante una contundencia tan pendeja? Nada más asentí, soltando un “mmm” muy sereno. Con ese calor, con esos olores, no se me antojaba mucho debatir sobre el español de Mel Gibson.

Y tú no eres de por aquí, ¿verdad?

¿Y tú sí?

De Veracruz.

Y entonces empezó a hablar de ella, y de su pasado, y de todo lo que tuvo que pasar para llegar a ver a Mel Gibson. Me puse en modo “amable, pero me importa un pito”. Esto es, con una sonrisa congelada, asintiendo aproximadamente cada treinta segundos, y cerrando los oídos de tal manera que su voz era sólo un ruidito. Empecé a quedarme dormida. Entre el arrullo de la plática intensa de la veracruzana, lo mal dormida que venía por la aventura con mi hombre oloroso, y el calor del camión, pues ya no supe en qué momento se me cerraron los ojos.

¡Y entonces el guarura nos gritó que nos moviéramos! Salió un gaycito y nos observó en la fila. Creo que esa era otra selección. Ya la selección en vivo, porque esto era un *pre-callback*, que porque no se podía juzgar el talento en una fotografía. El gaycito, prepotente,

como todos los gaycitos del mundo del espectáculo, sólo nos veía, y levantaba un dedito. Una asistente tomaba nota, y seguía de paso. Se detuvo conmigo, me señaló, y se fue.

¡Oiga, señor!, ¿qué significa eso?

Volteó a verme como si yo fuera una reclusa que se hubiera salido de la fila, y se acercó, amenazante. Y la asistente, detrás de él, con cara de “ya-sacaste-boleto-morra-pendeja”. Él llegó hasta mí.

¿Qué dijiste?

¿Qué significa esto? Y le paré el dedito.

Hizo una pausa, me miró de arriba a abajo, y me dijo:

Eso significa... que tu carrera... está ¡a-ca-ba-da!

Se podía escuchar el sonido de las alas de las moscas que estaban alrededor.

Pe, u, te, o.

¿Qué dijiste?

Pe, u, te, o.

El gaycito se empezó a encender, la cara se le puso colorada, y tronó los dedos. Llegó un gringo de dos metros. El gaycito le peló unos ojos, que fueron suficientes para que el gringote me dijera algo en inglés. No entendí muy bien, así que el tipo me señaló la salida. La asistente empezó a revisar sus apuntes, cuando el gringote me agarró del brazo para sacarme.

¿Cómo te llamas? Me preguntó la asistente.

Sofía Morales.

¡Y entonces sucedió el milagro! Algo le dijo la asistente al gaycito, el gaycito le dijo algo al gringote, se echaron otra ronda de dimes y diretes, hasta que el gaycito se fue muy ofendido. El gringote corrió atrás de él, y la asistente me dijo:

No te vayas a mover de allí. Entonces se acercó la veracruzana y me dijo:

¿Cómo se me hace que ese gringo anda en artes amatorias con el pe, u, te, o! Y luego se fue. No la volví a ver. Seguramente no la contrataron.

El milagro se remite solamente a que no me sacaron a patadas de allí, porque me tuvieron formada cerca de tres horas más. Yo me

caía de sueño, así que terminé sentándome en el rayo del sol. El maquillaje se me estaba corriendo, la garganta estaba seca, pastosa, y yo tenía unas ganas de salir corriendo y de tomarle la palabra al gaycito de que mi carrera estaba a-ca-ba-da, y regresarme en ese momento a mi casa. Pero tampoco estaba muy segura de tener fuerzas para eso. Y todavía faltaban como treinta morras más para llegar a mi encuentro con Mel.

¡Sofía Morales!

¡El segundo milagro del día!

La asistente del gaycito gritó desde la puerta del edificio-objetivo. Grito como si no supiera que era yo. Y sí, se hizo pendeja cuando llegué a ella.

¿Tú eres Sofía Morales?

¿Y tú quién eres?

¿Qué?

¡Sí! Te la has llevado preguntando mi nombre, pero pura madre me dices quién eres!

¡Pues fíjate que no tengo que decirte mi nombre! Para entonces la asistente ya estaba muy encabronada.

¡Pues fíjate que a mí me vale madre tu nombre!

¿Y entonces para qué me preguntaste?

¡Pues nomás!, para joder, seguramente!

Me metió al edificio. Era un foro de cine bastante grande. Todo el diseño de arte parecía una selva, como del tiempo de los mayas. ¡El lugar era hermoso! ¡Y mira estos cabrones! Todavía no elegían a la protagonista, y ya tenían todo el escenario! ¡Hermoso, de verdad!, con una profundidad exquisita! Y eso que estaba medio oscuro, ¡imagínense cuando estuviera iluminado! Si yo iba a ser la coprotagonista, tenía derecho a explorar mis escenarios. Así que le pregunté a la asistente:

¿Y va a ser antes o después?

¿De qué?

Esta asistente, si no se quisiera hacer la prepotente, podría ser más eficiente.

Ubicarme en el espacio; explorar con mis sentidos la dimensión de la teatralidad; reconocer cada partícula de vida para transformarla en vida en movimiento.

La pinche asistente se quedó muda. No supo qué decir, no supo qué hacer. Hasta que le dije:

¿Te gustaría que en los créditos finales saliera tu nombre antes de la frase: “Miss Morales asistent”?

Y entonces le entró la bipolaridad paranoica:

¡Estás pendeja!... Aunque no es mala idea... ¡Yo ya tengo a quién asistir!... Aunque podría pedir mi cambio.

Y entonces como que se dio cuenta que estaba diciendo puras estupideces, porque muy suavcito me dijo:

¿Por qué no esperamos a que te den el personaje?

La volteé a ver, fijamente, y le sorrajé la frase:

¡Que de eso no te quede la menor duda, mamacita!

Creo que ya me estaba volviendo una diva de verdad, porque en mi puta vida le había dicho a alguien “mamacita”. Es más, ni a mi santa madre le había dicho así.

Por si las dudas, me metí en esa selva maya de mil quinientos y tantos. La asistente ni se percató, o ese espacio no era para ella, porque aquello me transformó, como cuando Hans-Thies Lehmann se posesionó de mí. Y entonces me quedé parada en la mitad de la nada, y al mismo tiempo en el todo constructo. Caminé lentamente, sintiendo la suave rudeza del calor en mi rostro, que bajó hacia mi útero. Y el olor de ese desconocido de nuevo, revolucionado por mi pituitaria. ¡Mi llegada a la gloria! De pronto, se abrió un follaje, para dar paso a la consabida y utópica laguna, con una cascada en el fondo, y con un sol caliente, pero que no quemaba. Caminé hacia allá, algunas mariposas revolotearon, algunos saltamontes me saludaron. Allí estaba Mel Gibson. Encantador, a pesar de sus sesenta y cuatro años. Recostado sobre el pasto. Semidesnudo. Bueno, en realidad, no, pero así lo vio mi imaginación en una primera vista. Volteó y me sonrió. El gaycito llegó corriendo. Le dijo algo en inglés:

Is everything okay, sir?

Yes. Go away.

Are you sure?

Yes, I'm sure.

Todo eso quiere decir que Mel pidió que el gaycito se fuera, lo que se resume a que nos quedamos solos.

You speak English?

Sure.

Ok.

Can you do impro?

¿Me pidió que improvisara? ¿Mel Gibson me pidió que improvisara? ¡Las once cincuenta y seis! ¡Empezó la alarma a sonar! Sin duda estaba fortalecida... Así que a trabajar.

Of course, le contesté, y aquí te voy. Me paré frente a él, con la cascada de fondo, y permanecí en el espacio... Así nada más... Seguramente Hans-Thies Lehmann estaría orgulloso de mí. Recordé uno de los ejercicios que había tomado en un taller sobre la técnica... sobre ese método... Un aplauso, y la palabra que me provocaba el mismo: Día. Otro aplauso... hierba... otro aplauso... brisa... Me interrumpió Mel:

Can you say it in English?

¡Me interrumpió este pendejo! ¿Qué le pasa? Sin dejar de verlo, moví mi cabeza hacia el lado derecho, como perrito que entra en trance amoroso con su dueño.

Aplauso... *Day*... aplauso... *grass*... aplauso... *breeze*... Y luego, no sé si fue la presencia de Mel Gibson, o la escenografía, o que en ese momento había logrado la compenetración perfecta, que logré que mi tobillo temblara. La sensación era intensa. Primero fue el tobillo, luego la cadera, después un omóplato... el izquierdo. Porque no es lo mismo que tiemble el izquierdo que el derecho. Mister Gibson me seguía observando. De pronto sacó una bolsita de pistaches, y empezó a comerlos, escupiendo la cáscara y encendéndola con perfecta puntería en un pequeño bote de basura a su lado. ¡Estrategias para ponerme a prueba!

Y entonces mandé esa energía que había generado, desde mi tobillo, hasta mi pituitaria. Había que mencionar cada punto que tocara, la experiencia había que hacerla posdramática:

Ankle... aplauso... elkna.

Shin... aplauso... Nihs.

Knee... aplauso... Eenk.

Thigh... aplauso... Hgiht.

Hip... aplauso... Pih.

Waist... aplauso... Tsiaw.

Enough!... Can you start now?

¡Justo fue en el *stomach* en donde me detuvo, el hijo de su puta madre!

¡Ya había empezado, pendejo!, le grite.

Sorry, I don't speak Spanish.

Y de pronto, las sensaciones provocadas por mi energía manejada a través de las evocaciones, hicieron que se me salieran las lágrimas. Entonces Mel ya puso atención. ¡Yo era una actriz que lloraba en escena!

¡Bravo, bravo, bravo!, gritaba Gibson, ya parado.

El gaycito llegó casi corriendo.

It's ok, man, le dijo Mel.

Y entonces Mel, por primera vez, empezó a explicarme quién era el personaje. Una mujer joven, enamorada de un anciano por su sabiduría, que dejaba a su familia en la gran ciudad, para encontrarse consigo misma, y poder descifrar los enigmas de la vida. ¡Qué gran idea! Y entonces llora, porque ha consumado su amor y la emoción la hace temblar.

I can shake my hips, le dije. Y no nada más mi cadera, también puedo hacer que el bazo se convulsione, y que el hígado se crispe.

No lo impresioné. Me preguntó que eso para qué servía. Me dijo que en todo caso, para hacer la película no iban a utilizar una cámara de laparoscopia. Así que no me servía de nada.

¿Y tu personaje se muere al final? Le pregunté.

Por supuesto que no.

¡Qué lástima! Eso último lo dije en español, pero el gaycito, que ya estaba allí, muy ofrecido, el cabrón, muy ojético, le tradujo. A Mel le dio risa.

¿Quieres que me muera?

No. Quiero que valores mi actuación. Quiero que seas capaz de percibir toda mi fortaleza. ¿O eres de esos cabrones que detestan el posdrama nada más porque no lo conocen? ¡Te lo puedo explicar, si quieres!

Todo esto se lo dije en inglés. Mientras más encabronada me veía, el tal Mel Gibson parecía que se divertía más. La tensión subía, pero a él no le preocupaba. ¡Claro, pinche macho gringo culero explotador de mexicanos! Y todo eso se lo traducía el gaycito, y todo eso le daba más risa a Mel Gibson, hasta el grado de tirarse al piso. Y yo más maldecía... Y él más se divertía... Hasta que de plano no pude seguir diciendo más cosas. Me quedé trabada... Y entonces Mel se recuperó... Me observó otra vez, y me lo soltó así nada más:

El papel es tuyo.

Silencio. Profundo silencio. ¿Escuché bien?

¿Cómo?

El papel es tuyo.

¿Mío?

Eres la ideal.

Otro silencio más profundo, y de pronto... como si me hubiera poseído la mujer maravilla... Retrocedí unos pasos... y corrí... corrí... corrí... Cruce esa selva de mentiras, crucé los estudios... crucé la carretera... y crucé la ciudad de Mérida...

Tomé conciencia cuando estaba en la Central de Autobuses de Mérida, preguntando por boletos para llegar a Tijuana.

¡A la verga Mel Gibson y a la verga la fama y el dinero! Ahorita lo importante es conseguir cuatro mil ciento noventa y cuatro pesos para llegar a mi casa... Eso costaba el pasaje más barato... Todos en la terminal de autobuses tenían la cara del gaycito. Hasta el cabrón de la limpieza, que se veía un tipo rudo. No tengo cuatro mil pesos para llegar a mi casa. Tengo dos opciones, o Mel Gibson, o Joaquín. ¡Carajo! ¿Por qué Salma Hayek no da cursos de templanza?

Y a Guadalajara, ¿cuánto?

Dos mil doscientos cincuenta y ocho pesos... ¿Vas a comprar algo? Tengo fila.

No.

Me quedaban mil ochocientos pesos. Ni a Guadalajara, ni a Tijuana. Pero bueno, Joaquín seguramente me podría ayudar. Le marco. ¿A dónde le marco? ¡Nunca me dio su teléfono! ¡Puto Joaquín, nada más quería coger! ¡Como todos! ¡Como Mel Gibson, también! Regresé a la ventanilla.

¿A dónde me alcanza con mil ochocientos pesos?

A la Ciudad de México, pero le faltaría un peso. Vale mil ochocientos uno. Caminé por toda la estación de autobuses buscando un puto peso, para llegar a la Ciudad de México, porque por supuesto que la *ventanillera* con cara del gaycito pura madre me quiso perdonar el peso. Y justo en esa búsqueda fue que me tropecé con un cartel que decía que buscaban actores. ¡Pinche Mel Gibson, cómo lo odio! Pero la foto del cartel no era la del Mel Gibson. Era un señor con ojos saltones, muy abiertos, con nariz ancha en la punta y un sombrero de ala angosta, muy característico de la zona, al que le iban a hacer un homenaje, porque acababa de morir. Se veía que era un señor serio, no como el payaso de Mel Gibson. Marqué al teléfono que venía allí. Me invitaron a hacer una audición. Me dieron una dirección, y cuando les dije que no era de Mérida, que venía desde Tijuana, como que se entusiasmaron. Además, estaban muy cerca de la central de autobuses.

Me senté a esperar. Estaba a miles de kilómetros de mi casa. Mel Gibson me quiso contratar, y no acepté. Y ahora, estaba a punto de unirme a un grupo local, para montar una obra en homenaje a un actor local, cuyos integrantes seguramente no sabían siquiera quién era Hans-Thies Lehmann. Muchas veces mi maestro de posdrama me dijo que el público en México no estaba preparado para entenderme. Que no me debía desanimar. Que siguiera adelante. Que era parte de ese movimiento que, aunque tal vez no lo pudiéramos ver porque nos moriríamos antes, iba a perdurar, y a imponerse como la verdadera esencia del arte dramático.

El Final

Aquí diversos finales, dependiendo de la edad de la actriz que interprete a Sofía.

Si la actriz tiene entre 25 y 35 años:

Sofía: Ahora sí me regreso a Tijuana. Pienso que debería de buscar a Aníbal e irnos a conocer la Laguna Náinari. Aunque Joaquín ya me localizó. Resulta que estuvo googleando mi nombre cada sábado por la tarde, hasta que por fin salió la publicidad de la obra que estaba haciendo en Mérida, que se llamaba *El tren bola*. Hablé al teatro, y al final del estreno, se apareció con un gran ramo de rosas. Ya no olía tan bien. Ese aroma se había esfumado. No se pudo quedar mucho. Me pidió que me fuera con él, pero yo tenía una temporada que terminar en Mérida. Le dije que le hablaba terminando la breve temporada. Ahora sí intercambiamos teléfonos, pero nunca me contestó la llamada. Ahora me ofrecen otra breve temporada. Y creo que la voy a hacer. Porque Mel Gibson ya se fue, pero dicen que el proyecto es grande, y que lo más probable es que haya una tercera película. ¡Ahora sí me va a escuchar el hijo de puta!

Sé que mi maestro de posdrama tiene razón. Así que ya convencí a dos de mis compañeros de *El tren bola*, que pongamos una escuela. ¡Estoy convencida de que Mérida puede ser la meca del posdrama! Por lo pronto, habrá que venerar al pendejo de Stanislavsky, para que resurja en todo su esplendor Hans-Thies Lehmann. ¡Salud!

Esto ya se acabó, ¡y por favor, no aplaudan! Los aplausos no son dignos del posdrama.

Si la actriz tiene entre 35 y 50 años:

Sofía: Regresé a Tijuana después de que no me animé a irme con Joaquín a Guadalajara. Me localizó buscando alguna noticia sobre

Mel Gibson y la película en Mérida. Él compraba los periódicos de Mérida, y un día se tropezó con una nota que anunciaba el estreno de una obra en homenaje a un importante cómico local. Le hacían una entrevista al director, y a mí nada más me mencionaban en la bola de nombres del elenco.

Joaquín se lanzó a Mérida, al teatro, y al final del estreno, se apareció con un gran ramo de rosas. Ya no olía tan bien. Ese aroma se había esfumado. No se pudo quedar mucho. Me pidió que me fuera con él, pero yo tenía una temporada que terminar en Mérida. Le dije que le hablaba terminando la breve temporada. Ahora sí intercambiamos teléfonos, pero nunca me contestó la llamada. Hice una obra más y ya teniendo el dinero para el autobús, me regresé a Tijuana. Del tren no quise saber mucho.

Ahora doy clases de Filosofía en la universidad. De teatro no, porque a nadie le interesa el posdrama.... bueno, a unos cuantos, pero no lo entienden. Sólo aplauden, como yo, frente a Mel Gibson. Me han ofrecido algunos montajes, pero no me interesan, porque se trataría de venerar al pendejo de Stanislavsky, ¡y eso jamás! Yo no traicionaría nunca a Hans-Thies Lehmann.

Ahora tengo una relación estable con Aníbal, que después de que se divorció, me buscó. Tiene una ventaja. No le gusta el teatro. Estamos pensando en ir a conocer la laguna de Náinari. Por cierto, la película de Mel Gibson se estrenó, y aunque todos los críticos, desde Nueva York hasta Buenos Aires, la alabaron, a mí me parece horrenda. Como que le falta, no sé... ritmo... Como que todo es muy directo... Seguramente será recordada como una de las peores películas del siglo XXI. ¡Así que salud! Por cierto, esto ya se acabó, ¡y por favor, no aplaudan! Los aplausos no son dignos del posdrama.

Si la actriz tiene más de 50 años:

Sofía: El viaje a Mérida fue uno de los momentos más importantes de mi vida. Me confrontó con mi propia existencia. Me sentí vul-

nerable, y aunque los compañeros del grupo de teatro me trataron muy bien, la violencia que ejerció Mel Gibson sobre mí, no la voy a olvidar nunca. Estrenaron la película, pero fracasaron, a pesar de que la crítica, desde Nueva York hasta Buenos Aires, la alabó hasta llegar a lo ridículo. El fracaso fue tal, que ya no hicieron una tercera película. Cuando regresé a Tijuana, me encontré con Aníbal. Se acababa de divorciar, y andaba todo sensible. Y como yo me sentía la viuda de Mel Gibson, pues acabamos en un romance, que terminó hace unos meses. Yo estoy bien. Le agradezco a Aníbal haberme acompañado a conocer la laguna de Náinari. Terminé dando clases de Filosofía en la universidad. Dejé el teatro por completo, porque como decía mi maestro de posdrama, el público no está preparado para vernos. Estoy pensando muy seriamente en escribir un libro sobre el tema, en el que explique la maravilla de esta corriente escénica, que los corrientes no aprecian. Por cierto, ¿se acuerdan de Joaquín? Pues el muy cabrón se lanzó a Mérida a buscarme. La producción de la película ya se había ido, pero eso no lo desanimó. Y cuál va siendo la suerte que vio un cartel de la obra *El tren bola*, en donde se mencionaba mi nombre. Al final del estreno, se apareció con un gran ramo de rosas. Ya no olía tan bien. Ese aroma se había esfumado. No se pudo quedar mucho. Me pidió que me fuera con él, pero yo tenía una temporada que terminar en Mérida. Le dije que le hablaba terminando la breve temporada. Ahora sí intercambiamos teléfonos, pero nunca me contestó la llamada. Y ya lo demás es historia. Ahora, sin Aníbal de por medio, espero nada más la jubilación. Voy a ir a Náinari otra vez, sola. Y allí voy a explorar el enorme vacío que me dejó el pendejo de Stanislavsky, y lo voy a convertir en un potente motor, para encontrar la desjerarquización del drama. ¡Por todo esto, salud! Por cierto, esto ya se acabó, ¡y por favor, no aplaudan! Los aplausos no son dignos del posdrama.

Aquí iría un oscuro final, pero no hay seguridad de que sea correcta la indicación para el posdrama... No se vaya a enojar Sofía.

Nota: La adquisición de estas obras no incluye los derechos para llevarla a escena.
Para adquirir los derechos, escribir a <daniel@uabc.edu.mx>.



Rutas diversas reúne en un volumen cinco obras dramáticas que Daniel Serrano, su autor, considera de alguna manera significativas dentro de su producción. Son fábulas a las que el autor ha llegado de diversas maneras, por diferentes caminos, pero con un solo objetivo: animar a los teatristas para que intenten conmover a sus espectadores a través de la representación. El deseo es que su lectura sea el primer acercamiento a las tablas.



Daniel Serrano (Magdalena de Kino, Sonora, México, 1968). Dramaturgo, actor y director de teatro radicado en Tijuana, México. Ha escrito 25 obras, entre las que se cuentan *El carbón en la boca de Porcia*, *Hacer la tumba*, *París detrás de la puerta* y *Berlín en el desierto*. En dos ocasiones ganó el Concurso del Libro Sonorense con *El cazador de gringos* (2005) y *Conejos en el Valle de la*

muerte (2016). Obtuvo el Premio Nacional de Dramaturgia “Víctor Hugo Rascón Banda” 2016 con *Madrugada en Svalbard*. Fue director de la Facultad de Artes de la UABC de 2011 a 2019 y director del CEART Tijuana de noviembre de 2019 a enero de 2021. Ha sido miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte.



BAJA CALIFORNIA
— GOBIERNO DEL ESTADO —



SC
SECRETARÍA DE CULTURA
GOBIERNO DE BAJA CALIFORNIA



ICBC
INSTITUTO CALIFORNIENSE DE CULTURA
GOBIERNO DE BAJA CALIFORNIA

